

LOS ANIMALES DE MI PUEBLO

por

JOSÉ MANUEL FALCÓN MARTÍN

Aprovechando las vacaciones de semana santa, mis padres decidieron enviarme al pueblo de Urrea con los parientes.

Era la primera vez que viajaba solo, pero ya había cumplido doce años y eso era garantía de mi madurez para enfrentarme al corto trayecto entre la ciudad y la aldea. Así, mis mayores descansaban unos días de mi presencia y yo me liberaba de las cuatro paredes de casa, cambiándolas por la libertad de los amplios horizontes del campo.

Pero, concluido el viaje, el campo debía esperar a que cumpliera los compromisos familiares. Mis tíos vinieron a recogerme en la parada del autobús. Había que soportar todas sus preguntas y su atención solícita y no sólo la de ellos: prácticamente los casi ochocientos habitantes del poblado eran familiares, o se consideraban como tales. El deber de todo muchacho bien criado era visitar a la larga lista de tíos, primos, amigos de la familia, ancianos que, sin ser familiares, “se alegraban mucho de verte”; así, en peregrinación de casa en casa pasó todo el primer día. La libertad tenía un precio y se hacía esperar.

En el día siguiente, mis piernas ya pudieron dar rienda suelta a su energía contenida. Las visitas que quedaban por hacer, ya eran escasas y el tiempo de finales de marzo era agradable e invitaba al paseo por caminos y veredas entre árboles y huertas. La música del aire sonaba mucho más apacible que en la ciudad. Tanto en el pueblo como en los caminos cercanos, reinaba una tranquilidad y un silencio que parecían predecir algo importante. Era Jueves Santo y las calles aparecían vacías.

Atardecía rápidamente y tuve que volver a casa de los tíos para pasar su examen y para que ellos comprobaran que mi traje, mi peinado y la limpieza de mi cara y manos estaban conformes a su crítica mirada. Había que ir a misa.

Poco antes de las siete de la tarde, en la plaza de la iglesia pareció que se reunía toda la población del lugar: mujeres cubiertas con mantillas negras,

ancianas completamente enlutadas y con un pañolón ocultándoles la cabeza; abuelos con boina y hombres vestidos con traje de domingo y corbata. También había muchas personas de cara desconocida mezcladas con el gentío que ya abarrotaba la plaza y comenzaba a llenar la iglesia. Me sorprendió que hubiera tanta gente y tan peripuesta, aunque la costumbre era que todo el mundo procuraba vestir sus mejores galas en la obligada cita con el sacerdote.

Entramos al templo y mis tíos me dejaron para que, acompañado de mi primo, me colocara en el lugar que las reglas de la costumbre establecían y enseñaban. Los hombres se sentaban en los bancos de la izquierda y las mujeres en los de la derecha. En las primeras filas, niños y niñas, detrás, abuelos y abuelas y, más atrás la gente adulta, siendo lo habitual que los jóvenes casamenteros estuvieran situados en las últimas bancadas.

La eucaristía comenzó y yo me preparé para aburrirme un rato, sin prestar atención a las incomprensibles palabras en latín que tantas veces había escuchado sin alcanzar su significado. Afortunadamente cuando levanté la vista hacia el cielo raso de la iglesia, contemplé con alegría las evoluciones de un murciélago que nos sobrevolaba zigzagueando entre la cúpula y las bóvedas.

Llevábamos escasamente diez minutos de celebración cuando, sin previo aviso, los portones del atrio se abrieron con un ruido que me pareció impertinente y cortó la salmodia del cura.

En medio del silencio subsiguiente, comenzó a oírse un retumbar lejano de tambores acompañado del golpear rítmico de unos pies sobre el enlosado. El sonido fue en aumento y, boquiabierto, contemplé cómo una docena de legionarios guiados por uno que debía ser centurión penetraban en la iglesia marcando el paso y portando escudos y lanzas. Nunca había visto un espectáculo semejante en medio de misa. Por un momento creí que la liturgia había decidido por fin animarse para hacer más llevadero el aburrimiento de las celebraciones católicas. Por unos segundos llegué a soñar con que el cura arremetería contra los soldados, sacando una espada de la sacristía y poniéndolos en fuga tras ardorosa pelea.

Pero mi sueño duró muy poco, ante el espectáculo que prosiguió, más abrumador incluso que el combate entre un cura y unos soldados romanos. El resonar de los tambores había subido de tono, pues se acercaban; pero al entrar sus portadores en el edificio de la iglesia fue el apocalipsis. Retumbando entre muros y bóvedas, el rítmico sonido sobrepasó la capacidad auditiva de los que allí estábamos. Ya no se escuchaba por el sentido del oído, el fragor se escuchaba en el corazón, en las vísceras, cortando la respiración.

Tras los legionarios, que no eran sino algunos jóvenes del pueblo disfrazados con corazas de hojalata excesivamente grandes para ellos, otros doce

hombres, con el uniforme de túnicas ya conocidas golpeaban los parches de piel, redoblando al que los precedía, que marcaba un ritmo mucho más complicado y virtuoso. Reconocí en éste a Joaquín “el Molinero”. También conocí a Félix, Domingo, Eusebio y otros. Todos mostraban un semblante grave serio y casi malhumorado, acorde con la trascendencia del acto. Comprendí de inmediato que la muerte de Dios atronaba el Universo entero y que lo que se representaba entonces era una magnífica versión del fin del mundo.

Llegados todos al altar, los soldados ocuparon sus puestos, los tambores callaron y se mantuvieron apartados. La misa recommenzó. Yo seguía boquiabierto, con el corazón latiendo muy rápido y con un brillo fascinado en mis ojos. Sentía unas ganas enormes de comentar mis impresiones con mis compañeros de banco, pero la solemnidad del momento me lo impidió. Mucho rato más tarde distraje mi mirada hacia un rincón en el púlpito. Un punto negro se arrastraba lentamente por el suelo, llenando mi atención. No lo perdí de vista, mientras el cura seguía recitando sus prédicas y oraciones.

Al terminar la misa, se repitió el estruendo cuando salieron los supuestos soldados y los cofrades. Pero entonces ya estaba preparado y no me causaron tanto impacto como a su entrada. Sí, el corazón latió más rápido y los pulmones aspiraron con más fuerza, pero el factor sorpresa se había perdido.

La muchedumbre que se agolpaba ante el altar comenzó a desalojar la nave, momento que me permitió correr hacia el bultito negro que había acaparado mi atención entre los estruendos. Era el murciélago que antes había visto revoloteando. Nunca antes había visto uno tan cerca. Lo cogí con precaución previendo la posibilidad de que me mordiera. Tenía un aspecto extrañísimo, con unas raras excrescencias sobre la nariz y largas orejas que le daban un aspecto un tanto inquietante. Las alas de finísima piel estaban cruzadas por delgadísimos huesos y también entre las patas, sobre el eje de la cola destacaba claramente una membrana similar a la que formaba las extremidades alares. Estaba atontado, pero vivo.

No comprendí cómo el animalito, que volaba tan ágilmente, sorteando sin dificultad los obstáculos de la arquitectura, había podido caer tan desmayado al suelo. Supuse que el estrépito de los tambores lo había atontado o quizás que, despistado por el espectáculo, se había golpeado contra la pared. Lo saqué, oculto entre mis manos, al exterior y, en un rincón discreto, lo lancé al aire por ver si recuperaba el vuelo. Tarea inútil. El pobre murciélago volvía a caer tras un revoloteo que no conseguía sino llevarle al suelo, añadiendo nuevos golpes a su torturado cuerpo.

Una vez de vuelta a casa lo guardé en secreto en una caja de zapatos. Confiaba en que se repusiera en pocas horas y me alegré cuando mis primos me dijeron que iríamos de nuevo a la plaza de la iglesia, poco antes de las do-

ce. Se rieron de mí cuando les pregunté qué iba a pasar exactamente a esa hora y no quisieron aclarar mi ignorancia. Un poco mosqueado, supuse que íbamos a ver una procesión.

Así pues, a las doce menos cuarto acudí con la familia a la plaza. Ya en las calles que llevaban al lugar, casi todos los hombres y mujeres jóvenes que seguían la misma dirección iban vestidos como cofrades. Yo me había afanado en buscar un cestillo en el que llevar al pobre murciélago accidentado, para soltarlo en un momento oportuno. Lo camuflaba bajo mis ropas temiendo que tíos o primos no compartieran mi afecto por el animalillo.

Llegamos rápidamente ante la fachada de la iglesia. Cientos de personas se agolpaban en el centro de la plaza abarrotándola. Todos vestían la túnica negra y a su alrededor, en los costados y callejas adyacentes, otros centenares más contemplaban el espectáculo.

A la tenue luz de aquella hora, la imagen que se ofrecía a mis ojos me hacía pensar que asistía a un viejísimo rito en el que las personas no vestían a la usanza de la época, sino como en tiempos pretéritos. La fachada de la iglesia, construida en una piedra arenisca poco resistente, presentaba sus relieves erosionados, dándole un aspecto más antiguo que el que debiera. Ya el frontón estaba desmoronado en buena parte y, aunque construida en el siglo XVIII, en mi imaginación desbocada, vislumbraba las antiquísimas piedras de templos helenísticos o egipcios que había visto en algunas películas.

Ante semejante multitud, no creí conveniente soltar a mi murciélago prefiriendo esperar por ver que sucedía.

Los rumores de las conversaciones se iban apagando poco a poco y, un minuto antes de las doce, el silencio fue total. Mi familia sonreía y me exigía silencio cuando les miraba con extrañeza. Algo gordo iba a pasar y yo revenataba de curiosidad.

El reloj del campanario dio el primer aviso de la medianoche. Unas décimas de segundo después estuve a punto de caerme del susto. Un fragoroso, enorme, ensordecedor trueno brotó de la plaza.

Todos los parches de los cientos de bombos y tambores fueron golpeados con fuerza a la vez, produciendo tal estruendo que mi ánimo se encogió. Las manos que golpeaban los bombos se elevaban y descendían a la vez, mientras los tambores, cada cual con su melodía, sonaban sin ningún ritmo. No había música, sólo un grave fragor que continuó así durante unos minutos. Se había “roto la hora” y me pareció increíble que no se derrumbaran los muros y estallaran los cristales de las ventanas. Era un terremoto, un trueno, el rugido de una cascada. El fin del mundo otra vez.

Durante quince o veinte minutos el espectáculo de imagen y sonido continuó sin variación. Después, la muchedumbre de cofrades comenzó a desfilar en grupos descendiendo por las calles sin dejar de tocar.

Fue el momento en que me acordé del murciélago y corrí con la idea de dejarlo en libertad de una vez. Abrí el cestillo y comprobé con horror que estaba muerto. Me sentí culpable del triste final del delicado animal. Sin duda su corazón no había resistido el estampido de la medianoche.

Con pena, lo deposité en un ángulo de la iglesia, cuando ya apenas quedaba gente en la plaza.

Aquella noche, nadie durmió en el pueblo. Hasta el amanecer, por grupos, por parejas o incluso en solitario, muchos de los habitantes del pueblo atormentaron la tranquilidad nocturna seguramente sin saber por qué se comportaban así. Horas después, las encallecidas manos de los que golpeaban los bombos y habían martirizado los parches, aparecían cubiertas de sangre. El sacrificio se había consumado. La comunidad conmemoraba y expiaba la muerte de Cristo. Yo, demasiado niño para comprender bien ciertas cosas, solamente me sentí culpable por haber dejado morir a un murciélago.

Años más tarde, un maestro me explicó que los murciélagos, príncipes de la oscuridad, se guían emitiendo ultrasonidos inaudibles para el hombre, que les permiten situarse en un paisaje sonoro, como si manejaran un radar. No necesitan ver, pero si no pueden oír sus propios chillidos pierden la noción del espacio. Por eso, a los murciélagos, no les gusta el ruido. Por eso, el animalillo que para muchos simboliza el demonio, tenía que morir para que los tambores consiguieran el triunfo de un hombre que murió crucificado para vencer al espíritu de las tinieblas.

Entre procesiones, tronar de tambores, misas y correteos por el pueblo, pasó la Semana Santa en el pueblito del Bajo Aragón.

Entre procesión y procesión, algunos niños de edad similar a la mía fueron acercándose a mí y, lo que en principio era curiosidad se convirtió en amistad y compañerismo rápidamente.

Los cuatro o cinco muchachitos que se preocuparon por conocerme, ya me tenían visto de anteriores ocasiones en que había visitado el pueblo con mis padres y ya habían preguntado sobre mi vida y costumbres a mis parientes más jóvenes.

— ¿Volverás para el verano?

— Sí, seguro, para mediados de junio.

— ¿Querrás ser de nuestra pandilla?

— Me gustaría mucho.

— Pero tendrás que pasar una prueba. No queremos a cualquiera con nosotros. Hay que demostrar que ya no eres un crío.

— Ya sabéis que no soy un crío y se lo puedo demostrar a cualquiera. Si hay que pelearse, me peleo.

— No hará falta, cuando vengas ya lo verás.

— Aquí estaré.

Y allí estaba yo. Tembloroso de miedo, pero decidido a demostrar a los demás que también era un hombre.

Era a mediados de junio y, tal como había dicho en marzo, me encontraba de vuelta al pueblo. Pocos días hicieron falta para que me citara con los muchachos con los que había trabado amistad en Semana Santa, para que les pidiera que me aceptaran en su grupo y para que me plantearan la prueba que debía superar.

Ser bravucón era fácil y eso se pagaba demostrando que ya eras un hombre, que ya habías traspasado la incierta frontera en que se dejaba de ser un niño sin opiniones ni peso en el ánimo de los amigos. Era el momento, voluntariamente asumido, en que se decidía si yo podía vivir como un ser libre o con iniciativa propia o quedarme como un ser medroso, algo que cuidar y junto al que se pasaba sin molestarse en saludar.

Pero la prueba me convenció de lo retorcido que era el carácter de los compinches que yo quería elegir.

Conociéndola, ya no me apetecía tanto dejar de ser un crío. Simplemente deseaba ser admitido en un grupo y ya no veía motivos para que mi deseo tuviera que pasar por un examen. Pero el deseo acaba imponiéndose y así se empieza, haciendo tonterías.

He aquí la prueba. Parece fácil. Sólo hay que esperar la primera noche de plenilunio. Acercarse a la puerta metálica del camposanto y atender a que el reloj del campanario, en la iglesia del cercano pueblo, dé las doce campanadas de medianoche. Después, ¡fácil, te lo ponemos tan fácil porque nos caes bien!, coges una piedra y das doce golpes en la puerta de hierro que abre el paso a la tumba de nuestros familiares.

Las machadas que otros niños habían tenido que realizar eran mucho más sencillas, creía yo, y se limitaban a peleas, pequeños hurtos y competencias más o menos deportivas o crueles. Yo no tenía que enfrentarme a nadie, sino a mí mismo y a los fantasmas de mi conciencia, educada en mil temores.

Cuando llegó el momento, me planté ante la puerta del cementerio, fea y oxidada. La luna iluminaba la tapia blanca del campo santo, tranquilizando con su claridad, pero a la vez provocando temores con las sombras proyectadas por las escasas plantas y rocas del páramo.

Esperé la medianoche, sintiéndome absolutamente solo y aguzando todos mis sentidos, presto a la carrera si cualquier cadáver me quería atrapar.

Sonó la primera campanada, la segunda, la tercera, las doce en su totalidad. Yo ya llevaba la piedra en mi mano, una piedra grande y dura, de sonido garantizado para que no hubiera dudas ante el grupo que escuchaba alejado unos cuantos metros.

Di un golpe; esperé un segundo para respetar la cadencia de las campanadas reales; miraba a través de las rejas de la puerta, temeroso de que mi audacia molestara a algún muerto reciente que no hubiera tenido aún tiempo de conciliar el primer sueño. Di el segundo golpe.

Antes de dar el tercero, una lucecilla azulada y tenue se encendió al otro lado de la tapia, sobre la tierra reseca propiedad de los difuntos. Di el tercer golpe. La luz osciló un poquito. Ya no respeté el ritmo que yo mismo me había impuesto; el cuarto golpe fue más apresurado. Junto a la primera luz apareció otra que se movió más rápido. El quinto golpe continuó casi de inmediato. Las lucecillas se acercaban correteando hacia mí. Con el sexto golpe creí ver como las luces aparecían, sin iluminar el suelo sobre el que brotaban.

No estoy seguro de si llegué a dar el séptimo. No pude aguantar por más tiempo el deseo de correr.

Cuando llegué al lugar donde supuestamente esperaban los de la pandilla, continué corriendo hacia el camino. Pero ellos ya no estaban allí. También corrían por adelante, hacia las seguras casas del pueblo, en dirección a las primeras luces.

Luego me dijeron que yo había tropezado y caído un par de veces, que pensaron que alguien me había empujado, que habían corrido a pedir ayuda. Ni mis pantalones, ni mi camisa presentaban manchas que certificaran la caída, pero yo no puedo asegurar nada, ni ahora ni entonces.

Sólo recuerdo que tuve que lavar los pantalones y los calzoncillos en cuanto pude y en secreto. El no ser hombre no suponía que además se hubiera perdido el orgullo y la vergüenza por la cobardía.

Algunos años más tarde aprendí que había un fenómeno común en los viejos cementerios. Los fuegos fatuos son pequeñas lucecillas que se prenden por la combustión espontánea del fósforo contenido en las osamentas enterradas cuando no son preservadas del contacto con la tierra. En el cementerio de mi pueblo habían fusilado a varias personas durante la guerra civil. Las habían enterrado en fosas comunes. La explicación de lo que tanto me aterrorizó se contenía solamente en dos palabras: fuegos fatuos.

Yo me asusté por las luminarias. Mis compañeros de infancia se asustaron al verme correr. Fui aceptado en la pandilla sin reservas. El miedo general une tanto como la valentía compartida.

Sin embargo, aquel verano comprendí de manera brutal que nunca sería un hombre. He vivido desde entonces procurando ocultar a los demás que sólo soy un niño.

Y allí estaba yo... Después de meses encerrado en casa, superprotegido por unos padres temerosos del escaso tráfico, tras no tener más horizonte que cuatro paredes y una ventana, después del colegio, de los adoquines, de la monotonía, allí estaba yo. Con kilómetros y kilómetros de campo para correr, baldíos donde arrojar piedras sin que nadie me gritara, árboles a los que trepar, y amigos con los que jugar. Descubrir la libertad tan de repente me conmocionó de alegría.

Descubrí que la familia no procuraba tenerte siempre bajo vigilancia. Es más, te animaban a salir y desahogar las juveniles energías. Nadie se preocupaba de uno, lloviera o hiciera buen tiempo. Las puertas de todas las casas del pueblo estaban abiertas para todo el mundo. Mojarse bajo la lluvia fue descubrir el placer de lo prohibido. Chapotear en el barro y construir pequeñas presas en medio de las calles, con piedras y arcilla, ayudar a encerrar las ovejas en su aprisco. Correr, correr y correr. Saltando, gritando y haciendo aspavientos, sin que nadie te llamara la atención por no conservar la compostura.

Eso sí, la puntualidad a la hora de comer o cenar era indispensable. En caso contrario, se movilizaba toda la población, pensando de inmediato en un accidente o en un percance que unía a todos en el desasosiego.

Comprendidas las normas de convivencia fundamentales para la estancia en el lugar y habiendo hecho méritos para mi aceptación entre los niños de la pandilla, me sentía libre como nunca para explorar aquel pequeño universo, tan cercano y tan diferente de aquel al que estaba habituado.

El pueblo se enclavaba en una ladera cercana al río, limitado por huertas, setos y arboledas en uno de sus flancos. En las colinas y llanos altos, se extendían páramos resecos, eras donde desgranar el cereal y pastos cubiertos con matorrales de plantas olorosas y escasas gramíneas. Era el reino del tomillo y de la ontina, del esparto y de la carruchera.

En la distancia, algunos cerros más elevados perfilaban el horizonte. Estratos blancos de yeso resaltaban sobre el pardorrojizo de las arcillas y de los conglomerados. Los viejos del pueblo decían que la gran línea blanca que dibujaba el sedimento principal de yesos era la huella de la espuma del agua que quedó después del Diluvio Universal. Años más tarde descubriría que la explicación que daba la geología sobre este asunto, con ser más prosaica, no se apartaba demasiado de la leyenda que me habían contado los ancianos. Los yesos solamente se forman por sedimentación de las sales en mares interiores de poca profundidad.

Más allá de los cabezos se encontraban algunos pinares, que apenas se vislumbraban desde la aldea, ya fuera por su escasez o por el porte esmirriado de los pinos, que sobrevivían más que crecían en medio de aquellos suelos infértiles y de aquel clima extremado.

Pero para un chico de mi edad, el sol, el calor y la sequía eran los aliados para los largos paseos de inspección de un territorio virgen para mis ojos.

La tía Isabel se acostumbró pronto a quitar los cachurros de mis calcetines y el resto de mi ropa. Estos minúsculos frutos espinosos se prendían a la tela con suma facilidad, al menor roce. La tía Isabel dudaba de la inteligencia de un niño que, como yo, dedicara la mayor parte de las horas de aquellos primeros días al esfuerzo de correr y correr sin beneficio aparente.

Los otros chicos del pueblo, en el tiempo libre que les dejaba el ayudar en las labores encomendadas por la familia, se dedicaban a coger pájaros, pescar furtivamente, robar melocotones u otras actividades fructíferas.

Yo, corría.

Mi desconocimiento de los senderos más recogidos me llevó, durante las primeras jornadas a seguir los caminos anchos que, al otro lado del río, llevaban a los cabezos sin cultivar, distantes una escasa media hora de casa, a un trote rápido.

Allí aprendí que bajo las piedras planas se guarecían hormigueros que mostraban sus galerías y cámaras, donde se afanaban las obreras, se almacenaban las ninfas y ponía sus huevos la reina.

Lagartijas grises o colirrojas podían salir precipitadamente bajo las piedras mayores. Camisas de culebra se enredaban entre algunos matojos y cuer-

vos y corneas sobrevolaban mi cabeza, lanzando graznidos de disgusto ante mi presencia impertinente.

Al terminar la mañana o la tarde, daba buena cuenta de mis descubrimientos a los familiares, que reían ante las escasa imaginación de un chaval que se maravillaba de ver hormigas.

Un día, levantando un montón de piedras en la linde de un campo, recibí una sorpresa. Yo esperaba ver algún ciempiés incluso alguna tarántula, esperaba poder capturar una lagartija, pero lo que salió corriendo fue un escorpión.

Los escorpiones o alacranes tenían mala fama entre la gente del pueblo. Todos decían que la picadura de un escorpión podía causar la muerte de una persona que no fuera muy fuerte. En todo caso, el veneno del animal producía tales dolores y sufrimientos que ningún hombre podría resistirlos sin que las lágrimas afloraran a sus ojos. Por lo tanto lo mejor que podía hacerse cuando se sorprendía a un alacrán era aplastarlo con una piedra o un palo como medida de prevención. Ya se sabe, muerto el perro, muerta la rabia.

Otros personajes y personajillos del lugar, quizás más sádicos que el común de los habitantes, proponían rodear al escorpión de un anillo de fuego. Comentaban que el arácnido, desesperado por buscar una salida de la trampa mortal, se picaba a sí mismo, suicidándose para no morir abrasado.

Yo no estaba seguro de que un animal tan pequeño y de aspecto tan frágil pudiera ser tan peligroso; por otra parte, me repugnaba el sadismo que adivinaba en las propuestas de tortura gratuita a unos animales que, aun en el supuesto de ser realmente peligrosos, no atacaban sin provocación y, por el contrario salían huyendo en cuanto descubrían la presencia humana. En este caso, mi presencia.

La curiosidad venció mis temores y con un palito pude empujar al escorpión a un terreno despejado donde poder controlar sus movimientos estando a salvo de su aguijón, que el bicho mantenía levantado y amenazante.

Poco a poco, tras varios intentos infructuosos, conseguí que el animalito se refugiara en un pequeño hueco en el suelo. Allí, sintiéndose un poco más seguro, permaneció quieto, siempre con la cola levantada. Fue sencillo colocar una piedra sobre él, sin hacerle daño. En mi ingenuidad creí que ya estaba atrapado. Empujé la tierra suelta hacia las grietas y agujeros que permitían la salida del hueco y luego aplasté todo el montón para no dejar fisuras por las que el alacrán pudiera escapar. Estaba decidido a capturarlo y pensaba, iluso de mí, que la bestezuela, no podría huir de su enterramiento.

Era casi medio día y había que volver pronto a casa de los tíos para ser puntual en la hora de comer.

En la comida, no aprecié demasiado el sabor de las verduras, ni de la carne que me ofrecieron. Ni siquiera los mantecados del postre recibieron los elogios que mis mayores esperaban, lo que les decepcionó un tanto y provocó algún comentario cáustico sobre lo mal criado de un niño que no agradecía los agasajos culinarios que se le daban.

Pero mi cabeza estaba llena con la excitación morbosa de haber capturado un animal que tanto recelo provocaba. Naturalmente, todavía no había dicho ni palabra acerca de mi descubrimiento y mis proyectos. Estaba decidido a montar mi propio zoológico en el corral abandonado de los tíos y estaba seguro de que la idea no merecía la aprobación de los que tenían que encargarse de mi tutela durante aquel verano. Mucho menos si se enteraban de que el primer inquilino del zoológico iba a ser un escorpión.

Pasada la hora de la comida, esperé impacientemente a que mis familiares se recluyeran en sus aposentos para dormir la siesta. A esas horas de la tarde, entre las tres y las cuatro aproximadamente, toda la actividad del pueblo consistía en rendir tributo al descanso y al sueño. Por eso, cuando salía a las calles abrasadas por el sol, sólo los piídos de los gorriones me acompañaron. En secreto, había cogido un frasco vacío de cristal que en algún momento debió contener conservas. A la carrera, sin hacer caso del calor de aquellas horas salí del pueblo, crucé el puente sobre el río y, en pocos minutos, llegué hasta el montoncito de piedras en el que confiaba me esperaba mi presa.

Yo entonces no sabía que los escorpiones tienen hábitos nocturnos. Por la noche son capaces de enterrarse o desenterrarse sin dificultad, pero los rayos del sol hacen que este arácnido permanezca escondido de los numerosos enemigos que, de otro modo, se darían prisa en conseguir lo que para ellos es un apetitoso bocado. Pájaros de todos los tamaños, grandes sapos, mamíferos e incluso otros escorpiones se alimentan frecuentemente con el tan temido alacrán. Temido sin demasiado fundamento, porque sus denostadas picaduras no producen en el hombre más que un dolor local y un enrojecimiento y escozor que pasa cuando han transcurrido unas horas. La picadura de una avispa no produce menos daño y el aguijón de una abeja puede resultar más molesto que la herida del alacrán o “arraclán” como se le llamaba en la comarca.

Pero entonces yo no sabía casi nada de la vida y costumbres de los escorpiones. Con todo el papanatismo y la ingenuidad del desconocimiento, había conseguido capturar un ejemplar que, cuando deshice el montón de tierra en el que permanecía esperando la noche, se presentó de nuevo ante mí, sólo por unos segundos antes de emprender otra frenética carrera.

Ahora, yo estaba bien preparado para conseguir la captura con facilidad.

Provisto de un palo más largo y seguro conduje a la que iba a ser mi víctima cautiva a su prisión temporal. El frasco recibió sin problemas la entrada precipitada del animalillo. Una vez cerrado el ancho del recipiente con su tapa metálico, respiré satisfecho. Ya tenía el primer huésped de mi colección de animales vivos.

No pasó ni siquiera una hora y ya me encontraba en el viejo corral abandonado. Situado en las afueras del pueblo, junto a algunas casas arruinadas, se llegaba a él por un sendero con señales inequívocas que demostraban que era aprovechado con cierta frecuencia por los esporádicos paseantes para desahogar sus vientres. Era uno de los retretes públicos de los habitantes de esa parte de la aldea y eso me tranquilizaba porque me demostraba lo poco concurrido que debía estar el viejo corral. Sin animales que guardar, la puerta nunca se cerraba y la llave oxidada de la cerradura permanecía, inservible, en el ojo de la misma.

El interior mostraba palpablemente el estado de abandono. Sobre el suelo negruzco, fruto de la acumulación de excrementos durante muchos años, crecían hierbajos y se apilaban aperos olvidados.

El corral en sí ya era un verdadero zoológico por la infinidad de insectos que fijaban en él su morada. Escarabajos, cucarachas, moscas, saltamontes, arañas y ciempiés. Las lagartijas que tomaban el sol en las tapias de piedra disponían de una despensa extraordinariamente rica y variada y yo, que debería procurar el alimento a mi primer huésped y los que le siguieran, disponía de un cazadero de insectos cómodo y asegurado. La colección de animales tendría un autoservicio garantizado.

Subiendo por unas escaleras de cemento se alcanzaba el piso superior, que hacía años había albergado la conejera. Más limpio y despejado que el espacio de entrada, era el sitio ideal para depositar los frascos, jaulas, cajones y pozales que yo esperaba llenar pronto.

El pequeño frasco de cristal, depositado en una alacena que sobresalía de la pared a la altura de mis ojos, en un rincón a la sombra, no hubiera llamado la atención de ningún visitante. Para mí, guardaba un pequeño tesoro.

Bajé de nuevo a lo que había sido gallinero y me costó poco apresar algunos saltamontes y pequeños escarabajos. Era la primera comida que iba a ofrecer al alacrán. Pero el animal no apreció mis desvelos como yo hubiera deseado. Ante los exquisitos manjares que arrojé en su frasco, el animal se mantuvo en posición de defensa y, asustado, más bien procuraba huir de los insectos que arrojarle sobre ellos y demostrar su apetito.

Tras varios minutos de observación, llegué a la conclusión de que el escorpión necesitaba un espacio más cómodo y amplio que las resbaladizas pa-

redes del frasquito. Aquello no podía ser; los insectos corrían enloquecidos, llegando a pasar sobre el dorso de su enemigo; éste lanzaba aguijonazos al vacío y buscaba un lugar por donde huir; así, no había manera.

Con cierta decepción, me marché del corral, dejando el recipiente con los bichos que, desagracedidos se negaban a comer o ser comidos. Volví a casa de mis tíos.

Al día siguiente, muy pronto, estaba de vuelta en el corral. Llevaba un frasco mucho mayor, que llené rápidamente con arena, algunas piedras y cor-tezas. Esperaba que mi huésped se encontrara más a su agrado en el nuevo hogar.

Ya en la conejera, coloqué el frasco en posición horizontal y arreglé su interior de forma que el escorpión encontrara ahí escondite donde estar tranquilo y espacio para moverse si era su deseo.

En el anterior frasco, todos los insectos que habían de ser supuestamente la comida del arácnido estaban muertos y ninguno parecía haber sido paladeado por el ingrato escorpión. Sin duda, éste se había limitado a aguijonear-los y matarlos, fuera por miedo o fuera por excitación.

Rápidamente, procedí a trasvasar al inquilino del frasco pequeño al grande, en donde se escondió bajo una corteza inmediatamente.

Iba a bajar al corral para buscar más insectos, cuando una cucaracha llamó mi atención. Siempre había visto a las cucarachas salir por la noche, pero lo sombrío de la sala o quizás mi presencia, había provocado la espantada del insecto, que se refugió bajo una madera. Capturar a la cucaracha no fue demasiado fácil, pero tras varias carreras y brincos pude echarle la mano encima, con un poco de asco, pero decidido a probar un nuevo plato para mi animal prisionero.

Abrí el tape y la eché dentro del tarro. Esperé unos minutos y, aburrido de que no pasara nada, me marché de nuevo a casa.

Pasé aquella mañana leyendo tebeos y haciendo algún recado que mi tía me encargó.

Por la tarde, pasé las horas de la siesta contemplando el vuelo y las evoluciones de los aviones que anidaban bajo el alero, en la fachada principal del viejo caserón. Asomándose por un ventanuco, aunque en una posición muy incómoda podía verse cómo los padres cebaban a las crías, pero a aquella hora de la tarde, los viajes de visita al nido eran bastante distanciados.

Pronto me aburrí de aquella situación y, negándome absolutamente a dormir la siesta como todo el mundo, me encaminé una vez más hacia el corral y

la conejera donde esperaba el fruto de mis desvelos. Por otra parte, no había muchas más cosas que hacer en esa hora en la que el mundo se detenía. Así que recorrí el sendero, abrí la carcomida puerta del corral abandonado, subí las escaleras y, con sigilo, me acerqué a observar el interior del gran tarro de cristal.

El corazón me dio un vuelco. Dentro, escorpión y cucaracha se encontraban el uno frente al otro, enzarzados en una pelea desigual. El alacrán sujetaba al negro insecto con sus pinzas y le descargaba sus venenosos aguijonazos mientras la cucaracha se debatía frenéticamente, intentando desesperadamente huir, pero resistiendo los efectos de la ponzoña que yo hubiera creído de eficacia fulminante.

Con los ojos muy abiertos, sin atreverme casi a moverme, asistí hipnotizado al desarrollo de aquel combate entre los dos seres que me ofrecían el espectáculo de una naturaleza primitiva que repetía el fundamento de la vida durante miles de años: comer o ser comido.

La pelea, que quién sabe cuándo había comenzado, duró más de una hora. Alguna vez, la cucaracha logró zafarse de la presa, dejando una de sus patas entre las pinzas de su agresor; pero éste, aprovechando los estrechos límites del frasco, volvió a aferrarla con rapidez, zarandeando la presa, arrastrándola, arrancando trozos de su cuerpo con sus quelíceros y clavándole el aguijón a cortos intervalos; la pelea sólo podía tener un fin y éste acabó por llegar. La cucaracha, medio despedazada, acabó sucumbiendo y, con ligeras convulsiones de vez en cuando, fue devorada poco a poco por su vencedor, que proyectaba los garfios negros de su boca, arrancando y sorbiendo el abdomen palpitante aún de la víctima.

Entre la pelea y la ingestión, la tarde pasó volando. Yo sabía que los escorpiones cazan de noche y no esperaba haber contemplado lo que había sucedido. Sin duda, la parcial oscuridad de la antigua conejera, unida al hambre y la facilidad de la cacería, habrían incitado al escorpión a cambiar sus hábitos horarios. Esta reflexión me convenció de que la sala que yo había elegido para ubicar mi zoológico era un lugar ideal. Oscuro pero con luz suficiente, de temperatura estable, fresca pero no en exceso; sin corrientes de aire, mis futuros animales, estaba convencido, se encontrarían divinamente. Después de haber tenido el privilegio de contemplar la lucha de aquella tarde, me profeticé a mí mismo que aquel verano iba a ser pródigo en descubrimientos y observaciones fascinantes.

Lleno de excitación, salí hacia el sendero, sin prestar atención, demasiado distraída para disimular como en otras ocasiones mis visitas al olvidado recinto. Por ello casi me tropiezo con una vieja enlutada situada en la orilla del camino.

Afortunadamente, la vieja no se dio cuenta de mi presencia, lo que me dio tiempo a ocultarme bajo un soportal de una cuadra de las muchas que había junto a la senda. Esperé ahí a que la anciana siguiera su camino, pero el ruido de lo que pareció un chorro de agua hizo que me asomara, curioso, para ver el origen del mismo. La enlutada señora estaba colocada en mitad del camino y bajo sus piernas abiertas, cubiertas por una larga falda y un mandil gris, discurría el reguero de un líquido de procedencia inconfundible. ¡La mujer estaba orinando de pie! Aliviada su vejiga, continuó sendero abajo, dejándome con una sonrisa de picardía en la cara y la alegría de un nuevo descubrimiento. Realmente, la ciudad tenía muchos menos atractivos que aquel pueblo en que los escorpiones cazaban cucarachas y las mujeres meaban de pie.

Atardecía cuando volví a casa de mis tíos.

En los días siguientes, mi mayor preocupación consistió en encontrar cacharos y recipientes suficientes para albergar a los animales que pudiera ir capturando. Por suerte, en las grandes casas del pueblo no faltaban utensilios arrinconados en sótanos, altillos o bodegas y que nadie echaba de menos. Nada se tiraba y vetustos objetos aguardaban entre el polvo y las telarañas a que alguien volviera a darles uso en algún momento. Para más felicidad, mis tíos eran propietarios de una de las tres tiendas de ultramarinos del pueblo. “El Arca de Noé” ofrecía a su clientela desde alpargatas y rústicas abarcas construidas con viejas cubiertas de ruedas de automóvil hasta relojes, pasando por tabaco y alimentos frescos o enlatados.

Bajo la tienda, quién sabe cuando, habían excavado una cueva o bodega, donde se almacenaban productos de reserva, cajas y cacharos que convertían el lugar, para mis fantasiosos ojos, en la guarida de Alí Babá.

No tardé en encontrar grandes frascos de cristal que en su tiempo habían contenido caramelos; palanganas de metal con la porcelana picada; oxidadas jaulas para cazar ratas; cajones de madera que podían transformarse con ayuda de tela metálica, que también abundaba.

Lo difícil era entrar a saco en aquellos tesoros sin que nadie se percatara de mis movimientos. Sin embargo, la fortuna seguía de mi lado ya que a la cueva se podía acceder por una puerta trasera que se usaba en muy pocas ocasiones.

Así que las idas y venidas entre el corral y la cueva o la casa de mis primos se multiplicaron.

Me cuidé mucho de no llamar la atención de mis familiares, pero mis deseos de comunicar mi proyecto a los amiguicos de la pandilla provocaron que todos los chiquillos del pueblo supieran a las pocas horas de la existencia del

proyectado zoológico, mientras los mayores seguían ignorantes, entretenidos en sus tareas habituales. Pronto, Guillermo, Antonio y otros zagales contribuyeron a la colección con más frascos o alguna vieja jaula inutilizada.

En cuatro o cinco jornadas de acarreo, la habitación de la conejera estaba repleta de cacharros. Cacharros vacíos. Faltaban los animales para llenarlos, pero ese defecto sería fácil de solucionar.

Llegó el domingo y, con él, la obligación de asistir a misa.

El domingo se consideraba como el día más aburrido de la semana. Había que vestirse con las mejores ropas, permanecer limpio y peinado durante todo el día, visitar a los familiares más ancianos, sin que la visita garantizara la propina que era lo menos que cabía ¿esperar? ¿recibir? por pasar un rato de aburrimiento. No se podía correr por los campos, ni bañarse en el río, ni jugar con los otros niños. Era el día en que se empeñaban en que habláramos con las niñas y jugáramos con ellas.

Pero los juegos de las niñas eran una tabarra y su cercanía inquisidora nos ponía nerviosos, aunque no supiéramos exactamente por qué.

Por la tarde existía la posibilidad de andar tres kilómetros hasta el próximo pueblo para ver una película de cine, que solía ser aburrida y costaba un duro. Por unas pesetas, se podía ver la televisión en casa del cura, mas era difícil de aguantar la llegada de las chicas algo mayores que nosotros, que acudían en bandada para contemplar el programa musical y poner ojos de mochuelo mareado cuando salía el cantante de moda.

Así que el domingo se aguantaba como se podía y las magras propinas quedaban en casa del cura, en el cine o en los bolsillos del vendedor de helados que bajaba de otro pueblo.

Felizmente, llegó el lunes y a las once de la mañana estábamos en el río cuatro amigos y yo, descalzos, con los pies en el agua y remontando la corriente.

Nos habíamos puesto de acuerdo al salir de la iglesia en que esa mañana se dedicaría a la captura de cucharones. Los cucharones o cabezudos eran los renacuajos de ranas y sapos, abundantísimos en el río y las charcas que dejaban las ocasionales crecidas. Se distinguían fácilmente tres clases de ellos: Unos, más pequeños y oscuros, se amontonaban en bandadas que destacaban sobre el fango de color claro y permanecían inmóviles si no se les asustaba; otros, de tamaño mediano y color marrón, formaban grupos menores, cercanos a las orillas y, más inquietos, se alejaban hacia el centro de la perezosa corriente cuando se paseaba a su lado. Finalmente, los mayores, casi del tamaño del huevo de paloma, sin contar su cola, ascendían y descendían pausadamente en las charcas de aguas más quietas y profundas.

Encontrar los cucharones era muy sencillo. Cogerlos, ya no tanto. En principio, el fango que nuestros pies levantaban enturbiaba el agua, ocultando a nuestra vista a los animalillos, que buscaban refugio entre el barro removido.

Poco a poco, nos distanciábamos unos de otros, de forma que la turbidez que uno provocaba no molestara a los demás. Remontando la corriente, uno se aseguraba de tener el agua clara por delante. Empero, aun así, los astutos renacuajos escapaban con facilidad hacia las zonas más profundas, dando un coletazo que dejaba un remolino de lodo en el lugar en que se suponía estaría el cabezudo. En muchas ocasiones, cuando lanzábamos la mano en busca de la presa, nos encontrábamos con el vacío entre nuestros dedos.

Pero, al fin, tras más de una hora de persecución y capturas, en el pequeño caldero de plástico que llevábamos se amontonaban cuarenta o cincuenta renacuajos de las tres especies que habíamos diferenciado.

Ya de vuelta comentábamos divertidos las peripecias de la cacería, aprovechando cada cual para pavonearse de ser el que más ejemplares había capturado; o para sostener que había cogido el más gordo o el más esquivo. Algo contrito me encontraba yo que no había podido coger sino los más pequeños y en poca cantidad.

En éstas, un ruido como de rozamiento llamó nuestra atención hacia unos juncos. Deslizándose entre ellos, una culebra se sumergió en un gran charco, escondiéndose entre el pan de rana. El pan de rana eran montones de algas filamentosas, que crecían formando penachos en la corriente o aglomeraciones informes en las mayores charcas de las crecidas que el río dejaba.

Excitadísimos, lanzando gritos y casi tirando el pozal con los renacuajos, corrimos hacia donde pensábamos se ocultaba la culebra. Mientras levantábamos montones de vegetación acuática llena de insectos y barro, discutíamos sobre si la culebra podía ser venenosa o causar daño con sus mordiscos. Yo sabía que las culebras de agua eran absolutamente inofensivas, pues así lo había explicado mi maestro en alguna de sus clases; sin embargo, otra cosa era tocar directamente y por primera vez a una serpiente. Que como todas, estaba aureolada por la fantasía y las leyendas de casi todas las personas mayores.

Pero mi amor propio estaba dolido por ser el más torpe en la captura de renacuajos. Así, me esforcé en levantar más algas que nadie, arrojándolas con decisión en las orillas de la charca y de uno de esos montones salió la culebra que yo había visto aparecer casi entre mis manos.

Ya en terreno seco, cogerla fue muy sencillo, si bien tuve que sobreponerme a una pizca de temor, que me hubiera hecho vacilar si no me hubiera acordado del episodio del cementerio. Ser cobarde y, encima, torpe era algo más de lo que yo podía soportar en mi vanidad.

Comprobé que los amigos me miraban con una chispa de orgullo y respeto en sus ojos. Algunos de ellos ya había cogido una culebra de agua. Todos habían matado a palos o pedradas a las que habían pillado desprevenidas. El odio por las serpientes era algo compartido por toda la comunidad. Pero los chiquillos compartían también la curiosidad por conocer de cerca a un animal tan difamado y presumir con otros amigos de haberlo podido tocar sin miedo, resistiendo la capacidad de hipnotizar de sus ojos o la ponzoña de sus mordiscos.

La culebra, de color marrón dorado, tenía como un zig-zag de manchas pardas en el lomo y puntos blanquecinos orlados de negro en los costados. El vientre, claro, estaba perlado de cuadraditos negros en sus escamas. Los ojos, pardorrojizos, sin párpados, miraban fijamente, inmóviles mientras proyectaba su lengua bífida constantemente fuera de la boca.

No me acababa de fiar de la bicha y la sujetaba con firmeza detrás de la cabeza, mientras discutía con mis compañeros, intentando convencerles de que el tizón, como ellos llamaban a la lengua del ofidio, no servía para picar y no había que tener ningún miedo de él.

La culebra acabó en el pozal, entre los aterrorizados renacuajos. Al principio intentó salir, pero las lisas paredes de plástico, resbaladizas todavía más por la humedad, impedían los propósitos de fuga. Terminó por enroscarse en el fondo, medio oculta por la masa palpitante de las crías de ranas y sapos.

Se hacía tarde y, casi a la carrera, nos encaminamos hacia el corral para depositar los animales capturados y prepararles rápidamente un alojamiento más cómodo y seguro que el cubo de plástico.

Un tarro de cristal, suficientemente espacioso a nuestro juicio, iba a recibir a la culebra, cuando ésta vomitó un renacuajo al ser cogida de nuevo por mis manos. Esto provocó comentarios entusiastas pero, definitivamente, era tarde y había que ir a comer. Ya sabíamos, aunque la emoción nos retrasara el apetito, que las manos de padres o familiares estaban dispuestas para la bofetada si un retraso injustificado se producía a la hora de la reunión en la mesa familiar. Por ello, los renacuajos esperaron su turno en el pozal y cada cual corrió a su casa, aunque nos dimos cita para volver a reunirnos en la puerta del corral cuando llegara la hora de la siesta.

Llegué justo a tiempo, en el momento en que se bendecía la mesa, rito obligado antes de dar cuenta de los platos que la tía Isabel había preparado. No obstante, todos estaban ya sentados en torno a la mesa y mi aspecto desaliñado y sudoroso por el calor y las prisas mereció la reprobación del dueño de la casa, que me mandó lavarme y peinarme antes de unirme al yantar.

La comida se hizo muy larga una vez más, entre la conversación sobre los acontecimientos de la mañana. Mi familia hablaba de los negocios de la tienda. Yo reventaba de ganas de hablar sobre la culebra y los renacuajos pero, precavidamente, me contuve y cuando me preguntaron puse cara de indiferencia. Simplemente, me había dado un paseo por el río y jugado con los amigos.

Ayudé a recoger los platos y me tocó limpiar la mesa mientras la señora fregaba ayudada por la joven chacha. El café se hizo eterno a pesar de que mi imaginación me ausentaba del salón y casi sólo pensaba en cómo disponer las larvas de los batracios, que imaginaba delicadas, para evitar su muerte prematura.

Como siempre, oídas las noticias de la radio, uno a uno todos los habitantes de la casa se fueron retirando hacia los dormitorios. La chacha se fue para su hogar; pocos minutos más tarde, yo también salía de la casa y me alejaba en secreto hacia el camino tantas veces recorrido. Llegué el primero al corral y no esperé a que Antonio o Guillermo se juntaran conmigo para subir a la conejera y empezar a disponer a los renacuajos convenientemente.

Coloqué a los más pequeños en la palangana más pequeña. En el cubo de hojalata deposité a los medianos y en una gran lata de conservas a los dos únicos ejemplares grandes. Iba a bajar por más agua al grifo del abrevadero, cuando oí la conversación de los amigos convocados en la puerta, fuera del corral. Aunque el corral estaba abierto y abandonado, los niños no habían querido traspasar los límites de una propiedad que no era suya. Tampoco era mía, pero mis lazos familiares parecían darme un derecho que ellos no tenían; así que salí a su encuentro y todos subimos con el pozal de agua que faltaba.

Llenos de ganas de hablar, cada cual intentaba imponer su criterio y demostrar sus conocimientos sobre animales encerrados.

La discusión giró en torno a una cuestión fundamental: ¿qué podíamos dar de comer a las especies recogidas? Todos sabíamos ya que la culebra comía pececillos y renacuajos, lo que era fácil conseguir. Incluso alguno había visto cómo las culebras de agua más pequeñas comían las lombrices que se ponían como cebo para pescar en el anzuelo. Hasta, decían, podían comer sanguijuelas y dar caza a pequeñas ranas. Por ese lado, no había problemas. Pero ¿qué comían los cabezudos? Uno sostenía que comían pan de rana, otro que insectos, otro que porquería y barro. Sólo descartamos éstos últimos como alimentos posibles, deduciendo que se corrompería el agua y morirían sus habitantes.

De modo que Guillermo corrió a por unas hojas de lechuga a su cercana casa, Antonio fue a por pan de rana a una acequia no demasiado distante y yo me quedé con Doroteo para recoger algunos insectos del corral y acondicio-

nar el tarro con la culebra, para proporcionar a ésta agua, refugio y un par de renacuajos.

Todavía no habían vuelto los tres amigos de sus casas y ya la serpiente se había zampado a los dos pobres cabezudos, ante los ojos extasiados de Doroteo y los míos. Cuando Antonio, Guillermo y Víctor volvieron quisieron contemplar el mismo espectáculo que habíamos visto hacía unos minutos y un tercer renacuajo desapareció rápidamente entre las fauces del reptil. Desde luego, aquella culebra era el colmo de la amabilidad y del buen apetito. De repente, habíamos descubierto que las culebras de agua no eran en absoluto agresivas y se comportaban más bien como un animalito doméstico. Aquella por lo menos no dudaba en brindarnos espectáculo, con absoluta docilidad, cuando hacía solamente unas horas era absolutamente salvaje. Solamente al abrir el tape de su encierro, bufaba con fuerza y se hinchaba en actitud amenazante. Su cabeza adquiría un aspecto triangular, pero por lo demás ni siquiera intentaba morder. Una delicia.

En los recipientes donde habíamos colocado a los renacuajos, echamos las hojas de lechuga, los pedacitos de carne y trozos de pan de rana, además de tres o cuatro insectos. Una cosa u otra tendrían que comerse los renacuajos. Si no, habría que soltarlos. No creíamos que la culebra pudiera comérselos a todos.

Esperamos un rato, para comprobar que las futuras ranas o los futuros sapos no tenían tanta hambre como su enemigo y, aburridos, decidimos ir a jugar por los campos y eras.

Fabricar un arco y unas flechas con unas cañas era lo más socorrido en aquellas horas. Durante un buen rato nos imaginamos que éramos Robin Hood y sus compañeros y saeteamos con escasa fortuna las pacas de paja que se cruzaron en nuestro camino.

Al caer la tarde, cuando se acercaba la hora de cenar volvimos a inspeccionar las palanganas, curiosos por saber de una vez qué diantres habían comido nuestros bichos, si es que habían comido algo.

El pan de rana estaba como lo habíamos dejado. Los insectos flotaban muertos e intoxicados. La carne estaba más o menos con el mismo aspecto que al principio. Las hojas de lechuga habían desaparecido: ¡los cucharones eran vegetarianos! Fue el descubrimiento del día y durante la cena a la que todos acudimos después, en nuestros hogares, Antonio, Guillermo, Víctor, Doroteo y yo preguntamos a todos nuestros familiares si sabían qué es lo que comían los cucharones. Nadie sabía que comían lechuga y eso nos hizo sentirnos muy importantes.

Al día siguiente, veinte o treinta niños y algunas niñas recorrían el río, por la mañana, con cubos de plástico. Estaban cazando renacuajos.

Lógicamente, mi vanidad se sintió muy satisfecha. Nunca nadie en el pueblo se había interesado por unos bichos que abundaban por millares en el río, pero que ni molestaban ni beneficiaban a nadie. De pronto, un chico forastero como yo había puesto de moda el tener renacuajos en casa. En principio, no pensé en la opinión que pudieran tener los renacuajos. Me interesaba más la opinión que pudiera merecer a los demás niños, que en pocos días habían pasado de considerarme un extraño a aceptarme como un innovador de juegos y entretenimientos.

Sintiéndome demasiado importante para mezclarme con el gentío, aquel día preferí volver a los secanos para ampliar mi colección zoológica. Fruto de una mañana de trabajo fue la captura de cuatro o cinco lagartijas de diversos tamaños y colores y de una santateresa.

Las lagartijas, con sus rápidos y vivarachos movimientos, me resultaban más atractivas, pero la santateresa, como todos conocían a la mantis religiosa, me fascinó por su aspecto de pequeño extraterrestre. En los tebeos que yo solía devorar, más que leer, algunas veces aparecían aventuras en las que mantis religiosas gigantes ponían a prueba la fuerza y la valentía de los héroes de turno y el recuerdo de aquellas lecturas aureolaba con los sueños de la fantasía a un animalillo que, por lo demás, con su reducido tamaño, no atraía demasiado la atención cuando se encontraba en libertad.

La más pequeña de las lagartijas, que pude atrapar en un arrenal, también era la más bonita. Tenía el lomo manchado de rayas negras y cremosas y la cola, de un rojo muy vivo, se partió en el momento de la captura.

Recordé, también por las lecturas de revistas o libros que las lagartijas se desprendían de la cola cuando se les cogía por esa parte. Era un mecanismo de defensa que permitía que la lagartija salvara su vida a cambio de perder sólo una parte de su cuerpo, que, por otra parte, volvían a regenerar con relativa rapidez.

En el momento de la ruptura, la cola se contorsionaba frenéticamente, llamando la atención del agresor, que así se olvidaba de la pieza principal. Todo esto era bien conocido por mis amigos que, sin saber exactamente la causa de este fenómeno, decían que la cola hacía la burla cuando se movía de la manera descrita.

Pensaba yo que tenían razón mis amigos puesto que, efectivamente, el abandono del apéndice era una forma de burlar las intenciones de los enemigos de las lagartijas. Yo sabía también que había lagartijas con dos colas y

que eso se debía a que la primera cola había estado a punto de partirse, pero quedando todavía sujeta al tronco. El mecanismo que provocaba el nacimiento de la segunda cola se ponía en funcionamiento y, de esta forma, el saurio poseía con el tiempo dos colas. ¡Lástima que los hombres no pudieran gozar de la capacidad de regeneración de las lagartijas! Si un hombre se cortaba una pierna, deducía yo, sería una gran suerte que le naciera otra, aunque fuera más fea. Lo malo sería que de la pierna cortada le naciera una cola, como había visto yo en una lagartija capturada hacía tiempo en los muros de mi colegio, en la ciudad.

Con estos pensamientos, llegué al corral y deposité en otro frasco lleno de arena tres lagartijas que finalmente seleccioné (las dos mayores y la pequeña que había perdido la cola) y la mantis religiosa. Les arrojé media docena de saltamontes para su alimento y, coincidiendo con la campanada del reloj que marcaba la una en la torre de la iglesia, volví corriendo a casa. En la comida, me fastidió comprobar que el primer plato consistía en judías verdes. No podría aprovechar las hojas de lechuga sobrantes para mis renacuajos. Estaba pensando en como me las apañaría y decidí preguntar a los tíos si tenían lechuga, con la excusa de llevársela a comer a los conejos que tenían mis primos de la otra casa.

— ¡Este chico está en babia! ¡No has oído que estamos diciendo que hoy todo el mundo ha comprado lechuga! ¡A media mañana, ya habíamos vendido todas en la tienda!

Por eso comíamos judías verdes.

— ¡Si es que la gente parece que se ponga de acuerdo para comprar lo mismo a la vez!, —terció mi tío en la conversación—, esta mañana han comprado por lo menos una docena de palanganas de plástico y tendremos que pedir una remesa al viajante.

Aquellas explicaciones me preocuparon, aunque mi cara adoptó una expresión estúpida, por aquello del disimulo. Tanta lechuga y tanta palangana vendidas tenían que relacionarse forzosamente con casi todos los críos del pueblo cogiendo renacuajos en el río. El secreto de mi colección de fauna corría el riesgo de perderse si mis familiares indagaban demasiado en el porqué de la repentina costumbre de criar renacuajos con verdura.

Mientras las costumbres de los niños interesaran poco a los mayores, mis animales estarían a salvo. Pero si la existencia de mi colección viviente, que era conocida por toda la chiquillería, pasaba a ser oída por mis tíos, lo más probable es que mataran a todos los animales o, en el mejor de los casos, me hicieran soltarlos, dándome un par de bofetadas de propina y prohibiéndome las salidas al campo. La amplia libertad de la que gozábamos los niños en el pueblo dependía

de que nuestro comportamiento no preocupara a los mayores, dueños de la misma. La posesión de un escorpión, de una culebra y otros bichos desconocidos, estaba seguro, no gozaría de la comprensión de los adultos cuya relación con los animales consistía en criarlos para comerlos y matar a todos los que desafortunadamente se ponían al alcance de sus palos, piedras, pisotones o escopetas.

Por lo tanto, puse especial atención en pasar desapercibido cuando la hora de la siesta me llevó por enésima vez a mis pupilos.

Una sorpresa me esperaba. La mantis religiosa sujetaba entre sus patas delanteras el cuerpo semidevorado de la pequeña lagartija de cola roja, mientras las otras dos lagartijas mayores permanecían arrinconadas, intentando escapar de su encierro y manteniéndose lejos del insecto.

El que yo había pensado incluir entre los animales comestibles, se había convertido en un feroz depredador, capaz de dar buena cuenta de un reptil que pesaría lo menos tanto como el insecto que lo estaba devorando, mientras que sus dos congéneres, bastante mayores que la víctima, no se atrevían ni a acercarse a lo que yo hubiera creído un bocado apetitoso.

Fascinado con la visión de la mantis dando cuenta de su presa, di un respingo cuando una mano se posó en mi hombro y me hizo volverme. Era mi primo Miguel, el hijo menor de los tíos que me daban albergue en su casa.

Boqueando por el susto y con el corazón a cien pulsaciones por minuto, no pude decir palabra ante la figura de mi joven familiar que me miraba con ojos que más que complicidad reflejaban un no se qué de maligno.

— ¿Qué haces aquí? Le pregunté con voz desmayada.

— Cuando sepan mis padres lo que tienes aquí, te vas a enterar. Contestó, sin responder a mi pregunta.

— ¿Por qué, si no hago mal a nadie?

— ¡El corral no es tuyo y no has cogido los tarros ni los cubos con su permiso! ¡Te dan de comer y los engañas!

— ¡Son tarros viejos que no se usaban y pensaba devolverlos!

Sus acusaciones y mis réplicas duraron varios minutos, mezcladas con empujones y en tono de odio por las dos partes. Mi primo, de la misma edad que yo, no tenía demasiada simpatía por mí y se sentía algo celoso de que otro niño pasara a recibir los mismos cuidados y atenciones que él recibía en su propia casa.

Ahora tenía la oportunidad de chivarse y acusarme ante sus padres, poniéndome como una especie de traidor que devolvía los favores con una conducta desleal e incomprensible.

Los celos infantiles eran un sentimiento demasiado fuerte, pero aun así intenté comprar la voluntad de mi maldito primo. Me ofrecí a realizar sus trabajos, a darle parte de mi escasa propina de los domingos; intenté hacerle sentirse mal, llamándole chivato y acusica. Pero nada, ni siquiera prometerle un seguro enfrentamiento con los demás chicos del pueblo le hizo vacilar en su decisión. Deseaba fastidiarme y sentirse superior a mí. Por la sonrisa y zalamería de sus padres no se comportaba de una forma tan canalla. Solamente lo hacía para pisotearme.

Yo ardía en deseos de machacarle a golpes, pero su fuerza y la mía eran similares y me encontraba demasiado amedrentado para recurrir a la violencia. Sólo hubiera faltado que me ganara en la pelea.

Así que se marchó, con seguridad para dar el chivatazo y provocar la cólera de mis tíos y primos mayores.

Me quedé solo y contrito, pensando en la segura reprimenda que iba a recibir. En la edad que yo tenía, las reprimendas iban siempre acompañadas de un par de tortas administradas con maestría. Pero más que daño en la cara, los tortazos herían en el corazón. No era nada satisfactorio compartir casa y comida con gente que te golpeaba ante la mirada sarcástica de otras personas. Sobre todo, ante la mirada de un chaval, mi primo, que se vengaba de mi presencia intrusa en el seno de su propia familia.

Miguel era más corto en estatura que yo. No era demasiado agraciado físicamente. Peludo y cabezón, tenía que soportar las comparaciones conmigo cuando nos veían juntos. Para más inri, ese año había suspendido dos asignaturas, mientras que yo había aprobado sobradamente. No era muy extraño que sintiera hacia mí antipatía y celos, pero comprenderlo no aliviaba la rabia que en ese momento sentía hacia él. Los chivatos, dentro del mundillo de zagales, eran la peor especie que se podía tolerar. Por eso, yo había confiado en mantener en secreto mis aficiones por los animales, sabiendo que ningún chiquillo me descubriría, aunque, de hecho lo sabían todos los del pueblo.

Pero no había contado con los celos de mi primo.

Lo único que podía hacer en ese momento era intentar disimular el alcance de mi falta. Porque tenía razón Miguel: andar con secretitos en una familia que me había acogido sin reservas era algo que no demostraba precisamente un buen talante hacia ellos.

Si conseguía que fuera mi palabra contra la del primo, si conseguía que las pruebas materiales desaparecieran, podría librarme solamente con el mosqueo de mis familiares mayores. Con esta convicción, pensé rápidamente en dónde soltar mis animales, que de todas maneras, estaban condenados a morir

ante la incomprensión de unas personas mayores que como ya he dicho, no sentían demasiado cariño por ellos.

Las lagartijas, el escorpión y la mantis religiosa, junto con algunos grillos y saltamontes que todavía vivían, encontraron fácil suelta y alojamiento en el abandonado corral. La tapia y los matojos eran el mejor de los refugios para esos animalicos.

Sólo me quedaban los renacuajos y la culebra. Los arrojé, todos revueltos, en un pozal medio lleno de la misma agua en que habían estado y me precipité hacía la acequia más cercana. Si podían vivir en el río, la acequia les brindaría las mismas oportunidades de subsistencia.

Ya sin animales, volví para comprobar, con alivio, que Miguel no había vuelto y, por lo tanto, deduciendo que había trabajo en la tienda y que la visita temida todavía tardaría en realizarse. Me puse a arrojar frenéticamente los viejos cubos y palanganas por encima de las tapias hacia otros corrales igualmente abandonados.

Cuando recogí dentro de un par de cubos los grandes frascos de cristal, la conejera volvió a tener el mismo aspecto de abandono con que la vi por primera vez.

Con el ánimo entristecido, volví hacia la casa dando un rodeo. Entrando por la puerta trasera, asegurándome de que nadie me esperaba, comprobé que había tenido suerte. Desde la tienda se oían las voces de la clientela, en un tono alto característico de las gentes del lugar y que en principio daba sensación de que quien hablaba así estaba malhumorado. Pero en ése y en otros pueblos los lugareños hablaban con fuerza por costumbre.

La tristeza, desaparecidas las pruebas que me podrían haber acusado, dio paso a la rabia. Mi zoológico particular se había creado y había desaparecido en pocos días. Había tenido un fin prematuro. La distracción favorita de aquellas primeras semanas en el pueblo se había ido al traste por culpa de Miguel. Sólo me apetecía vengarme, pero no sabía cómo.

Pasé hacia la tienda y allí me quedé durante una hora, leyendo las aventuras de Mortadelo y Filemón, de Carpanta, del Capitán Trueno y del Jabato. Al mismo tiempo atendía por ver si algún comentario me ponía en guardia sobre las intenciones de mis tutores. Nada. Demasiado tenso para estar a gusto, marché a visitar a mi amigo Antonio, que vivía al lado.

Estaba jugando con unos soldados de plástico, en compañía de Doroteo. Sin casi saludarles les conté mi desventura, cargando las tintas sobre la mala uva de mi primo Miguel y las ganas de fastidiar que le caracterizaban. Inmediatamente, conseguí la simpatía de Antonio y Doroteo, que conservaban sus

renacuajos y se ofrecieron a compartirlos conmigo. Mas lo importante para mí era que entre los tres pusimos a Miguel como chupa de dómine. Menos de la enfermedad del tocino del tío Juan, Miguel había tenido la culpa de casi todos los males acaecidos en el pueblo en las últimas semanas. Miguel, además de ser tonto, enano, cabezón, era aburrido y no se podía uno fiar de él y ya era hora de que así lo descubriéramos ante los demás chicos del pueblo.

Con tan gratificante conversación, mi decaído ánimo se fue alegrando y, para acabar de contentarme, mis dos amigos me llevaron hacia una tapia en las afueras, en la que, me dijeron, había docenas de lagartijas cazando moscas.

Allí fuimos y mientras ellos hablaban de sus cosas, yo seguía poniendo a caldo a Miguel, desahogando así mis neurias por el camino.

Antonio y Doroteo habían exagerado algo. En la vieja tapia de adobe no había docenas de lagartijas. Después de un rato de animada charla, sólo vimos una, pero bastante gorda. Calentándose con los rayos del sol que ya se ponía, permanecía quieta, camuflada en las cercanías de una grieta. En cierto momento se alejó un poco de su refugio y depositó con absoluta inocencia una cagada en un saliente cercano. Naturalmente, una lagartija cagando no podía por menos que despertar nuestras risas y comentarios entusiasmados.

La lagartija volvió a quedarse inmóvil, observando de cerca la pequeña mierda blanquecina. Muy pocos segundos después, una gruesa mosca verde se posó también junto a la hez, ignorante de la proximidad del reptil. La lagartija no perdía ojo de los movimientos de la mosca. Dejó que ésta se pusiera a degustar el alimento, lo que provocó que nosotros espantáramos asqueados otras moscas que revoloteaban cerca de nosotros.

Estaba la mosca dándose un banquete, cuando rápida y ágilmente, la lagartija se arrojó sobre ella. En un visto y no visto, el moscardón estaba en las fauces de la lagartija y desaparecía dentro de su boca.

Aquella tarde aprendí lo que mis dos amigos ya habían observado. Cada vez que una lagartija se aliviaba de su vientre, permanecía cerca del fruto de sus esfuerzos, que era un cebo espléndido para la primera mosca verde que, atraída por el potente olor, acudía pensando en darse un banquete. Con este truco, las lagartijas atraían a sus presas hacia su guarida en lugar de perder energía buscándolas lejos de su refugio.

La cena de aquel día me recibió con la cara más estúpida y despistada que supe poner. Esperaba la bronca de mis tíos y no sabía exactamente qué decir, ni como comportarme ante una acusación que, aunque careciera de pruebas, contaba con el testimonio de su hijo pequeño. Pese a mi inicial optimismo comenzaba a barruntar que la palabra de mi primo, al fin y al cabo hijo de mis

tíos, merecería más crédito que la mía. De modo que esperé un tanto angustiado, a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

En la mesa nos sentábamos mis tíos, Victorián e Isabel, sus tres hijos menores, Miguel, Ramón y José María, y yo. Miguel me miraba con cara de fiscal, mientras José María y Ramón andaban de chismorreos y mis tíos permanecían en un silencio que a mí no me tranquilizaba.

Pero al poco, mirándome con una sonrisa que era afable, pero que interpreté como cínica, el tío Victorián me comentó:

— Nos ha dicho un pajarito que tienes un montón de bichos en el corral viejo.

Con una expresión largamente estudiada y queriendo fingir ignorancia absoluta, contesté rápidamente:

— ¡Novedaqueyopasemalesyjumelosidiporfame!

Mi excelente discurso fue rubricado de inmediato por una estentórea carcajada de todos los comensales, al tiempo que mi faz adquiría una tonalidad purpúrea y mi vientre sentía la necesidad inmediata de evacuar su contenido. Corrí al retrete, dejando la mesa sin más explicaciones y perseguido por las risas de la parentela. Fue una cena en la que el buen humor presidió el ambiente. Aunque yo no estaba en la mejor situación para apreciarlo.

Lo fluido de mis explicaciones y la sensatez de mis tíos produjeron como resultado que ellos decidieran preocuparse algo más de mis ratos de ocio. Un chico con tanto tiempo libre y tan poca imaginación para emplearlo en coleccionar bichos inútiles necesitaba, sin duda, de una ayuda que dirigiera sus energías hacia entretenimientos más educativos.

— Ya que te gustan tanto los animales te encargarás de dar de comer a los conejos y las gallinas.

Como todas las familias del pueblo, mis tíos poseían un pequeño corral y algunos huertos cercanos al casco urbano. La despensa se veía así complementada con frutas y verduras variadas, de indudable sabor a cultivo casero. Fertilizadas con abonos orgánicos, su gusto era más sabroso y agradable que el de los vegetales que traían los comerciantes, que habían crecido con el sostén de abonos químicos, si es que además no se habían criado en invernaderos.

Lo mismo sucedía con las carnes que comíamos. La diferencia con las que yo estaba acostumbrado a degustar en la ciudad era inmensa. Ya fuera pollo, conejo, cerdo o cordero, la carne que yo comía el resto del año parecía insípida en comparación con los aromas y sabores de los animales de corral o de pasto.

Las gallinas y los conejos se alimentaban con maíz y restos de comida, además de hierba, tréboles y lo que podían picotear en una vida de semilibertad. El pienso industrial era sólo un componente más de su alimentación. Los corderos y las cabras pastaban todos los días en campos de tomillos y labiadas. Plantas aromáticas que no podían sostener una cabaña ganadera muy numerosa, pero que proporcionaba una calidad extraordinaria a las carnes que alimentaban. Por desdicha, ya iban quedando pocos pastores y los corrales se iban cerrando, de forma que más de la mitad de los mismos ya no funcionaban y, calculaba yo, en pocos años se perderían sabores y olores que habían sido comunes durante siglos.

Al día siguiente, tía Isabel me llevó al corral para enseñarme lo que sería mi labor durante las horas de la siesta, ya que me negaba a esta actividad tan juiciosa y apacible. La tía, además de ayudar en la venta de productos de la tienda debía encargarse de las tareas domésticas (es decir, limpiar suelos, hacer camas, fregar platos, lavar la ropa, preparar y servir las comidas, recoger la mesa, regar las macetas, atender la educación y el aspecto de los hijos, realizar las compras, y en suma, administrar la economía y organización del hogar). Y en los ratos libres debía cuidar los animales del corral y dos o tres huertos de su propiedad. Como no tenía hijas, una chica joven le ayudaba por la mañana en las tareas cotidianas, pero aun así, las tareas eran tantas que mi ayuda con los animales, con ser fácil de realizar, liberaría a la mujer de una tarea imprescindible, lo que era indudable que ella agradecía.

Llegados al corral, todas las gallinas, pollitos y el gallo se acercaron excitadísimos, ansiosos por recibir la comida que ya sabían que les llevábamos. Más por costumbre que por necesidad, la tía Isabel les convocaba al grito de ¡pitas, pitas! Todas las aves, sin haber esperado el reclamo, se lanzaban sobre los granos de maíz y luego sobre los contenedores de pienso compuesto.

Después inspeccionamos los nidos de paja en que las gallinas cluecas ponían sus huevos (¡Ah, aquellos huevos riquísimos y nutritivos!). Finalmente en la habitación donde estaban los conejos, arrojamos las hojas de verduras despreciadas para nuestra comida y manojos de hierba y trébol que la diligente dueña de la casa había recogido en algún ribazo.

El trabajo finalizaba cambiando el agua de los receptáculos colocados al efecto y levantando los tableros bajo los cuales criaban los conejos, para ver si aparecía alguna cría muerta o una nueva camada.

Afortunadamente para mi tía, en el corral ya no criaban cerdos.

Con esta faena y algún recado como el ir a buscar el pan al viejo horno o recoger algunos paquetes del correo, terminaban mis responsabilidades laborales. Dado que en aquellos años todavía no había agua corriente en las casas

del villorrio, por las mañanas debía acarrear cuarenta o cincuenta litros en varios viajes a la fuente. Así, surtía el precioso líquido a las casas de mis tíos o de mi primo.

Pero estas faenas domésticas seguían dejándome muchísimo tiempo libre y mi afición por los animales seguía intacta, con lo que, tras dos o tres jornadas de intervalo, volví a reanudar mis paseos por los campos, eras, huertas y riberas.

Pero, antes, en una mañana de tranquilidad y aburrimiento en la tienda, vi como entraba una abuela, con el aspecto de ser la más anciana de la localidad. Su cuerpo flaco y diminuto se sostenía sobre dos delgadísimos tobillos y un bastón de boj.

Las largas faldas negras no dejaban ver ni un centímetro de sus piernas, que sonaban como si fueran a quebrarse a cada paso que daban. Pese a cubrirse el vestido con una gruesa y deshilachada toquilla de lana –¡con el calor que hacía!– su cuerpecillo seguía pareciendo enteco y descarnado. La cara asomaba dentro de una pañoleta que debió ser negra en mejores tiempos y que ahora aparecía con todos los tonos del gris. Más que una cara arrugada, aquello era una colección de arrugas entre las que despuntaba una nariz huesuda y se hundían los ojos más pequeños y opacos que recuerdo haber visto en mi vida. La boca desdentada también se hundía hacia dentro, haciendo desaparecer los labios que nadie diría que hubieran sido carnosos en su larguísima vida.

Era la tía Lela. La persona más anciana de toda la comarca. Nadie sabía exactamente la edad que tenía y seguramente tampoco ella lo recordaba, aunque se daba por supuesto que superaba con largueza los cien años. Vivía sola en un par de habitaciones que le dejaban en una casa en el barrio de la Muela. Las habitaciones habían sido, hacía muchos años, un establo; pero sus dueños, apiadados de la mujer, las habían limpiado y encalado para que la anciana dispusiera allí de su último cobijo.

Nadie sabía de dónde sacaba la tía Lela el escaso dinero con el que se mantenía. No pedía limosna y en su trato con las gentes nunca adoptaba la actitud sumisa y replegada de una mendiga. Hablaba con dulzura y en un tono perfectamente audible, aunque sus palabras a veces sonaban a farfullo por la ausencia de dientes en su boca.

En las tiendas se le recibía con caridad, ya que no con cariño. Siempre se le echaba mucho más peso, sin cobrárselo, de lo que ella pedía. Si pedía un huevo, se le daba dos o tres. Si un cuarto de kilogramo de puerros, casi medio kilo. Si una zanahoria, se le añadía un par de alcachofas.

Estaba yo detrás del mostrador y la vieja se dirigió hacia mí, que no atendía a nadie, para pedirme:

— Hijo mío, dame una perra gorda de caramelos, por favor.

Me quedé muy sorprendido ante aquella demanda. ¿Cómo demonios aquella boca sin dientes, podía deshacer un caramelo? Un poco confuso, examiné los precios que marcaban los diferentes tarros de cristal en que se almacenaban las golosinas. Por una perra gorda no se podía dar ni el más barato de los dulces.

Manolito, sírvele a la abuela lo que te dice, me dijo el tío Victorián, haciéndome un guiño de complicidad.

Coligiendo que mi tío me animaba a servirle los caramelos como solían hacer con los demás alimentos, abrí el tarro de los más blandos y cogí un montoncito que, por lo menos, costaría un duro. Se los di a la tía Lela en una bolsita de papel, ante su mirada agradecida. Sus ojos brillaron por un solo instante, cuando, entregándome la perra gorda, recogió la bolsita.

— Dios te pague el servicio, hijo mío.

Con pasos lentísimos y temblorosos, la vieja salió penosamente de la tienda.

— ¡Parece que hoy huele un poco menos la vieja!, exclamó uno de los clientes.

— ¡Con el pozal de agua que le dejan los vecinos, tampoco querrás que huela a jabón de olor! —replicó el tío Victorián.

— ¿Cómo es que le gustan los caramelos, a sus años?

— No sé, deben ser manías de vieja y, por cierto, con un par de caramelos de azúcar que le hubieras dado, ya hubiera estado bien, que le has dado un montón de los más caros y los caprichos no se regalan. Que eso no son puerros.

Un poco fastidiado por el comentario, me di cuenta de que mis deseos de ser caritativo habían superado los límites impuestos por la costumbre. Una cosa era caridad cristiana y otra cosa era ostentación a la hora de dar. Más, si lo que daba no era mío.

Poco rato después salía a recoger un paquete a la oficina de correos, por encargo de mi tío. En la plaza, a la sombra, sentada en una banqueta de cemento, la tía Lela charlaba con tres niños de corta edad. Era ella la que hablaba casi todo el rato, mientras los niños escuchaban sus historias con atención y arrobo pintadas en sus caritas. La tía Lela sacó de un gran bolsillo de su fal-

da la bolsita de caramelos y los repartió entre los niños, sin quedarse ninguno para sí.

La anciana tía Lela, que olía mal, que no contaba sino historias conocidas o insulsas para la gente mayor, recibía de ésta caridad y sustento. Pero la tía Lela buscaba también la atención y el cariño. El calor de la compañía. Con sus historias y sus caramelos, buscaba atraer a los que no se fijaban en su mal olor, a los que no se daban cuenta de que chocheaba, a los que no la hacían sentirse sola y alegraban su triste existencia con los gritos y risas que a la gente mayor también molestaban. La persona más anciana de la comarca se sentía a sus anchas entre los más niños.

Cuando volví de la oficina de correos, la tía Lela jugaba bailando al corro con los niños y reía con ellos.

El pueblo tenía el aspecto y estructura de un poblado morisco. Dividido en barrios, pero sin delimitación concreta entre ellos, sus callejuelas se retorcían, estrechas y sin empedrar. Sólo una angosta acera facilitaba el paso, impidiendo que el agua de las tormentas inundara toda la calle. Los únicos lugares explanados de la localidad eran las plazas principales, la de la iglesia y la del ayuntamiento y entre ellas discurrían las dos vías principales. Entre las dos calles, numerosos callejones, a veces cubiertos por pasadizos que unían diferentes casas, todas de fachadas encaladas y en la mayoría de las ocasiones cubiertas sus paredes con emparrados y macetas de geranios. Un pueblo berberisco o andaluz, brillando al sol, refulgiendo con una blanca névea, entre campos semidesérticos y con huertas en las cercanías del río o las acequias.

Me gustaba evitar la calle mayor, recta e inclinada y dar rodeos en mis desplazamientos por las callejas más tortuosas, más llenas de rincones agradables y al resguardo de las inclemencias del sol, de los vientos bochornos o del cierzo invernal. Allí, las fachadas de las construcciones tenían un aspecto más deteriorado, pero el blanco de la cal y las macetas pintadas de colores, con las rojas flores de los geranios estallando en notas de color, daban siempre un contraste violento de tonalidades que herían a la vista y, sin embargo, apaciguaban el espíritu.

Para ver pájaros, mi afición preferida en los últimos días, el mejor lugar era la plaza de la iglesia y la mejor hora, el atardecer.

Bandadas de vencejos sobrevolaban, recortándose bajo el celeste, efectuando cabriolas increíbles y agitando sus negras y puntiagudas alas a gran

velocidad, mientras chillaban casi sin descanso al tiempo que perseguían invisibles nubes de insectos.

Los aviones, parecidos a las golondrinas, construían elaborados nidos de barro, completamente cerrados salvo por el agujero de entrada. Amontonados en hileras bajo los aleros, vomitaban de vez en cuando a los ocupantes que, con el vuelo no menos ágil que el de los vencejos, preferían desplazarse por alturas menores, superando raramente unos metros por encima de los tejados, pero en las más de las ocasiones efectuando vuelos rasantes, a escasos centímetros sobre el polvo de las calles o las vertientes retejadas.

Los gorriones preferían revolotear y caminar a saltitos tras las caballerías, picoteando las boñigas que se amontonaban en abundancia en calles o plazas.

Las golondrinas, más escasas, anidaban en graneros o almacenes, ya en las afueras de la población. Sus nidos en forma de media taza, pegados a las paredes interiores, albergaban dos o tres crías que continuamente reclamaban el alimento compuesto de insectos que sus padres cazaban en las huertas cercanas.

En la plaza, ante el portal de la iglesia se me pasaban los minutos en un vuelo tan rápido como el de aviones y vencejos. En medio de la música de chillidos, gorjeos y píldos diversos, me llamó la atención el número elevado de niños pequeños que se iban congregando ante la fachada del templo.

Pese a su corta edad, no iban acompañados por familiares responsables, lo que, por otra parte, tampoco era muy extraño. Lo raro es que se había juntado más de una docena de críos, sin aparente motivo.

Iba ya a preguntar a uno de ellos si es que pasaba algo especial, cuando por la puerta de la iglesia salieron unas pocas personas con traje de domingo. Era día laborable, por lo que mi atención dejó a los pájaros y a los niños para pasar a posarse sobre el endomingado grupito.

Comprendí qué sucedía, cuando observé que una mujer joven sostenía amorosa entre sus brazos un bultito blanco, cubierto de telas de encaje y puntillas. A su lado, el marido, con una sonrisa de felicidad y de orgullo, contemplaba ya a su mujer, ya al recién nacido oculto tras los blancos envoltorios de tela.

El grupo lo completaban los abuelos, un par de hombres y dos o tres niños que no cesaban de mirar a la criatura, mientras hablaban animadamente entre ellos.

La placidez de la estampa se vio alterada de repente cuando la chiquillería congregada anteriormente se dirigió en tropel hacia uno de los hombres, gritándole desafortunadamente,

— ¡Fotiñau! ¡Fotiñau! ¡Con el culo colorau!

El hombre, que vestía las mejores galas, se sonrió y sacando las manos de sus bolsillos, comenzó a lanzar piedrecitas blancas y rosadas a la vociferante turba de niños.

— ¡Fotiñau! ¡Fotiñau! ¡Con el culo colorau!

Incomprensiblemente, los niños no escapaban de las pedradas, sino que corrían a recoger los pequeños proyectiles, caídos sobre el suelo, para seguir con su griterío, después de cada andanada de lo que, ya suponía yo, no serían piedrecitas.

— ¡Fotiñau! ¡Fotiñau! ¡Con el culo colorau!

El señor, con cara de satisfacción, pese a los insultos que le dirigían los críos, pidió una bolsa de papel a una de las niñas de la comitiva que había salido de la iglesia. La niña, antes de dársela, extrajo una de las piedrecitas blancas y se la metió en la boca, sonriente. El caballero, con nuevas provisiones que lanzar, continuó durante un buen rato arrojando las peladillas, siempre entre gritos e insultos.

El padrino del bautizo (pues de eso trataba la ceremonia) tenía, entre otros deberes, el de comprar una buena cantidad de dulces peladillas, para arrojárselas, en señal de alegría y prosperidad, a los niños más jóvenes de la comunidad, que celebraban así la llegada de un nuevo miembro.

Me acerqué a pedir una peladilla y, de paso, felicitar a la joven pareja y sus familiares por el feliz acontecimiento. Con indisimulada satisfacción, me dieron un montoncito de los dulces, blancos o rosados, que se fabricaban en uno de los hornos. Eran duros, con aspecto de porcelana, pero de superficie mate. Su sabor dulce escondía en su interior el de una almendra o unos piñones, que se soltaban en la boca después de mucho paladear para disolver la dureza del azúcar sólido.

Pregunté al padrino inocentemente, que significaba la palabra “Fotiñau”, con que le habían increpado.

Se rió a carcajadas y dejándome en las dudas, contestó:

— ¡Eso no lo saben ni los que me gritaban, gracias a Dios!

Era costumbre en las noches de verano que todas las familias salieran a la calle a tomar la fresca. El calor, almacenado durante el día en el interior de

las casas, propiciaba la expulsión de sus habitantes después de la cena. Se abrían las ventanas de los dormitorios, los balcones de los salones y las puertas de entrada y ante la puerta principal de cada vivienda, todos los ocupantes se sentaban en rústicas sillas de enea y madera para conversar y dejar que el tiempo pasara lánguidamente, preparando el cuerpo para el sueño en el frescor y el silencio, sólo roto por el silbido aflautado de algún autillo o el metálico chirrido de los grillos de algún huerto encerrado dentro de la aldea.

Se aprovechaba para comentar los principales chismorreos del pueblo; el embarazo de fulana, el noviazgo de mengano, los negocios de tal o cual. Generalmente, cuando los chismes que se contaban eran más crueles o rebosaban más envidia o mala fe, se bajaba el tono de la voz, antes estentóreo, lo que daba la señal para que de otros grupos de sillas se desplazaran algunas mujeres para compartir la maledicencia, opinar y dar cuenta a su vuelta al grupo familiar de todo lo conversado. Los hombres no debían mostrar la morbosa curiosidad con la misma naturalidad que las mujeres, pero esperaban impacientes la llegada de éstas para cotillear dejando a salvo las apariencias de estar sobre el bien y el mal.

Pero no todo era cotilleos en esa hora de convivencia vecinal. Se preparaba el trabajo del día siguiente, se comentaban las noticias de otros pueblos y se compartían las alegrías y las penas, de forma que toda la aldea se convertía en una sola familia con una sola emoción.

El tañido de las doce campanadas de la medianoche daba fin a murmuraciones, cotilleos y noticias y las casi mil almas que componían la población del lugar se retiraban a sus lechos casi al mismo tiempo. También los niños, siempre y cuando ya tuvieran edad para hablar fluidamente, permanecían hasta esas horas de la noche despiertos, participando de la vida local, jugando con los vecinos o escuchando las historias de los más ancianos.

- El mulo del tío Rubito se ha muerto esta tarde.
- Ya estaba viejo, el pobre se merecía el descanso.
- Mañana, los buitres tendrán buen banquete.
- Será con las tripas, que chicha ya le quedaba poca.

La noticia me interesó sobremedida, convirtiéndose en el hecho más importante de lo acontecido aquel día. También los animales que habían compartido durante años las fatigas del trabajo con sus dueños eran causa de comentarios, casi siempre apenados porque las gentes se acordaban de ellos sólo en el momento del último viaje cuando habían sido protagonistas de algún accidente o desgracia.

Aquella noche, no soñé con angelicos, tal y como me recomendaron amablemente las vecinas de la noche. Soñé con miríadas de buitres cebándose en los restos del mulo muerto, elevando al cielo el cadáver de un animal que durante toda su vida había labrado la tierra.

Por la mañana, me levanté mucho antes de lo habitual, para correr con los primeros rayos del sol a la casa del tío Rubito, o mejor dicho, a la cuadra donde había exhalado su último suspiro “Guerra”, que así se llamaba el mulo fallecido.

Llegué cuando ya el tío Rubito y sus tres hijos habían cargado en un carro la masa exánime de la bestia muerta.

Otro mulo estaba uncido para tirar y acompañar al compadre, que ya olía un poco, a su destino final.

Aurelio, el menor de los tres hijos, tenía una edad similar a la mía y sabía de mi afición por todo bicho viviente, así que ni se extrañó ni preguntó por el motivo de mi presencia. Me saludó y le comunicó a su padre que les acompañaría hasta el barranco donde se arrojaban las caballerías y otros grandes animales muertos.

Lo que para Aurelio y para mí era lógico y evidente, movió la curiosidad al tío Rubito, que accedió sin ponerme pegas a mi compañía.

Fernando, el mayor de los hijos, agarró las riendas del mulo que tiraba del carro y, andando para evitar en lo posible los olores de “Guerra”, se despidió de su padre y del hermano mediano. Calle abajo Aurelio y yo seguimos al carro seguidos por la mirada triste del tío Rubito, que quedaba en casa. La vida y el trabajo seguían su curso.

Dejamos el pueblo, cruzamos el río y ascendimos hacia los cerros siguiendo las singulares pistas polvorientas. Con el ascender del sol, el calor fue aumentando, aumentando también el olor a putrefacción del cadáver. Por eso, nos alegramos de llegar al barranco que servía de muladar. En el fondo plano y desnudo de la barranquera podían verse las osamentas de los que habían precedido a “Guerra”. Costillares enormes y absolutamente descarnados. Cráneos de caballos, burros y mulos y, aquí y allá los más pequeños de alguna oveja, cerdos o cabras. Fémures, vértebras, tibias, pezuñas y paletillas se dispersaban, medio enterradas, destacando por su blancura sobre el pardo arenoso de los limos arrastrados por la lluvia y la erosión.

Urracas, cornejas y algún cuervo esperaban ya su festín necrófago, como si alguien les hubiera avisado de nuestra llegada.

Fernando hizo recular al mulo hasta el borde del barranco, para volcar con facilidad el carro y permitir que “Guerra” resbalara y cayera por la empinada pendiente hasta el fondo.

Tal y como había previsto, se efectuó la operación y el pesado cuerpo cayó desmayadamente, sin apenas una voltereta y arrastrando tras de sí piedras, tierra y algún arbusto de tomillo.

Fernando quedó por unos segundos con la vista fijada en el animal que tantas veces había montado y, con un suspiro volvió a encinchar al mulo vivo, metió los astiles del carro en sus correas, nos preguntó si volvíamos con él y, ante nuestra negativa, se retiró, volviendo al villorrio, sentado esta vez sobre el pescante.

Quedamos, pues, en el borde de la vertiente, mirando alternativamente al mulo y a los cuervos que ya se acercaban. Nuestra presencia parecía incomodarles poco, porque pronto el más audaz, o quizás el más hambriento, se posó en un corto vuelo sobre el vientre de la caballería. Graznando como si con ello se proclamara dueño de la carroña, se acercó de un salto a la cabeza de “Guerra” y, tras echarnos una mirada de desconfianza, comenzó a picar un ojo, dejando vacía la órbita en pocos minutos.

Pese a que la distancia en que estábamos —unos cincuenta o sesenta metros— no permitía apreciar con claridad los detalles, sólo imaginar el duro pico del cuervo herir en los párpados y el globo ocular de “Guerra” nos puso los pelos de punta y una sensación de asco y desagrado nos obligó a retirar la vista y mirarnos lanzando exclamaciones que nos hicieran sobreponernos al espectáculo.

Pero el festín no hacía sino empezar. Pequeños bandos de cornejas se iban acercando a las que ya estaban junto a cuervos y urracas. Pronto, sobre el cuerpo exánime se amontonaban docenas de aves, que con movimientos frenéticos, revoloteos y una constante algarabía, cubrían de cuerpos negros la piel del carnuz.

El sol iluminó pronto con sus rayos la escena, asomándose sobre el barranco. Destellos negros y azulados conferían un aspecto metálico a las alas de los córvidos. Las urracas despedían bellísimas irisaciones verdosas de lo que en principio habían parecido unas alas y colas negras. Era como si los pájaros disfrazaran de belleza sus costumbres macabras.

De repente, un gran pájaro blanco, que no habíamos visto acercarse, dio un vuelo rasante sobre nosotros y picó hacia el grupo de comensales que, sin ausentarse, prosiguieron intentando arrancar trozos de carne de donde podían. Sus esfuerzos parecían condenados al fracaso. La piel del mulo ofrecía demasiada resistencia a los picos de los carroñeros, demasiado pequeños y débiles para traspasar aquella coraza.

El gran pájaro blanco, que volando hubiera parecido una cigüeña si no fuera porque su cuello y sus patas no eran largos, al posarse parecía más bien una gran gallina, con las plumas del cuello erizadas y la cara amarillenta y

pelada. Era un alimoche y su pico largo y ganchudo daba fe del carácter rapaz y carroñero del ave. Después de tantear la dureza de la piel sobre la que se había posado se colocó detrás de la cola del mulo muerto y para aumentar nuestro asco, comenzó a lanzar picotazos al esfínter, arrancando visiblemente pequeñas tiras de carne.

Era algo más de lo que podíamos soportar y arrojamos algunas piedras en dirección a la barahúnda de pájaros que, aunque las pedradas se quedaron cortas, alzaron en su mayoría el vuelo para posarse a escasos metros, mirándonos con recelo.

Nos fuimos de allí. Al dar los primeros pasos, Aurelio señaló el cielo y me dijo:

— ¡Mira, ya vienen los buitres!

Efectivamente, a gran altura se divisaban las siluetas de enormes pájaros, que con alas completamente extendidas y sin realizar el más mínimo movimiento con ellas, planeaban sobre nosotros. Eran sólo media docena, pero Aurelio sabía que en pocos minutos se congregarían sobre la carroña por decenas, atraídos desde grandes distancias como si un remolino los succionara hacia donde estábamos.

La curiosidad por ver unos pájaros tan inmensos hizo que dudara antes de irme, sobreponiéndome al asco que había pasado sólo hacia unos minutos. Mas, en fin, quedaba más de media hora hasta el centro del pueblo y había que lavarse y estar preparado para la hora de la comida.

En el camino de vuelta, siguiendo las huellas de las rodaduras del carro y las propias nuestras, fusilé a preguntas a mi amigo Aurelio. El ya había sido testigo en un par de ocasiones de los festines de los buitres, aunque, después de darse importancia, reconoció que nunca se había acercado mucho a contemplar el macabro espectáculo.

Cuando llegamos a la entrada de la plaza del Ayuntamiento y nos separamos, ya nos habíamos puesto de acuerdo para citarnos a las cuatro de la tarde y volver para sorprender a los grandes carroñeros en su pitanza.

La comida de aquel día no me sentó muy bien. El primer plato de verduras pasó sin problemas, pero el estofado de cordero que amorosamente había preparado la tía Isabel se encontró con mi estómago convulsionado por los recuerdos. En verdad no hice aprecio de aquella delicia gastronómica, para contrariedad de mi tía, que se preocupó sinceramente por mi estado de salud.

Casi me había olvidado de mi compromiso con los animales del corral, pero los pozales con los restos de comida y el pienso fueron preparados antes de la retirada general hacia los lechos. De mala gana, los cogí y corrí a cum-

plir mi obligación, sin entretenerme esta vez con gallinas o conejos, ni esperar a que terminaran su comida delante mío.

A las cuatro de la tarde estaba ya frente al Ayuntamiento. Aurelio llegó un poco después y, para mi sorpresa, llevaba un rollo de tela de yute que no era sino producto de descoser varios sacos o costaleras de trigo.

— ¿Para qué traes eso?

— Es para escondernos de los buitres y poder estar cerca, sin que se asusten.

— Más hubiera valido coger un palo, por si nos atacan.

— Los buitres no atacan a nadie, son unos cobardes.

— ¿Estás seguro? Mira que son muy grandes.

— ¡Te crees tú que mi padre me hubiera dejado venir si los buitres pudieran hacernos daño!

Ese argumento fue definitivo para mi convencimiento. Aurelio no había venido de tapadillo, como yo que ocultaba mis movimientos a mis superprotectores tíos. Si el tío Rubito no había puesto pegas es que no había nada que temer. Únicamente había insistido a Aurelio para no acercarse demasiado, pero no por miedo a las rapaces sino por el olor y la porquería previsible. El tío Rubito estaba muy orgulloso de su hijo y quería procurarle emociones fuertes que lo curtieran ya desde tan temprana edad.

Verdaderamente, agricultores o ganaderos tenían un concepto de la vida diferente al de mis familiares.

Corrimos otra vez hacia el muladar, ansiosos por comprobar cuántos buitres estarían cebándose sobre el viejo mulo.

Sudorosos, pero todavía con energía, llegamos casi hasta el borde de la barranquera. Unos cuantos metros antes, ya habíamos oído los roncospaznidos de cuervos y cornejas, más no se veía ni un solo buitre en el cielo, por lo que corrimos los últimos metros con la incertidumbre, casi la certeza, de que no nos acompañaba la buena suerte.

Craso error. Cuando asomamos nuestras cabezas, mirando y esperando ver los restos de la bestia muerta, se nos cortó la respiración al contemplar el maremagnum de los cuerpos y las alas que ocultaban totalmente a ésta. Más de cincuenta buitres cubrían el cuerpo del desdichado “Guerra”, peleándose por sus restos. Las cabezas ensangrentadas, blancas y desnudas de plumas sobresalían sobre los cuellos estirados para volver a hundirse en el follón palpitante. Los cuervos, cornejas y urracas acechaban a poca distancia, pendientes

de las migajas del banquete. Tres alimoches se destacaban claramente por su blanquísimo color, aunque permanecían quietos, incapaces de competir con sus primos mayores. El espectáculo, repito, nos dejó atónitos por momentos y, olvidando toda cautela, nos erguimos junto al precipicio, recortándose nuestra silueta sobre el fondo nublado del cielo.

Casi al instante, a pesar de la algarabía y de la excitación por comer, los buitres se dieron cuenta de que estábamos allí y la masa de plumas pardas se dispersó en un tumulto de choques, batir de las alas, carreras y sobresaltos. El fru-fru del roce de las plumas dio paso al siseo de las alas batiendo vigorosamente el aire. Algunos buitres se quedaron cerca de la carroña, hacia la abertura al fondo del barranco. Pesadamente, una hilera de buitres comenzó a planear elevándose sin mover las alas, como veleros al viento, enormes y majestuosos.

Boquiabiertos, sin decir palabra, seguíamos las evoluciones de aquellos reyes del aire que en su elemento perdían todo el aspecto a veces cómico y a veces repugnante que tenían cuando estaban en tierra.

Empleamos unos minutos en vigilar las circunvoluciones que realizaban las grandes rapaces, continuamente fascinados, hasta que nuestros ojos volvieron a la carnaza del fondo. De nuevo volvimos a sorprendernos al contemplarla; sólo habían pasado unas horas desde que la habíamos dejado y, en tan poco tiempo, las aves carroñeras habían dado buena cuenta de gran parte del cuerpo de la difunta caballería. Un gran agujero en el vientre mostraba el interior de éste, vacío y enrojecido. La carne y la piel de la cabeza estaban llenas de agujeros que mostraban en su mayoría el hueso del cráneo. Los grandes costillares aparecían claramente y, aunque el color blanco de los huesos estaba cubierto por restos de carne, podían contarse con toda claridad.

Una visión bastante desagradable era la que ofrecía la pobre bestia. Alrededor, multitud de plumas caídas, deyecciones, astillas de huesos y unos cuantos córvidos peleándose por briznas de carne.

Afortunadamente, el viento soplaba a favor nuestro, es decir, desde nuestras espaldas y el día estaba bastante nublado, de forma que el calor de los rayos del sol no contribuía a aumentar la fetidez que adivinábamos.

Como los buitres que volaban en círculos sobre nosotros no se decidían a bajar otra vez ni los que aún permanecían posados volvían a darse el banquete, decidimos que lo mejor que podíamos hacer era ocultarnos como pudiéramos, aprovechando la arpillera que, con muy buen juicio, había llevado Aurelio.

Descendimos unos cuantos metros provocando la espantada de las rapaces que aún no habían volado y quedando dueños del terreno. Un rápido vistazo

por las cercanías, nos hizo elegir una oquedad entre rocas, salpicada de matojos, en la que podíamos escondernos de modo aceptable. La arpillera, sujeta entre ramas de algún matojo por encima de nosotros y algunos pedruscos en el suelo para evitar que ondeara al viento, completó el escondite de manera casi perfecta. El color pardo de la tela de los sacos se camuflaba muy bien con el pardo de las arcillas en que se enclavaban las rocas de conglomerado. Cuatro o cinco arbustos cortados y clavados entre los hilos de la urdimbre de la tela contribuyeron a mejorar el camuflaje. Desde dentro, Aurelio ensanchó algunos agujeros que nos servirían de ventanilla y, turnándonos para vigilar la vuelta de las aves carroñeras, intentamos armarnos de paciencia, para una espera que no sabíamos cuán larga podía ser.

Casi una hora aguardamos a que los buitres perdieran su desconfianza y volvieran a su presa, acuciados por su inmenso apetito. El tiempo se nos hacía eterno y los efluvios de la carne lacerada contribuyeron a que nuestra situación no fuera muy cómoda. Estábamos sobre el cadáver, a unos veinte metros, echando de menos un frasco de agua de colonia que aliviara nuestras pituitarias. Ya casi desesperábamos cuando un ruido de plumas flotando en el viento nos catapultó hacia los agujeros.

Un buitre se había posado en la vertiente opuesta, a unos cincuenta metros y parecía mirarnos de hito en hito, desconfiado y cauto, preparándose para levantar el vuelo a la menor sospecha.

Completamente inmóviles y casi aguantando la respiración vimos con alegría como, por fin, el animal comenzaba a dar unos pasos en dirección a la comida. Sus pasos se aceleraron y con el cuello encogido y la cabeza gacha, comenzó un trotecillo cómico que hacía vascular su cuerpo a un lado y a otro. Estuvimos a punto de prorrumpir en carcajadas al ver la carrera de la pesada ave, pero afortunadamente nos contuvimos.

El buitre llegó hasta el vientre abierto del mulo. Se detuvo, volvió a mirar estirando el cuello, levantó una pata y saltó dentro de la panza sanguinolenta, enterrándose entre pellejos y costillas.

Muy pronto, nuevos buitres se lanzaron a recomenzar el festín, atrayendo a todos los demás, iniciándose así el pandemonium que contemplamos a nuestra llegada.

La algarabía de los graznidos de los cuervos, los gorgoteos de algún buitre, los aletazos, las peleas y, en suma las evoluciones de todas las aves nos mantuvieron hipnotizados durante más de dos horas.

Cornejas y urracas también seguían, expectantes, los movimientos de sus parientes mayores, lanzándose en cuanto un pedacito de carne, tripa o piel era

despedido por los picos ganchudos de las rapaces, animando todavía más con sus revoloteos el espectáculo.

Cuando el sol ya se ponía y todo el barranco se quedó a la sombra, la caballería se había convertido prácticamente en un esqueleto. La capacidad de embaular carroña de que hacían gala los buitres era increíble.

Algunos daban la impresión de que no iban a poder tragar los grandes pedazos de víscera o de carne que habían arrancado. Sus cuellos se estiraban y dejaban ver el bulto al paso de lo ingerido, mientras los picos permanecían entreabiertos como si el ave estuviera atragantándose. Otros picaban pedazos más pequeños, pero a un ritmo rapidísimo. Otros, con su estómago lleno casi a reventar, se mantenían a una distancia prudente, incapaces de elevar los kilos de más que se habían metido entre pecho y espalda.

Cuando, casi inaudibles, las campanadas del reloj del pueblo marcaron las nueve de la tarde, todo el tropel de rapaces había dado fin a su pitanza, dejando el campo libre a los carroñeros menores, que limpiaban los huesos y el pellejo de lo poco que había aprovechable en ellos.

Lo que algunos pastores nos habían dicho en aquel verano, era cierto. Los buitres se convertían en pájaros fofos y abúlicos cuando abandonaban las carroñas. Las grandes alas que hacían de ellos los campeones del vuelo a vela se convertían en herramientas inútiles para sustentar los cuerpos abotargados por el esfuerzo de la digestión.

Intuyendo que el drama que la naturaleza nos había mostrado había llegado al final, Aurelio y yo salimos con cierta aprensión de nuestro escondite. ¿Nos atacarían los grandes pájaros? Habíamos visto la fortaleza y capacidad de sus picos ganchudos para arrancar grandes pedazos de carne. Sus garras no eran empleadas más que para andar o corretear de una forma que daba risa, pero sólo con el pico era suficiente para darnos un disgusto si nuestra inesperada presencia les ponía de mal humor.

Encogidos de ánimo y con el cuerpo encorvado, aparecimos a la luz del día que acababa, buscando algún palo grueso o piedras con que defendernos en caso de necesidad. No hizo falta, por fortuna. La bandada de córvidos al parecer no tan ahitos de carne como las grandes carroñeras, huyeron con presteza. Los buitres extendieron sus alas y estiraron amenazadoramente el cuello, pero permaneciendo a la defensiva por un instante; luego corrieron barranco abajo dando aletazos y logrando cortos vuelos que les hacían chocar entre sí. No había peligro. Los buitres eran mucho más pacíficos de lo que su aspecto aparentaba.

Aurelio y yo volvimos despacio al pueblo. La tensión de las horas pasadas nos había quitado las energías y todo lo que no habíamos hablado hasta en-

tonces hacía que nos muriéramos de ganas para desahogar nuestra excitación y compartir nuestras impresiones.

— ¿¡Te has dado cuenta de...!?

— ¿¡Y has visto cuando...!?

— ¿¡Y cuando...!?

— ¡Y cómo tragaban!

El sol ya se había puesto y coloreaba las nubes bajas de un cielo a medias despejado con tonos dorados, rojos o naranjas. Como durante millones de días y millones de años, el astro rey se despedía pintando el paisaje con tonos bellísimos. Como durante millones de años, la muerte dejaba paso a la vida en el drama continuamente repetido de la lucha por la existencia. La materia que había sido soporte de la existencia de “Guerra” era materia que alimentaba la existencia de los buitres y cuervos. El animal que cansinamente se había desplazado por la tierra volaría ahora sin esfuerzo por los cielos en las alas majestuosas.

La particular aventura que habíamos pasado junto a los buitres hizo que Aurelio y yo nos sintiéramos más unidos, mucho más, que antes. Cuando las tareas impuestas por sus padres para ayudar en las actividades familiares le dejaban tiempo (lo que sucedía a menudo), nos reuníamos prestamente para charlar, jugar o intentar lo que se había convertido en su pasión compartida conmigo: contemplar animales silvestres.

Aurelio se apresuró a comunicar a otros zagales del pueblo el espectáculo del que habíamos sido testigos privilegiados, atrayendo la admiración y la sana envidia de los demás niños, con lo que, de rebote consiguió que yo fuera definitivamente aceptado en la infantil sociedad del lugar, dejando de ser considerado como un niño forastero sin demasiados puntos en común con los otros niños.

No sé si gracias a Aurelio o gracias a los buitres, podía tratarme de igual a igual con todos los niños de mi edad. En el cementerio gané a medias su respeto. Con los renacuajos capté su curiosidad y ahora ya era uno más. Cuando me enteré de que ya no me llamaban Manolito sino “Tamar” (protagonista héroe de unos tebeos, que vivía una vida similar a Tarzán) sentí que mis deseos de no estar solo se habían cumplido largamente.

La amistad de Aurelio atrajo hacia mí el interés del tío “Rubito”, con lo que mis tíos también respiraron más tranquilos al saberme en la órbita de una persona mayor y respetada del pueblo.

Un día, el tío “Rubito” dejó a su hijo un zurrón lleno de trampas para cazar pajarillos. Era costumbre muy extendida en toda la comarca el matar a los

pequeños pájaros insectívoros, trampeándolos con cepos similares a los utilizados para cazar ratones, que se cebaban con hormigas de ala.

Yo no había visto nunca practicar este tipo de caza menor, con lo que me alegré cuando Aurelio me invitó a acompañarle para colocar los cepos en la huerta.

En claros bajo los árboles, al pie de los zarzales o entre los cultivos de coles y lechugas, colocamos un buen número de cepos, de forma que sólo se viera la hormiga alada bien sujeta entre los hilos de alambre para que llamara la atención de los pajarillos con sus movimientos convulsos.

Colocar todos los cepos siguiendo una línea que nos permitiera recogerlos sin olvidos, nos llevó más de una hora de la mañana. Yo deseaba volver para comprobar si ya había funcionado el primer cepe, pero Aurelio, más paciente y experimentado que yo, me convenció para irnos a bañar al río.

Pasamos entre chapuzones, paseos y exploraciones el resto de la mañana.

Después de algunos días sin visitar mis antiguos territorios de investigación, me sentí a mis anchas volviendo a contemplar las evoluciones de los cabezudos, los insectos acuáticos, las ranas y los sapos. Al terminar la mañana, se unieron a nosotros Guillermo, Antonio y un par de chicos mayores con los que todavía no había tratado.

La mañana acabó pronto y por primera vez volví al pueblo sin ningún animal del río que aumentara mi fracasada colección zoológica. Pero, al darme cuenta de eso no me sentí decepcionado. Los animales podían verse muy bien en libertad sin que te dieran complicaciones y la compañía de amigos resultaba tan gratificante que uno podía olvidarse con facilidad de los animalitos. Al menos, por el momento.

Ya de vuelta, al pasar por la tienda pues, por una vez, había llegado con excesiva puntualidad, la tía Isabel me encargó que acudiera al horno de pan para recoger un par de piezas para la comida.

Acompañado siempre por Aurelio, que también tenía que recoger una hogaza, fuimos al edificio que abastecía el pan de cada día a todas las familias de la aldea.

Era un edificio antiguo, con fachada encalada en blanco como todas. Se diferenciaba de otras casas en que sólo tenía una planta y sobre la puerta lucía una virgen pintada en azulejos y cubierta con una reja.

Una vez dentro, la gran sala del horno te recibía con una bofetada de calor. Pese a que afuera el sol de verano pegaba fuerte, en el horno la temperatura se hacía casi asfixiante. No era de extrañar, pues las llamas crepitan

dentro del horno propiamente dicho, alimentadas por abundante leña de sabinas, pinos y tamarices. Frente a la compuerta de hierro, un hombre introducía las masas frescas hechas de agua y harina y levadura, ayudándose de una larguísima pala que apoyaba en una horquilla de hierro sobre la que deslizaba el mango. Una vez las masas estaban dentro del horno, eran volcadas y colocadas con rápidos y experimentados movimientos, hasta su rápida cocción, en que eran sacadas de nuevo con la pala, convertidas en panes o barras calientitas y churruscantes.

Al igual que la carne, las hortalizas, verduras y frutas del pueblo, no recuerdo haber probado un pan tan delicioso como aquél que me entregaron y que llevé a mis tíos todavía caliente y con numerosos pellizcos que denunciaban mi gula.

Comida, corral y Aurelio. Aurelio y los cepos de pájaros.

Esta vez era Aurelio el que esperaba. La paciencia de la que había hecho gala por la mañana se había trastocado y me dio prisas desde que me vio acudir. Los pájaros atrapados podían ser comidos por una paniquesa (comadreja). Corrimos todo el corto trecho hasta el primer cepo. Nada. La hormiga de ala, ya muerta, debía haber dejado de batirse hacia largo tiempo.

Nada en el segundo cepo. En el tercero, para satisfacción de Aurelio, un colirrojo muerto nos mostró su cuerpo. Yo había visto ya a este pajarillo revoloteando por los árboles y cañaverales. El culirrojo o colirrojo no cantaba excesivamente bien, pero su plumaje era precioso, destacando la cola rojiza que le daba nombre. El cuerpo desmayado de aquel pajarillo muerto no me recordaba en nada el nerviosismo y vitalidad de los que había visto cazando mosquitos, orugas o mariposillas, con movimientos rápidos y precisos. Toda la fuerza se había escapado de aquel cuerpecillo del que colgaba inerte la cabecita pendiente de un cuello ensangrentado.

En el siguiente cepo había un petirrojo, tan bonito y muerto como el anterior pájaro. Yo ya había perdido la impaciencia por ver a los pájaros de la huerta. No era lo mismo ver las avecillas radiantes de vida y lanzando destellos de color al sol que contemplar aquellos ramilletes de plumas sin ninguna chispa en los ojos. Una pena muy grande me invadió y Aurelio se dio cuenta de inmediato.

— ¿Pues, que esperabas coger?

— Imaginaba que estarían medio vivos.

— ¡Tú estás tonto!

Una docena de pajarillos fue el fruto del trampeo. Un par de ruiseñores ya no cantarían más por la noche. Tres papamoscas (Aurelio los llamaba aletas),

dos petirrojos más, un colirrojo diferente y una hembra de pinzón precedieron a un cuco, el último y más grande de los pájaros capturados.

— ¡Los venderemos en el bar y ya me he ganado la propina del domingo!, exclamó Aurelio.

— ¿No os los coméis vosotros?

— Si no hay nada que comer. Los que los compren están tontos.

Por un par de duros, la alegría de la huerta acabaría en las cazuelas de la barra de un bar. ¡Ojalá les entrara diarrea a quienes lo comieran!

¡Han montado un campamento en el Ventanico!

La noticia corrió de boca en boca entre todos los chicos. Aquel día, sin saber cómo, unas cuantas tiendas de campaña blancas habían sido alzadas a la sombra de una chopera, debajo del cabeza del Ventanico.

El Ventanico era una cueva inaccesible de entrada cuadrada que destacaba en medio de la pared vertical de un pequeño cabeza cortado por el río. Las paredes de arcilla talladas por la erosión durante siglos o milenios no permitían la escalada por su endeble consistencia y por ello nadie en el pueblo recordaba que alguien hubiera hollado el interior de aquel agujero que se asomaba como una ventana desde lo alto del paredón.

El campamento era la novedad del día y varios chavalines nos reunimos para acudir presurosos a contemplar algo insólito en la rutinaria vida de la localidad.

En la pequeña chopera, cuatro grandes tiendas de lona blanca se habían plantado y una docena de hombres jóvenes se afanaban entre ellas, acarreado bultos, ordenando enseres y cargando con picos, palas, escobas y otros instrumentos cuya finalidad no supimos descubrir.

Mudos y expectantes, nos quedamos largo rato observando atentamente las evoluciones de aquellos forasteros que seguían con su tarea sin hacernos caso. Poco a poco, su indiferencia nos hizo perder parte de nuestra timidez y nos fuimos acercando descaradamente a husmear las posibles sorpresas a la misma entrada de las tiendas.

— ¡Zagales, rediós, no empecéis a tocarnos los huevos!

— ¡Si no los echas a pedradas desde el principio, con los críos lo tienes claro!

— ¡Déjalos que miren, hombre, que con eso no incordian!

El que había dicho lo último, joven de aspecto alegre, cogió unos cuantos picos y se marchó del lugar, cantando vigorosamente. Naturalmente, todos los críos le seguimos, animados por sus palabras apaciguadoras y su aspecto risueño. Eso sí, guardando todavía una prudente distancia.

El hombre ascendió por unos peldaños recientemente excavados hacia una senda medio borrada que subía a la cúspide del pequeño cabezo. La caminata fue breve; sólo quinientos metros separaban las tiendas de la cumbre del cerro. Allí, otros hombres se agrupaban, inspeccionando fragmentos de la teja y lo que parecía restos de muro que apenas sobresalían del suelo.

— ¡Mirad que compañía traigo!

— ¡Joder, pronto han acudido los cadillos a alcahuetear!

— ¡Ya veréis que pronto empiezan a tocarnos los huevos!

Después de escuchar aquellos breves comentarios, todo el grupo de amigos nos quedamos convencidos de que el negocio de aquellos hombres tenía que ver con la recogida de huevos. Pero, francamente, no adivinábamos cómo se podía trabajar con picos y palas en asuntos concernientes a los huevos.

La curiosidad pudo más que nuestra natural timidez ante extraños. Antonio, más atrevido que los demás, preguntó al joven risueño:

— ¿Cómo se cogen los huevos con pico y pala?

El mozo interrogado miró a Antonio con cara de no entender absolutamente nada. Por un momento debió pensar que el chiquillo le proponía una adivinanza o algo así y no dijo nada mientras pensaba.

— Os prometo que si nos lo decís, no os tocaremos los huevos —afirmó Antonio muy serio.

Ante semejante declaración, todos los hombres del grupo estallaron en una carcajada que nos dejó corridos y algo ofendidos.

Viendo nuestro mosqueo, de nuevo el mozo más jovial se dirigió a nosotros:

— ¿De dónde habéis sacado lo de los huevos?

— Os hemos oído decir que no queráis que os los tocáramos.

Una nueva carcajada rubricó las palabras de Antonio. También su interlocutor coreó las risas aunque, con ademán cariñoso, colocó su mano sobre el hombro de mi amigo para decirle:

— Aquí no trabajamos con huevos. Ha sido una broma de mis compañeros. Aquí vamos a cavar unas ruinas.

— ¿Para qué?

— Porque aquí había un pueblo hace 2000 años y queremos saber cómo era y cómo vivían las gentes que lo habitaban.

— ¿Para qué?

— Porque así conoceremos mejor la historia de España.

— Pero la historia de España se aprende en los libros. Mi padre dice que la gente que trabaja con pico y pala no tiene conocimientos y justo le llega para escribir.

— Tu padre es muy listo, pero nosotros sabemos escribir aunque sudemos picando como peones camineros. Por cierto, yo me llamo Enrique ¿y vosotros?

Rápidamente, nos presentamos a Enrique, que ya nos caía francamente simpático y él aprovechó para convencernos a seguirle de vuelta al campamento, aliviando así los huevos que sus compañeros tanto temían que les tocáramos.

Ya en el campamento Enrique nos miró con cara seria e interrogante y nos preguntó:

— ¿Queréis ayudarnos a estudiar la historia?

Como es de suponer, contestamos que sí a coro, con la cara radiante de contento. Ni más ni menos que un señor importante (o al menos nos lo parecía) nos invitaba a ser partícipes en el descubrimiento de la historia. Era una ocasión única, que no había que despreciar y nos disponíamos a lo que fuera, cuando Enrique dio a cada uno de nosotros un pico y una pala y nos pidió que le acompañáramos de nuevo arriba.

Mas una vez allí, no nos hizo picar en ningún tesoro oculto, como hubiéramos deseado, sino que pidiéndonos que arrojáramos los instrumentos al suelo, nos hizo acompañarle de nuevo a las tiendas.

Aquella mañana se pasó rápidamente subiendo y bajando no sólo picos y palas, sino con pozales llenos de agua, cajas de madera, varillas de hierro pintadas de rojo y blanco y otros útiles que no merece la pena recordar.

No acabábamos de comprender que diantres tenía que ver la historia con todo aquello, pero ayudar a Enrique nos pareció una forma de corresponder a su trato jovial.

Cuando llegó la hora de volver a nuestros domicilios, Enrique nos despidió con amabilidad. dándonos las gracias por nuestra ayuda y recomendándonos:

— No digáis a vuestros padres que trabajamos con huevos. Somos arqueólogos y para huevos, los vuestros, chavalines.

— ¿Sabes que quiere decir tocar los huevos?

— Será manosearlos y que se espante la gallina clueca y no los incube bien.

Yo recordaba que mis tíos me habían prevenido para que no molestara a las gallinas que incubaban en el corral los huevos que se dejaban aparte para que nacieran los pollitos. No cabía pensar otra cosa.

— ¡No, hombre, no! cuando los mayores dicen que no les toquemos los huevos, quiere decir que no les molestemos. ¡Los huevos son los cojones!

Se me hizo la luz. Ahora recordaba que algún hombre mayor se había referido así a lo que nosotros siempre llamábamos los pitos o, cuando queríamos presumir de machos, los cojones.

Nunca se me hubiera ocurrido tocar los cojones a nadie. Eso era una cosa muy fea y propia solamente de mariquitas.

Por la tarde, volvimos a reunirnos Antonio, Aurelio, Guillermo y yo. El zarzal del molino, abandonado ya, ofrecía muchas moras maduras y había que cogerlas antes de que se nos adelantaran otros chavales.

Reunidos entre los muros y cascotes de la vieja edificación, contemplamos con alborozo que el enorme matorral de zarzamora estaba salpicado de puntos negros y violáceos, prometedores de un festín. Pero las ramas más abundantes en frutas silvestres estaban fuera del alcance de nuestras manos y las espigas del zarzal impedían cualquier ejercicio de aproximación, por acrobático que fuera.

Fue Aurelio el que dio con la solución ideal. Cerca había un cañaveral y fabricar pértigas con las cañas verdes era algo sumamente fácil. Las cañas, presentes siempre en cualquier ribazo eran materia prima para un montón de cosas. Los chicos las usábamos para hacer arcos, lanzas y espadas para jugar a la guerra. Los mayores fabricaban con gran habilidad cañizos, flautas e incluso castañuelas que conseguían rajando una sección de caña por la mitad y golpeándola por su base para que las dos mitades entrechocaran produciendo el castaño al ritmo deseado.

Para fabricar una pértiga que permitiera arrancar las moras, había que cortar una caña larga, despojarla de todas sus hojas y de la punta, demasiado tierna. Con la sección final se hacía una horquilla machacando un extremo

con una piedra y arrancando un par de tiras. Con el instrumento así conseguido podían engancharse fácilmente los racimos terminales donde se encontraban las frutillas maduras. Retorciendo las ramitas, éstas se desgajaban y quedaban adheridas al extremo de la caña, con lo que se podían recoger sin miedo a que se cayera entre las espinas del matorral.

Nos pusimos morados.

Una curruca cabecinegra nos contemplaba, seguramente disgustada porque habíamos dejado limpio el zarzal, cuando empezamos a retirarnos entre las paredes que aún se sostenían de lo que había sido un molino de aceite.

Como quedaba mucha tarde por delante nos dirigimos a curiosear hacia el poblado que ya estaban excavando. Podíamos haber ido a jugar a las eras, bañarnos en el río, a robar fruta u otras mil actividades. Pero la novedad era el campamento de arqueólogos y allí fuimos.

Cuando llegamos vimos que habían dispuesto unas varillas metálicas sobre el terreno. Entre las varillas se entrecruzaban cuerdas, formando como una cuadrícula de la que pendían cintas coloreadas.

Ya habían empezado a picar a lo largo de un muro enterrado y mientras unos picaban, otros pasaban montones de tierra por un cedazo, o rebuscaban entre los cascotes.

Entonces, uno de los trabajadores, dándose cuenta repentinamente de que estábamos allí, nos dijo:

— ¡Si bajáis al campamento, Enrique os dará una cosa!

— ¿Qué cosa?

— ¡Bajad al campamento!

Nos fuimos del lugar con una cierta desgana. No estábamos seguros de si era cierto que Enrique nos guardaba una sorpresa o bien se pretendía engañarnos para que no molestáramos con nuestra curiosidad.

Pero el campamento, al fin y al cabo, estaba muy cerca y, efectivamente, allí estaba Enrique junto con algunos compañeros suyos.

— ¡Ya pensaba que hoy no vendríais!

Enrique desapareció dentro de una tienda de campaña con una sonrisa en los labios, para volver a salir casi de inmediato con una caja de madera en sus manos.

— Tendréis que bañarlo a conciencia, porque está lleno de pulgas!

No nos dio tiempo ni a preguntar que contenía aquella caja. Abriendo la tapa una vez que la depositó en el suelo, mostró a nuestros sorprendidos ojos un zorrillo, que acurrucado en el interior nos lanzaba miradas llenas de desconfianza mientras con la boca abierta tan pronto bufaba como una culebra como lanzaba una especie de tosidos que, sin duda, querían decirnos que estaba dispuesto a morder la primera mano que se acercara.

El animalito estaba sucio de barro, húmedo y con aspecto general deplorable. Debería tener un mes o, a lo sumo dos.

— ¿De dónde has sacado este zorrillo?

— ¡No es un zorrillo, es una zorrilla!

Enrique nos contó que un paisano la había encontrado hecha un guiñapo en un campo regado. Sin duda, el agua destinada al riego había inundado la madriguera que se encontraba en un ribazo limitrofe. Los padres habían podido escapar y seguramente se habían llevado otras crías con ellos. Pero la que teníamos delante se había perdido o despistado y dejado capturar con facilidad, aturdida, débil y mojada como estaba.

El campesino iba a matarla cuando Enrique lo vio en uno de sus paseos y le pidió la zorrilla. El campesino no tuvo ningún inconveniente en dársela y Enrique de inmediato pensó en los chiquillos del pueblo, es decir nosotros. Con ello se ganaba aún más nuestra amistad y conseguía una segura atracción para desviar nuestro interés en caso de que nuestras visitas se hicieran muy reiteradas y molestas.

Con rapidez y firmeza agarró por el cuello a la pequeña bestia y la sacó del cajón.

— Tened cuidado porque puede morderos o se puede escapar corriendo. Vamos a fabricarle un collar para tenerlo amarrado.

Enrique sacó un rollo de gasa de un botiquín de urgencia y con él fabricó un collar que colocó muy apretado en el cuello de la zorrilla.

— Tendréis que apretar mucho lo que le pongáis en el cuello, porque lo tiene muy ancho y la cabeza se escurre enseguida.

Con una cuerda de nylon terminó de fabricar el dogal que mantendría al animal seguro y sin posibilidad de escapatoria. Escapatoria que sería mortal en caso de producirse, pues una cría de zorro sola y abandonada no podía sobrevivir en estado silvestre.

Nos tendió la cuerda y nos volvió a recomendar:

— ¡No olvidéis bañarla ahora mismo y dadle de comer algo de carne que yo le he dado poca!

Sujetando la cuerda, arrastramos a la zorrита hasta el río. Eran sólo unos doscientos metros, pero costó trabajo, porque el animal procuraba huir en todas direcciones, menos en la correcta.

Bañar al cachorro tampoco fue sencillo. No se dejaba coger sin plantar cara, siempre entre tosidos, gruñidos y ladridos. Hubo que optar por descalzarse y tirar de la cuerda para arrastrar al bicho hasta la mitad de la corriente, donde lo mantuvimos un buen rato.

Acabada la operación, el animal presentaba un cuerpecillo escuálido, con todos los pelos pegados, salvo en la cabeza que parecía desproporcionada, al estar todavía seca. Hubo que volver a sujetarle con fuerza para remojar bien el cráneo y las orejas y asegurar una limpieza definitiva.

Faltaba conseguir comida para mantener aquel enclenque cuerpecillo. Aunque no parecía muy desfallecida, ya que mantenía su agresividad, la zorrита debía llevar muchas horas sin comer.

Intentamos llevarla hasta el pueblo tirando de la cuerda, pero pronto tuvimos que abandonar la idea por los continuos forcejeos e intentos de huida que hacían que el animal se destrozara las almohadillas de sus patas, arrastrándolas ante nuestros tirones y negándose a caminar según nuestros propósitos.

Finalmente, Aurelio la cogió en brazos sin olvidarse de sujetar el cuello con fuerza en evitación de seguros mordiscos. Cuando llegamos a las casas de las afueras, ya habíamos decidido que el hogar provisional primero se instalaría en la cuadra que había dejado libre el mulo del tío “Rubito” tras su muerte. Contando con el permiso del propietario, que todavía era dudoso.

El tío “Rubito” no estaba en casa cuando llegamos a ella con nuestra mascota. Su mujer, la madre de Aurelio, no pareció muy contenta cuando nos vio y menos cuando Aurelio le pidió permiso para utilizar la cuadra.

— ¡Jesús, José y María! ¡Si se escapa no deja un pollo vivo en todo el pueblo!

— ¡No puede escaparse; mira lo fuerte que está cogida!

Y Aurelio mostraba a su madre el fuerte collar de gasa.

— ¡Jesús, José y María! ¡Si estará lleno de pulgas!

— No tiene pulgas; la hemos bañado bien.

Pero, para aquel entonces la zorrита estaba demasiado débil y fatigada como para mostrar ni siquiera una mueca de irritación. Desvalida y sin forcejear desde hacía rato, daba compasión mirar su carita de cachorro y su cuerpecillo acabado en una preciosa colita que terminaba en una borla blanca.

— ¡Bueno, bueno, ya veremos que dice tu padre! ¡Jesús, José y María!

Cuando volvió el tío “Rubito”, ya habíamos conseguido algunas cabezas y patas de pollo para alimentar aquel juguete viviente.

El tío “Rubito” se admiró de la supuesta mansedumbre del animalillo y no nos puso trabas, para alegría nuestra, en cuanto a la utilización de la cuadra. Siempre y cuando nos hiciéramos responsables del cuidado de la zorrita y de los posibles desperfectos que pudiera hacer. Intentó poner cara muy seria en sus advertencias, pero los ojos le brillaban regocijados y las comisuras de sus labios esbozaban una media sonrisa cuando hablaba.

Bajamos a la cuadra, que ya estaba limpia de boñigas y de paja y atamos la cuerda de la pequeña zorra en una argolla de la pared, depositando al animalico sobre un pesebre con restos de alfalfa seca.

Creyéndose libre, la cría dio un salto hasta el suelo para sentir inmediatamente el freno de su collar. Comenzó otra vez a emitir chasquidos, toses y sonidos roncacos, como si se atragantara.

Entonces le echamos los restos de la pollería y, para nuestra sorpresa, el irritado animal comenzó a morderlos y a comer, dando muestras de un apetito enorme y de avaricia no menor por la comida.

La dejamos comer un par de cabezas, alejados prudentemente para no molestar en la necesaria comida. Cuando comenzó a roer una de las patas, el tío “Rubito” se acercó para mirar mejor y el animal se volvió con rabia, dando toses de amenaza y protegiendo con su cuerpo los restos de comida, como si advirtiera:

¡Esta comida es sólo mía!

Nos quedamos todavía bastante rato con la que finalmente sería nuestra mascota. Una vez que hubo terminado de comer, le acercamos una lata con agua para que pudiera beber e intentamos ganarnos la confianza del asilvestrado animal. Tarea difícil, pero lo cierto es que la fiera natural de la zorra parecía bastante atenuada y, siempre con precauciones, pudimos examinar con relativa facilidad el lustroso pelaje y la anatomía de “Charo”, ya que así la bautizó el tío “Rubito”.

— ¿Por qué “Charo”?

— Es una zorra ¿no? “Charo” es un buen nombre.

El tío “Rubito” no nos explicó por qué “Charo” era un buen nombre para una zorrita. Sería una interrogante que mantendríamos siempre, porque el

buen hombre se limitaba a sonreír pícaramente cada vez que lo preguntáramos. Pero, para siempre, la zorra se llamaría “Charo”.

Dejamos a Aurelio y su padre en la cuadra. Ya era de noche.

— ¡Hasta mañana “Charo”!

Por la mañana, acudimos Antonio, Guillermo y yo a las excavaciones del cabezo del Ventanico. Como siempre, nuestra curiosidad se agitaba cuando veíamos a personas mayores interesadísimas en pedazos de cerámicas que nosotros no considerábamos más valiosas que una teja rota. Nos habían explicado que a través de esos fragmentos de vasijas u otros utensilios enterrados se podía adivinar la vida de las personas que habitaron el lugar hacía dos mil años. Eso era lo que nos fascinaba. Pensar que un pedazo de teja que no merecía mayor atención había sido confeccionado por las manos de un hombre muerto hacía veinte siglos, daba un enorme valor a un fragmento de barro cocido, que de golpe nos hacía viajar por el tiempo y nos ponía en comunicación con los guerreros iberos que luchaban contra el dominio de Roma y cuyas hazañas, tantas veces leídas, nos hacían más entretenido el estudio de la Historia.

Después de un buen rato, en el que permanecíamos atentos a las excavaciones que se efectuaban, contemplamos con alegría que Enrique se nos acercaba con una caja llena de pedazos de vasijas rotas.

— ¡Hola! ¡Habéis sido buenos chicos y no nos habéis molestado en el trabajo! Si me ayudáis a limpiar estas tejas os contaré una historia divertida.

No deseábamos otra cosa. Por el momento se nos hacía el gran honor de participar en un importantísimo trabajo que pudiera ser el origen de no menos importantes descubrimientos históricos. Nos enorgullecía que se nos dejara trabajar con investigadores tan simpáticos; todavía más si mientras trabajamos nos contaban un relato que, seguro, sería fascinante.

Enrique nos plantó el cajón en el suelo ante nosotros y repartió algunas bayetas y un pozal de agua para que procediéramos a la limpieza de aquellos deshechos milenarios.

Sentados bajo el tórrido sol de Julio, sin ninguna sombra en la que protegerse un poco del calor, nada nos importó más que merecer la atención de Enrique, que amablemente comenzó la historia.

— Pues veréis, os voy a contar lo que le pasó a un amigo mío que se trajo un pitón en un viaje que hizo a la India.

— ¡Hostia!

— ¡Jo, que chulo!

— ¡Venga!

— Pues resulta que mi amigo Paco marchó hace unos años de turismo por la India, que es un país muy grande y con gente muy interesante. Cuando terminaba el viaje compró una pitón a un encantador de serpientes y se la trajo a España en el viaje de vuelta...

— ¿Por qué?

— Pues porque le gustaban las serpientes y le pareció que el encantador de serpientes no cuidaba como debiera a su pitón. También a vosotros os gustan las culebras ¿no?

— Sí, sí, sigue.

— Bueno, pues como la pitón medía tres metros y no tenía un acuario tan grande como para que la serpiente estuviera a gusto, decidió meterla encerrada en la bañera de su casa, mientras le fabricaba un terrario conveniente.

— ¿¡Coño y cuándo se tenía que bañar él, que hacía!?

— ¿Y que le daba de comer?

— Le daba de comer conejos de indias y ratas y cuando se tenía que bañar pues la sacaba de la bañera y ya está. ¡Dejadme continuar, joder!

Enrique siguió narrándonos el cuento, interrumpido de vez en cuando por nuestras preguntas, exclamaciones y aspavientos. El cuento que según él sucedió realmente fue, más o menos, así:

“Paco y la pitón se llevaron bien y la serpiente, que ya era mansa, se amansó todavía más y no daba ningún problema, salvo la faena de darle su alimento cada pocos días. De vez en cuando, tenía que limpiar las cagadas del animal y cambiar el agua de la bañera. Como era verano, la serpiente no necesitaba calefacción y se pasaba el día con medio cuerpo dentro del agua, sin hacer nada, aunque a veces se daba una vuelta por el cuarto de baño, trepaba a la cisterna o se escondía entre la ropa sucia de Paco. Así pasaron los días y mi amigo, que es un perezoso, fue dejando para más adelante el trabajo de fabricar un gran terrario.

Un día, Paco se dejó abierta la tapa de la taza del retrete. Debía tener prisa y no se dio cuenta. Eso sí, cerró la puerta de la habitación. La pitón debió sentir curiosidad al ver la abertura de un lugar que siempre había estado cerrado y no tardó mucho en acudir a curiosear. Como las pitones aguantan mu-

cho tiempo sin respirar y no les importa demasiado los malos olores, decidió meterse por la taza y buceando llegó fácilmente a la conducción del desagüe que bajaba por todos los pisos. Aunque las serpientes pitón son muy grandes, son capaces de trepar muy bien y por eso pasó lo que enseguida os cuento”.

A esas alturas de la narración, tanto mis dos amigos, como yo no interrumpíamos con nuestras preguntas. Aquéllo prometía ser interesante.

“En el piso de arriba, un vecino de Paco acudió a rendir culto a la naturaleza...”

— ¿A hacer qué?

— ¡A cagar, hablando en plata, que no te enteras!

— ¡Ah, bueno!

“Como decía, el vecino se bajó los pantalones y se sentó a cagar cómodamente, mientras leía una revista. Ya había empezado la faena, cuando de repente vio que entre sus piernas surgía la cabeza de una serpiente enorme.

Tenéis que comprender que aunque el animal no fuera muy escrupuloso, aguantar el bombardeo de mierda dentro de la taza era ya demasiado para el bicho, así que salió por el primer hueco que pudo y el vecino se quedó estropeado de golpe.

Debió quedarse pálido del susto y el salto que debió de dar, me hubiera gustado verlo. Como habréis adivinado, el reptil había trepado por la tubería hasta el inodoro de arriba que, supongo, tenía la tapa cerrada, y esperó hasta que pudo ver el culo del vecino en primer plano. Me imagino que el espectáculo no le gustaría y menos, cuando del culo empezaran a salir bombas fétidas. Hay cosas que una culebra de buena familia no puede soportar, así que le dio el susto al señor, aunque, quién sabe, a lo mejor pensó que tenía la pichi-na más gorda del país y se entusiasmó durante unos segundos por lo menos”.

En ese momento del cuento, nosotros nos estábamos partiendo de risa, intentando imaginar la escena y poniéndonos en la piel del hombre que tuvo una pitón entre las piernas. Nuestras risas, comentarios jocosos y representaciones teatrales de lo que suponíamos en nuestra imaginación desbordaba, nos llevaron unos cuantos minutos, ante la mirada complacida de Enrique, que comprobó el éxito de sus habilidades narrativas.

Nunca estuvimos seguros de si la historia había sido real o no. Era demasiado divertida para creerla, aunque Enrique nos juró que había sucedido de verdad. Nos comentó que el vecino ya conocía a la serpiente y era un buen amigo de Paco. Le llamó para que recogiera a su mascota y él, enfadado por

el susto, no habló con Paco en una semana. El asunto se resolvió con una invitación a cenar, entre risas, recordando los detalles de lo sucedido.

Las mismas risas que provocó en nosotros una historia que recordamos durante todo el año, que comentamos hasta la saciedad y que repetimos a todos nuestros amigos, familiares e incluso gente poco conocida. Fue la historia del verano.

El río, aun siendo pequeño, era un lugar favorito para mis correrías, pues presentaba múltiples atractivos para mi curiosidad. Además de ser el sitio donde más abundancia y variedad de animalillos podía encontrarse, las riberras ofrecían gran cantidad de árboles, cañaverales y huertas repletas de frutales. Con suerte, casi siempre se tenía la oportunidad de recoger peras, ciruelas o presquillas del suelo. Las frutas caídas del árbol eran propiedad de quien las encontrara, pues su fin era pudrirse en la tierra. El dueño de los frutales, que se encolerizaba si sorprendía a alguien robando los frutos de las ramas donde colgaban, sonreía beatíficamente si se aprovechaban las golosinas condenadas a perderse, satisfecho de que el fruto de sus esfuerzos fuera, al menos, apreciado por un zagal. Y en verdad eran golosinas las variedades de peras, claudias, manzanas y nísperos, con su sabor dulce y refrescante. Pero la mejor de las frutas era la presquilla, como se llamaba al melocotón que se cultivaba en la comarca. Rojizo, de carne apretada y sabor azucarado, era preferido por los niños incluso a caramelos u otros productos fabricados para disfrute del paladar. Pero, eso sí, todos sabíamos que la fruta en el árbol era de su dueño mientras que la fruta en el suelo era de cualquiera que la tomara.

Así, examinado el pie de los frutales que bordeaban la vereda, casi todos los días se acababa acudiendo a la poza más cercana al pueblo. Todo el mundo la conocía como la Labadina, por evolución de la palabra vadina, es decir el pozo pequeño de un río.

Allí nos bañábamos casi todos los días, refrescándonos de los calores veraniegos. Nunca se estaba solo en el río, siempre se podía ver grupos de girinos o de zapateros a los que bombardear a pedradas. Los girinos son pequeños escarabajos que dan vueltas constantemente sobre la superficie de las aguas, agrupados en pequeñas bandadas. Los zapateros, a los que en la comarca se denomina panibacas, son insectos que patinan sobre la superficie líquida apoyándose en los invisibles pelillos de sus largas patas, aprovechando la tensión superficial del agua.

Había muchos más seres interesantes: escorpiones de agua, sanguijuelas, renacuajos, barbos, sapos, ranas y, con suerte, casi siempre podíamos atrapar

alguna culebra de agua. Sólo había unos animales molestos. Los hipopótamos acudían de vez en cuando a la vadina.

Los hipopótamos era el nombre nada cariñoso que dábamos a unas cuantas solteronas de carnes abundantes que acudían embutidas en estrafalarios bañadores negros que al contacto con las aguas del pozo se hinchaban, dando un aspecto todavía más relleno a sus propietarias. Algunas, además, rodeaban su poco esbelta cintura con neumáticos de automóvil que usaban a guisa de flotador.

La presencia de hipopótamos en el río era el peor freno y la peor atadura de nuestros desahogos. ¡Niño, no chapotees! ¡Niño, déjame sitio! ¡Niño, no hagas olas! ¡Niño, vete y déjanos tranquilas! Horrible.

Un día, acudí con una culebra de agua en mi mano. Como ya había descubierto, la culebra es un animalito encantador y absolutamente inofensivo que capturábamos a menudo para jugar, encantados con sus teatrales bufidos. La culebra de agua nunca muerde pero, conocedora de su nula peligrosidad, procura impresionar representando el papel de una víbora irritada. Hinchaba su cabeza, dándole un aspecto completamente triangular, infla su cuerpo para parecer mayor, proyecta su hocico hacia delante como si fuese a clavarte los colmillos. Finalmente, si es atrapada, desesperada ante lo inútil de su actuación, se caga de miedo, rociando con un líquido blanquecino y sumamente maloliente las manos de su captor. Acaban por acostumbrarse a los toqueteos y son unas encantadoras compañeras de juego. Siempre las soltábamos, para sorpresa de los labradores que no las conocían y las temían en su ignorancia. A veces, nada más cogerlas, vomitaban un renacuajo, un pececillo o una ranita, que si había sido engullida con sólo unos segundos de antelación, seguía saltando, librada por los pelos de la muerte.

Como dije, un día acudí con una culebra en mi mano; nunca había pensado que la visión de mi simpático animalito provocara tal emoción en los hipopótamos. La tía Fina, la tía María, la tía Socorro y algunas tías más de nombre desconocido, salieron del agua entre los viejos neumáticos, ahora solitarios en el río. Las invectivas llegaron a continuación, pero a una distancia prudente que mantenía mi seguridad con absoluta confianza. Mientras la culebra y yo estuviéramos juntos, mi cara estaba a salvo de bofetadas. Había descubierto el arma total.

Dos días más tarde, la tía Aurelia y la tía Esperanza tomaban el sol, plácidamente tendidas sobre sus barrigas, a la orilla de la Labadina. Encontrar y coger una culebrilla nos llevó unos minutos, pero mereció la pena. La tía Esperanza y la tía Aurelia perdieron de inmediato todo gusto por el sol. De nuevo el campo de batalla era nuestro. Sin hipopótamos, el río volvía a ser el es-

cenario ideal para la alegría de vivir. Desde entonces, siempre que contemplo una serpiente, lo hago con cariño y con gratitud. Realmente son fascinantes.

Cuando los amigos de la pandilla íbamos a bañarnos en la vadina del río, siempre íbamos a desnudarnos en un rincón cercano. En una trinchera que limitaba las huertas bajo el tronco de un viejo olmo y convenientemente encubiertos por algunos arbustos y algunos macizos de cañas, estaba el guardarropa masculino, aceptado así por toda la gente del pueblo. Este acuerdo unánime facilitaba que la intimidad del sitio fuera respetada por todos y que la ropa allí abandonada no corriera ningún riesgo. Las niñas y las mujeres solían acudir ya con el bañador debajo de su ropa habitual, pero en caso de necesidad contaban con el refugio de un huerto con perales en la otra orilla. Se nos había enseñado (o aprendíamos por experiencia) que al acercarse al huerto había que armar ruido, cantando o silbando, para avisar de nuestra presencia. Con el tiempo, el hábito se asimilaba fácilmente y, fuera cual fuera la hora del día o época del año, todo el mundo silbaba o se arrancaba cantando una jota o una canción de moda. Las chicas debían ser más desconfiadas que los chicos y no dejaban su ropa junto al huerto, sino que siempre las transportaban junto al lugar donde se bañaban a tomar el sol.

La tradicional costumbre que evitaba las involuntarias ofensas a la moral del prójimo nunca había sufrido una excepción. Por ello, un día de tantos en el que habíamos acudido al río todos los amigos, nos desnudábamos tranquilamente entre los arbustos y la trinchera; lo hacíamos todos al mismo tiempo, pues un exagerado pudor hacía que nos sintiéramos molestos si uno se desnudaba antes, estando los demás todavía vestidos. Así, todos estábamos desnudos cuando un grito y unas risas, inequívocamente femeninas, nos hicieron dar un respingo. Asomándose por encima del corte de tierra que nos ocultaba, dos chicas nos señalaban, riendo a carcajadas y exclamando: ¡Mira que graciosos están! ¡Se les ve la colita!

Atónitos, rojos de vergüenza, nos tapamos lo mejor que pudimos nuestras desnudeces, mirando sin creerlo a las dos jóvenes que habían roto con tanta desvergüenza el tabú de aquel santuario masculino.

Antonio, el mayor y más decidido de nosotros, se agachó a coger una piedra que arrojó con rabia hacia las inoportunas, que huyeron con presteza, entre grititos y comentarios socarrones.

El baño de aquella mañana estuvo continuamente salpicado de comentarios y opiniones sobre lo acontecido. Conocíamos a una de las chicas, Alicia, mayor que nosotros y que también pasaba sus vacaciones en el pueblo, por-

que ella y su familia vivían en la ciudad, a la que habían emigrado hacía varios años. Pero la otra chica, la que nos había parecido más descarada, era una perfecta desconocida.

El misterio dejó pronto de serlo. Al día siguiente, toda la pandilla sabía ya que Alicia había invitado a su casa a una forastera. La chica tenía su misma edad y era hija de otra familia que como muchas se había visto obligada a emigrar a Francia. Allí había nacido y se había criado Françoise, que conoció a Alicia por la amistad entre los respectivos padres.

El carácter forastero de Françoise explicaba, aunque no perdonaba, el descaro y la impertinencia de su comportamiento. Pero Alicia tenía que conocer las prohibiciones impuestas por el sentido común de las gentes del villorrio. Estaba claro que había que darles un escarmiento.

Nuestras sorpresas, sin embargo, no acabaron en el primer día. Dos días más tarde contemplábamos como Alicia y Françoise tomaban el sol plácidamente sobre las rocas que cercaban la vadina. Pero, más que su insolencia, lo que nos asombró fue el bañador que lucían. No era el que siempre habíamos visto en las mujeres. ¡Dejaba la tripa al descubierto! Guillermo, más informado que los demás, nos explicó: eso es lo que llaman bikini y es lo que se ponen en las piscinas de la ciudad.

Para mí y los otros chicos, el espectáculo era totalmente insólito y luchábamos entre las ganas de correrlas a pedradas como una venganza por la broma que nos habían gastado, o quedarnos mirándolas, como papanatas que éramos. Finalmente, optamos por bañarnos como todos los días, aunque lanzando miradas furtivas hacia las dos muchachas.

La situación se repitió en los siguientes días. Alicia y Françoise nos parecían dos personas impúdicas, por exhibirse como lo hacían con tan minúsculo ropaje y por habernos ofendido como lo habían hecho. Para mayor desconcierto por nuestra parte, las adolescentes tenían la costumbre de desabrocharse el sujetador cuando tomaban el sol de espaldas, sin duda para que el bronceado fuera uniforme en toda la espalda.

¡Mira que si tuvieran que salir corriendo, se iban a quedar sin tapa-tetas!

El comentario de Antonio nos hizo reír a todos, con más fuerza de lo habitual porque comprobamos que ya había sido oído por las dos mozas, que no pusieron cara de buen agrado. Pero después de las risas, una luz pareció encenderse en nuestros cerebros. Mirándolas con una sonrisa aviesa, corrimos a un escondite tranquilo en el que comadrear y conspirar a gusto.

Encontrar un sapo suficientemente grande no fue difícil. Con el animalillo escondido entre nuestras manos corrimos hacia las dos mujercitas de nuestros

desvelos y nos sentamos junto a ellas. Con cierta sorpresa y temor de sus ojos, pero con decisión nos preguntaron:

— ¿Qué queréis? ¡No seáis críos y dejadnos en paz!

— ¡Sólo queremos charlar un rato y enseñaros una cosa que tenemos!

— ¡No nos interesa lo que tengáis, seguramente ya lo hemos visto!

Antonio, con rápido ademán, mostró el gran sapo y lo depositó frente a las caras de Alicia y Françoise.

El gesto de asco y de miedo de las dos mocillas provocó la sonrisa en nuestros rostros y un brillo especial en nuestros ojos. Un empujón dado al batracio, hizo que éste avanzara unos pasos hacia ellas. Automáticamente, las dos jóvenes se incorporaron gritando y mostrando su pecho desnudo que pareció contemplarnos a través de unos rojos pezones entre una carne firme y muy blanca.

Las jóvenes se levantaron y corrieron a toda prisa, huyendo de nuestras carcajadas y dejándonos como trofeo del lance los corpiños que por el nerviosismo habían olvidado recoger.

Fue nuestra particular venganza y también fue la primera vez que pudimos contemplar desde cerca de las tetas jóvenes de aquellas que nos habrían parecido ninfas si anteriormente no se hubieran comportado como sátiros.

El autocar del pueblo era toda una institución. No sólo era el cordón umbilical que unía la pequeña población con la cercana ciudad. En una época en la que eran más abundantes los tractores que los automóviles, en la aldea, la parada del autocar era lugar y momento para curiosear, para intercambiar noticias, para chismorrear y para, una vez más, sentirse vivos y protagonistas en aquel pequeño rincón del teatro del mundo.

Aunque Zaragoza, la ciudad por antonomasia estaba relativamente cerca, a poco más de setenta kilómetros de carretera empedrada, los viajes a la capital se organizaban como verdaderas expediciones. El viaje duraba casi dos horas en los viejos autocares de aquel tiempo, que paraban en cuatro o cinco pueblos durante el trayecto. Para esas dos horas, los habitantes de la comarca iban bien provistos de comida y bebida: grandes bocadillos de chorizo o butifarra, tortillas de cien clases diferentes; a veces, carne empanada; fruta abundante, para apagar la sed y llenar el estómago. No se llevaba comida sólo para uno mismo. Podía suceder que el compañero de asiento no llevara comida y había que prever semejante contrariedad. Pero el compañero de asiento

siempre llevaba comida y también había pensado en sus semejantes; así que el corto viaje se parecía más a un festín que a un desplazamiento. El drama sólo ocurría durante las paradas, en las que los pasajeros se precipitaban a los retretes del bar de turno junto a la carretera, para evacuar toda la bebida y con no poca frecuencia parte de la comida que había ingerido. Las vejigas y los vientres de los lugareños parecían ir especialmente sueltos en aquellos viajes y las colas ante el retrete suponían, por sí mismas, un espectáculo digno de verse y oírse.

Si alguna persona era propensa al mareo y evitaba comer durante el viaje era mirada con una profunda compasión, como si fuera el ser más desgraciado del universo. Su compañero de asiento y, pronto, otros pasajeros del vehículo se acercaban a ofrecerle algo de comida, incapaces de imaginar como se pudiera resistir semejante travesía sin llevarse nada a la boca. El proclive a los mareos acababa cediendo a la insistencia de sus vecinos y comía lo que le ofrecían, con el resultado de que acababa vomitando hasta la primera papilla, bien fuera por la ventanilla o bien sobre las piernas de cualquier pasajero.

En este ambiente de sana camaradería subimos al autobús Enrique y yo. Enrique me había comentado que debía ir a Zaragoza en un viaje rápido; un solo día para ir, realizar unas gestiones y volver. No sé cómo ni porqué, comenté el hecho a mis tíos. Mis tíos, sabedores de mi buena relación con la gente del campamento y seguros de que se trataba de personas responsables, me animaron a acompañar a Enrique en su viaje. Siempre y cuando mi presunto protector no tuviera ningún inconveniente.

— ¡Así podrás dar una sorpresa a tus papás y se tranquilizarán viendo que te cuidamos bien!

No me apetecía mucho volver a la ciudad, aunque sólo fuera por unas horas. En cuanto a mis padres, no imaginaba ningún motivo por el que tuvieran que tranquilizarse. Yo no me había acordado para nada de ellos y no veía por qué ellos tuvieran que acordarse de mí.

Pero mis tíos insistieron y comprendí que debía dar buen ejemplo y fingir que me preocupaba por papá y mamá. De forma que pedí su consentimiento al arqueólogo que me había brindado su amistad. Enrique no tuvo nada que objetar y quedamos citados para la corta expedición, que para mi compañero iba a ser toda una experiencia.

Como Enrique no era del pueblo, desconocía las costumbres alimenticias de su población y no llevaba nada de comida. Afortunadamente, allí estaba yo bien provisto gracias a la previsión de mi tía Isabel, que adivinando la ignorancia de mi acompañante, se había preocupado por darme una fiambra con ración doble de tortilla, croquetas y chorizo.

El inicio del festín de Baltasar ocurría en la primera parada del viaje, diez minutos apenas comenzado, en el siguiente pueblo, a menos de cinco kilómetros de distancia de Urrea. La detención era larga, pues había que cargar equipajes, correo, pasajeros y esperar a los ocupantes de otra línea que conectaba con la compañía del Bajo Aragón. Así que todos los pasajeros se precipitaban al bar de la carretera para solicitar refrescos o cervezas con las que acompañar sus provisiones, antes de morir de hambre o de sed después de quince minutos de avatares de un penoso trayecto.

Enrique contemplaba la invasión del establecimiento como si fuera un habitante de otro planeta.

— ¡Pero si acabamos de salir! ¡Cualquiera diría que son ciudadanos de la India a punto de desfallecer de hambre!

Enrique no podía creer en la voracidad de los paisanos y empezó a reírse, mientras me miraba con ojos brillantes de picardía.

— ¡Vamos a gastarles una broma! ¿Qué te apuestas a que vació el bar en dos minutos?

— Eso es imposible.

— Ven conmigo y ya verás.

Enrique se puso a correr entre risas. Yo le seguí, sin saber qué pretendía, pero confiando en que iba a ser testigo de algo chocante y gracioso a la fuerza.

Llegamos a la carnicería de la villa. La dependienta, una señora ya mayor y bien entrada en carnes, como correspondía al establecimiento que regentaba, nos miró con algo de extrañeza.

— ¿Qué desean?

— Buenos días, quisiera cincuenta gramos de carne picada de la más barata.

— Marchando quinientos gramos de carne para el señor.

— No, no. Sólo cincuenta gramos. Y una funda de plástico pequeña, por favor, corrigió Enrique.

— Pero con cincuenta gramos no tiene ni para media hamburguesa, opinó la vendedora.

— Son para el perro, para darle una golosina.

Yo estaba perplejo, porque Enrique no tenía perro y porque en el autobús no permitían transportar perros, gatos o corderos, aunque si gallos y ga-

llinas, siempre y cuando el propietario limpiará las heces que pudieran arrojar las aves.

— Bueno, pero por tan poca cantidad le cobraré una peseta por la funda de plástico.

— Me parece bien, muchas gracias. ¿No podrá darme un poco de esparadrapo o unas tiritas? Le estaría muy agradecido.

— Sí, tengo un poco de esparadrapo. Eso le doy gratis, que una es buena cristiana y sabe ayudar al prójimo.

Sin duda, la buena señora pensaba que Enrique tenía alguna pequeña herida y no quería comerciar con la necesidad de un cristiano como ella. Le dio una tira de esparadrapo de unos veinte centímetros.

— ¿Es suficiente con esto?

— Sí, muchas gracias.

— Son cuatro pesetas.

Enrique pagó con presteza y salió a paso bien rápido, seguido por mí, lleno de curiosidad e intrigado por las actitudes de mi amigo mayor. Llegamos a un rincón apartado, fuera del alcance de miradas curiosas. Allí, Enrique se despojó rápidamente de la camisa, metió la carne picada en la bolsita de plástico y pegó a ésta la tirilla de esparadrapo, que previamente había partido en dos pedazos.

— ¡Pégame la bolsa en la espalda, debajo del cuello! ¡Rápido!

Para entonces, yo casi estaba convencido de que a Enrique le faltaba un tornillo; pero le obedecí y pegué el esparadrapo que sujetaba la bolsa allá donde me había indicado.

— ¡Ya está!

Enrique se puso de nuevo su camisa, tapando de esta manera la carne picada tan extrañamente sujeta a su cuerpo y corrimos, esta vez hacia el bar donde se amontonaban los sedientos pasajeros. Entramos, ya con más tranquilidad.

Enrique, siempre en mi compañía, se acercó a la barra repleta de clientes y donde un muchacho se afanaba todavía en servir a la parroquia. De repente, empezó a rascarse y a gesticular. Tales eran sus aspavientos que pronto atrajo la atención de las personas que le rodeaban.

— ¿Le sucede algo?

— ¡Este maldito picor! Casi gritó Enrique.

— ¿Pero qué le pasa?

En menos de un minuto, mi amigo había atraído la atención de todo el personal que abarrotaba el bar. Todos le miraban, entre extrañados y recelosos, sosteniendo sus vasos medio vacíos de la bebida que habían pedido.

Conseguida de esta forma la atención que necesitaba, Enrique, que seguía rascándose frenéticamente, metió su mano en la camisa, por detrás de su cabeza y, sacando un pedazo de la carne picada que habíamos comprado momentos antes, la estrelló con rabia contra el suelo, al tiempo que gritaba:

— ¡Asquerosa lepra!

Me quedé completamente atónito, pero no fui el único. A un par de señores se les cayeron los vasos de la mano. Todos los que estaban en nuestro inmediato alrededor palidecieron intensamente, siendo como era su cara habitualmente morena o fuertemente sonrosada. Muchos se quedaron con la boca abierta. Todos, casi en seguida, comenzaron a salir del bar.

Un minuto después de que Enrique estrellara la carne contra el suelo, nos habíamos quedado solos en el bar, en compañía del joven camarero que, ocupado en servir las bebidas, no se había dado cuenta de lo sucedido.

Tanto Enrique como yo comenzamos a partimos de risa, pues por fin me había dado cuenta del truco que mi acompañante había empleado para lograr su propósitos.

— ¡Pero si aún no se va el autocar! ¿Por qué se ha ido todo el mundo con esas prisas? Preguntó, admirado, el camarero.

— Es que ha debido de pasar alguna turista muy guapa, dijo Enrique. ¡Dame una cerveza! ¿Tú qué quieres, Manolito?

— Un mosto, contesté echando lágrimas por la risa.

Jamás hubiera creído que una taberna pudiera vaciarse de parroquianos con la rapidez que consiguió mi amigo Enrique. Jamás hubiera creído que una persona mayor, como él, tuviera un arranque de humor y la cara dura suficiente para hacer lo que había hecho. Había descubierto que un hombre aparentemente serio y educado podía ceder al antojo de gastar un bromazo del calibre del que yo había presenciado.

La gente se asomaba con incertidumbre y curiosidad a la puerta del bar, pero sin atreverse a entrar. Si Enrique o yo hubiéramos dado un golpe, mirándoles con cara de pocos amigos, hubieran salido de estampida, lejos de lo que suponían un antro deapestados.

Enrique, con la sonrisa de picardía iluminándole la cara, procedió a quitarse la bolsa de plástico de la espalda, para lo que tuvo que pedir otra vez mi ayuda.

— Será cuestión de que les diga que todo ha sido una broma— dijo risueño y se encaminó hacia la calle.

Pero la sonrisa de su boca se trocó en mueca de inmediato, cuando vio aparecer una pareja de guardias civiles, con su atuendo inconfundible y el tricornio negro acharolado más inconfundible todavía. Por si cabían dudas sobre sus intenciones, empuñaban sus metralletas con fuerza y sus caras, que lucían sendos mostachos como si fueran parte del uniforme, no traslucían ningún gesto de simpatía.

— ¡Buenos días! Amenazó más que saludó el cabo de la pareja.

— ¡Buenos días! Respondió mi amigo con un tono de nerviosa ansiedad.

— Vamos a ver, ¿Son ustedes los leprosos?

— Aquí no hay ningún leproso, contestó Enrique con disimulo.

— Nos han denunciado la presencia de un forastero acompañado de un niño, con síntomas evidentes de lepra ¿no son ustedes?

— Verá, le voy a explicar... comenzó a decir Enrique, mientras se acercaba al cabo de la guardia civil.

— ¡No se acerque! gritó el cabo apuntando con su metralleta al supuesto leproso. ¡Será mejor que nos acompañen al despacho del médico, para aclarar esto!

— ¡Pero vamos a perder el autobús! ¡No puede hacer que perdamos el viaje! ¡Todo ha sido una broma inocente! dijo Enrique que para entonces ya estaba francamente nervioso y perdía los papeles y la cara dura que había mantenido pocos minutos antes.

— ¡Ya veremos que clase de bromitas son esas! ¡Acompáñenos y no se acerque mucho por si acaso!

El número de la policía que había permanecido todo el tiempo en silencio, se puso a andar, seguido a dos metros de distancia de Enrique y de mí. Cerraba la comitiva el cabo, otros dos metros más atrás y siempre con la metralleta dispuesta como la mejor arma para evitar un contagio. Sin duda pensaban que no había virus capaz de resistir una ráfaga de balas de nueve milímetros.

Contemplados por todos nuestros anteriores compañeros de viaje, por medio pueblo y por el chófer del autocar, que no quería perderse el final de la historia (y eso que ya iba con retraso), nos dirigimos a la consulta médica del pueblo.

Los guardias civiles, una vez en la consulta, se saltaron la cola de espera, sin preocuparse en dar explicaciones a las pocas personas que esperaban. Pe-

ro a la puerta del despacho se detuvieron y golpearon educadamente con los nudillos.

— ¡Doctor! ¡Es la Guardia Civil!

El médico abrió la puerta con curiosidad más que con temor, mientras su clientela nos miraba a Enrique y a mí con aprensión nada compasiva.

— ¿Qué desea?

— Doctor, queremos que reconozca a estos dos detenidos, presuntamente enfermos de lepra.

El doctor abrió los ojos, sin poder contener su asombro. Luego esbozó una sonrisa, nos miró a medias perplejo y a medias cómplice y nos hizo pasar a los dos enfermos, mientras detenía a los dos policías que tuvieron que aguantar afuera. El galeno no se achicaba ante las metralletas ni ante los tricornos. Por lo menos en su pueblo.

— ¡Es la primera vez que traen a unos enfermos escoltados por la guardia civil! ¡Ahora resulta que estar enfermo es delito criminal! Dijo, mirando con severidad a los civiles.

— ¡Usted, doctor, se hace responsable de los detenidos! Si necesita algo, no vacile en llamarnos, dijo el cabo mirando con ferocidad a Enrique.

El médico cerró la puerta de su despacho, se sentó detrás de su escritorio, repleto de libros y montones de cajas de medicamentos. El despacho era pequeño, de paredes despintadas y no demasiado bien iluminado. Era el despacho de un médico de pueblo, sin parecido alguno con los más suntuosos de sus colegas de la ciudad, a no ser por algunos carteles de propaganda de productos farmacéuticos, de dudoso gusto, que mostraban dibujos de vísceras a todo color.

— Usted me dirá qué historia es esa de la lepra, preguntó el médico mirando a Enrique y sin andarse con rodeos.

Cuando Enrique le contó la broma, el doctor no pudo contenerse y estalló en carcajadas tan ruidosas que los guardias asomaron sus cabezas rápidamente, pensando en fusilarnos a la menor sospecha.

— ¡Salgan, salgan, no pasa nada! se apresuró a decir el médico. Luego nos miró con cara repentinamente seria y, dirigiéndose a Enrique, comenzó una reprimenda que quería ser severa y amenazante. Pero las comisuras de sus labios flojeaban, traicionando sus deseos de mantener un rostro adusto, conforme a la gravedad del caso.

— ¡Debería darle vergüenza comportarse como un chiquillo, delante de un niño! ¡Ya es mayorcito para ir asustando al personal! ¿Quiere que la guardia civil lo detenga por escándalo público? ¡Se lo tendría merecido!

Siguieron más de cinco minutos de fil picas y catilinarias, que Enrique tuvo que escuchar con las orejas gachas, pero seguro ya de que había encontrado un aliado en el médico, que declararía en su favor, cuando el guardia civil le volviera a echar la vista encima.

El doctor me mandó llamar a los guardias civiles, que entraron de inmediato en el despacho. El doctor, sin darles tiempo a preguntar, les solt , de una parrafada, la siguiente diagn sis clínica:

“Estos señores son completamente inocentes de cualquier imputación. El niño no es responsable de la enfermedad de su acompañante, este señor, que en realidad está afectado de escozor producido por el piojo de los arqueólogos, que abunda en las excavaciones que est  realizando. Puede ser un bicho muy molesto, que produce un *treponema* sarroso con ulceraciones gingivales en la espalda y las plantas de los pies. Puede dejar a una persona testiconda y siempre le produce muchos picores. Entre los arqueólogos se le conoce como la lepra, pero no es contagioso.  Ustedes han oído hablar de la maldición de Tutankamón?

Los guardias no habían oído hablar de Tutankamón; afirmaron, de todas maneras, que algo les sonaba y dedujeron que fue un médico al que le picaron los piojos en cuestión. Convencidos por la docta explicación del médico del pueblo (había que ver su cara, toda seria, cuando hablaba como desde una cátedra) se despidieron, no sin que el cabo lanzara una última advertencia a Enrique, que había permanecido todo el tiempo con la cara como tallada en piedra, serio de semblante y herido en su dignidad.

— La próxima vez que monte una escandalera, no saldr  tan bien parado. Se lo dice el cabo Escartín.

Se marcharon muy tiesos y acariciando sus metralletas. No eran malas personas, pese al temor que inspiraban y a que prefirieran el gesto grave a la sonrisa.

— Bueno  Y ahora que hacemos? Dije yo.

— Tendremos que volver a Urrea.  Conoces a alguien que nos pueda llevar?

— No.

— Pues tendremos que volver andando. Si nos damos prisa llegaremos a la hora de comer.

— Pero no hemos comido lo que me ha puesto la tía Isabel.

— Pues nos lo comeremos en mi campamento. Ya pensaré que les voy a decir a tus tíos. ¡La historia de la lepra la conocerá todo el pueblo esta misma noche!

— ¡Pero no dijo el médico que eran los piojos esos de Tutankamón!

— ¡Coño, tienes razón! ¡Si los civiles se lo han tragado, tus tíos y todo el pueblo también se lo tragarán!

Nos pusimos en camino hacia la huerta que bordeaba el río. En menos de una hora de andar descansado llegaríamos a Urrea, a la sombra de chopos, higueras y latoneros. No paramos en el pueblo y Enrique prefirió continuar hasta el campamento, para comer nuestras provisiones con tranquilidad y dejar las explicaciones para luego.

En el lugar de acampada se nos recibió con alegre extrañeza, pero luego de la narración de Enrique, los comentarios socarrones y festivos aumentaron más el jolgorio y prepararon el ánimo para dar cuenta de las viandas con apetito y buen humor.

Después de la comida, los compañeros de Enrique no quisieron dejarle solo para que me acompañara y tuviera que contar su historia a mis tíos. Se había hecho responsable de mí y, por su culpa, había perdido el viaje. Menos mal que era un viaje sorpresa y mis padres no me esperaban, pero los tíos de seguro iban a molestarse por el comportamiento tan poco responsable de mi acompañante.

Al compañero había que ayudarle a enmendar su equivocación. En una mesa del bar “La Maravilla”, los arqueólogos decidieron que lo mejor era seguir con el cuento de los piojos y las erupciones cutáneas. De esa manera mataban varios pájaros de un solo tiro: por una parte, exculpaban a Enrique, dejándolo encima como un mártir por la ciencia y el trabajo. Por otra parte, si la historia se difundía (como seguro iba a ocurrir) se evitaría la continua visita de los curiosos, que ya empezaban a ser molestos en los alrededores de la excavación. Mira por donde, la broma de Enrique podía tener un fruto positivo.

Todos me acompañaron a casa de mis familiares, que nos recibieron con la lógica sorpresa. No quedaron muy satisfechos con la historia de los piojos, pero su hospitalidad y cortesía con los forasteros, que al fin y al cabo eran más cultos que ellos, se impuso y encima agradecieron los desvelos de Enrique que estando tan enfermo se había hecho cargo de mí.

Al día siguiente, el pueblo solamente hablaba de los arqueólogos leprosos, de los arqueólogos piojosos o del contagio a que estaba expuesta toda la

comarca. A mí me miraban con curiosidad y aprensión, sin saber si yo era un piojoso o tenía la lepra. Se extrañaban de verme con un aspecto tan saludable y alguna mujer, con curiosidad impertinente, llegó a pellizcarme para comprobar que mis carnes no se caían a pedazos.

Ese día, el campamento recibió la visita del médico del pueblo, extrañado de unos piojos de Tutankamón de los que nunca había oído hablar. Después llegó el veterinario, igualmente extrañado. El alcalde, acompañado de mosén Antonio, el cura, también hizo acto de presencia. Cuando finalmente, acudió el secretario del Ayuntamiento, todas las fuerzas vivas de Urrea se dieron por enteradas de lo que verdaderamente ocurría en aquella excavación, que anteriormente no les había provocado ningún interés, al contrario que a los niños, que consideraban más importantes las historias de Sertorio, de los iberos y de sus guerras con los romanos, que las de unos piojos que, al fin y al cabo, no debían diferenciarse demasiado de los que infestaban algunos establos.

Por la tarde de ese mismo día, el pregonero del pueblo anunció a todos los curiosos habitantes del lugar, con el toque de aviso de su cornetín, lo siguiente:

“De parte del señor alcalde, se hace saber que en el cabezo del Ventanico se está procediendo a la excavación de un poblado ibero del siglo I antes de Nuestro Señor Jesucristo... en el poblado que se menciona, pueden pillarse los piojos de Tutankamón, animales molestos que pueden originar picores muy desagradables que llegan a producir la descomposición de la carne, allá donde piquen... de igual modo se avisa a toda la población que los señores *arqueólogos* que están cavando en el cabezo, no están afectados por la enfermedad de la lepra ni ninguna otra que sea infecto-contagiosa para quien los trate, pues además se ha observado que todos los días se bañan en el río, sana costumbre que evita cualquier posibilidad de contagio”.

¡Tuuuut!

El toque del cornetín dio punto final al discurso del pregonero y a las preocupaciones de quien pudiera tenerlas. Los arqueólogos se vieron libres de pelmazos curiosos y los lugareños se enteraron de que hacía dos mil años, un pueblo anterior al suyo fue arrasado por las legiones romanas que combatían a un tal Sertorio.

A mí, la historia me sirvió para saber que las bromas pesadas podían complicarse y tener finales inesperados. Me sirvió también para averiguar que Tutankamón fue un faraón, pero nunca llegué a saber si tenía o no tenía piojos.

La aventura pasada con Enrique sirvió para que me olvidara momentáneamente de los animales y me interesara más por las actividades del campamen-

to de arqueólogos. Era difícil que todos los componentes estuvieran tan locos y fueran tan divertidos como mi amigo, pero de todas formas estaba claro que eran personas muy diferentes a las personas del pueblo. También yo me había ganado el aprecio de los mayores, que ya no me miraban como un niño entrometido y poco de fiar, sino como un joven compañero de correrías que incluso podía echar una mano de vez en cuando.

Además, el lugar donde estaba ubicado el campamento era pródigo en mostrar su fauna, como pronto descubrí. Situado a la sombra de unos frondosos chopos, tenía cerca un viejo soto de olmos, con abundancia de zarzales, hiedras y regalices. En las arenas depositadas por el río crecían los juncos y en las charcas aisladas entre los pedregales se amontonaban las algas filamentosas del pan de rana y las plantas acuáticas de la cola de zorro o las lentejas de agua. Todas estas comunidades eran el albergue de pequeños animalejos que podían observarse sin demasiada paciencia. Tenía el entretenimiento asegurado y mataba el tiempo por los alrededores de las tiendas de campaña, esperando que me mandaran algún recado, que cumplía con celeridad, orgulloso de sentirme como un escudero de unos caballeros que trajinaban sin descanso, pero sin agobio, entre pedazos de vasijas rotas, piedras de antiguas ruinas y pedazos de metal oxidados y deformes.

Pronto tuve otro motivo de atención. Al lado tenía el pequeño cortado del Ventanico, en el que se posaban continuamente aves de diversas formas y tamaños. Aún cuando entonces no las conocía, aprendí a diferenciarlas con facilidad. Inventé mis propios nombres para bautizar las diferentes especies. Años más tarde averiguaría que la *monjita* que aleteaba entre las rocas se llamaba, en realidad, collalba negra. El pájaro que gritaba posado a corta distancia de las palomas silvestres, (gritaba como un loco, larga y agudamente) fue bautizado por mí como la tía Mercedes. Era el cernícalo común, que sabía mantenerse en el aire, inmóvil y estremecido por el rápido aleteo que, de repente, lo disparaba hacia el suelo, de donde volvía a ascender con una lagartija o un grueso saltamontes en sus garritas.

Las cornejas eran los pájaros más conspicuos. Volando generalmente en grupos, establecían conciertos de graznidos que resonaban por todo el lugar, rebotando sus ecos contra las paredes de tierra. Junto a palomas y cornejas, podían verse casi todos los días algunos cuervos y grajillas, que eran especies de la misma familia.

En el soto abundaban los pájaros más pequeños, como los colirrojos, los ruiseñores y los carboneros. También se podía escuchar el relincho del pájaro carpintero de color verde. Entre los troncos de los árboles resaltaba el vuelo de mariposa multicolor de la abubilla, mientras el mirlo cazaba lombrices al pie de los arbustos.

Un día, volviendo del poblado ibero, un pájaro grande, mayor que una paloma y casi del tamaño de un cuervo, pasó como una bala delante mío. Nunca había visto un pájaro tan veloz. Ni siquiera los vencejos volaban tan rápido como esta nueva especie. Me quedé clavado, observando la flecha viviente, deseoso de que se estrellara para verla de cerca.

Afortunadamente, no sucedió así. El ave se deslizó, rasando al suelo, para elevarse unas decenas de metros después y volver al punto de partida. Allí, se elevó mucho más lentamente, trazando una espiral que levantó al pájaro más de cien metros sobre el suelo. De pronto, volvió a dispararse hacia abajo y, nuevamente, un picado vertiginoso llevó al animal a rozar el suelo a escasos metros de mis ojos atónitos.

— ¡Hostia!

Me volví, sobresaltando, para ver a Jaime, uno de los arqueólogos, con el asombro pintado en el rostro. Era el que me había sobresaltado con su exclamación, admirado como yo de la exhibición de vuelo del ave.

— ¡Tiene que ser un halcón! ¡Qué maravilla!

— ¿Por qué?

— ¿No has visto que vuela como una flecha? Sólo un halcón puede volar tan rápido. Estoy seguro de que es un halcón.

Ni Jaime ni yo nos habíamos fijado antes en un halcón, pero la intuición le decía al joven arqueólogo que no podía tratarse de otra especie de ave, que la que tantos escritores habían alabado por su belleza y rapidez en el vuelo.

Pero la rapaz ya estaba ascendiendo, como por una invisible escalera de caracol y, en pocos segundos, volvió a lanzarse en picado, repitiendo la misma acrobacia.

Y así, una y otra vez. Al halcón le encantaba volar. Como lanzándose por una montaña rusa, por un tobogán aéreo, parecía que su cuerpo iba a chocar y a partirse en pedazos en cualquiera de sus prácticas. Jaime calculó que la rapaz pasaba de los trescientos kilómetros por hora al final de sus picados.

— ¡Hoooostia!

Así saludaba Jaime cada pasada de la saeta emplumada que volaba indiferente a nuestra estupefacción.

Enrique y otro componente del campamento subieron, intrigados de que tanto Jaime como yo tardáramos tanto en volver. Cuando nos vieron, con la cara ya tranquila, se acercaron a nosotros. En ese momento, el halcón comenzó otro picado.

— ¡Hostia!

Esta vez fueron Enrique y Javier los que no pudieron evitar la exclamación. Realmente, estábamos asistiendo a un espectáculo magnífico, que la naturaleza nos ofrecía gratuitamente. Sólo un par de hostias después, la rapaz se cansó del entrenamiento o bien le molestó la presencia de tanto curioso y de tanta hostia. El halcón se marchó y los cuatro, entusiasmados, regresamos al campamento.

— ¡Tiene que ser posible el cazarlo!

— ¡Ya me gustaría, pero se dice pronto!

— ¡Nos podríamos volver cetreros!

— ¿Qué es eso?

La pregunta la hice yo. Jaime me contestó lo mejor que supo, con un tono de voz paternalista demasiado dulzón. No me gustaba que me hablaran así, me sentía demasiado niño y pensaba que me tomaban por tonto. Pero no era cuestión de ofenderse. Lo interesante era la pequeña disertación con la que Jaime me aclaró las ideas.

La cetrería era una forma de cazar de los antiguos hombres que no tenían escopetas. Capturaban aves rapaces y las domesticaban para enseñarles a cazar pájaros, conejos o liebres. De entre las aves rapaces, la preferida era el halcón, por su facilidad para el aprendizaje y la belleza de su vuelo y la forma de capturar sus presas. Jaime, que sin duda había leído mucho sobre el tema, me contó que un santo que tenía un halcón amaestrado, cerraba los ojos para no ver el momento en que su pájaro capturaba la paloma o cualquier otra ave de las que cazaba. Hacía esto como sacrificio y penitencia, privándose del placer de ver la escena cumbre de la cacería.

— Sí, pero ¿cómo vamos a capturar a una bala como ese pajarito?

— Mañana veremos si es posible.

— ¿Cómo?

— Tú déjame a mí, que si sigue volando como hoy, es cosa hecha.

— Me gustaría verlo, chico listo.

Nadie creía a Jaime capaz de apresar una flecha como el halcón, pero todos deseábamos que pudiera hacerlo. En el campamento, los estudiosos de las ruinas volvieron a sus quehaceres. Yo estuve incordiando a Jaime para convencerme de que era cierto su propósito de capturar al proyectil con plumas.

Al día siguiente, casi todos los miembros del campamento estaban arriba, en la excavación. Pero no miraban al suelo, como siempre. Miraban al cielo.

Yo estaba nerviosísimo, pensando que el halcón se asustaría de ver tanta gente. A media mañana ya estaba seguro de que el bicho no acudiría. Un grito me demostró mi equivocación.

— ¡Ahí va!

Poco más grande que un punto en el cielo, con la rapidez acostumbrada, nuestro amigo halcón sobrevoló la aplanada colina y volvió al lugar donde iniciaba la ascensión el día anterior. Repitió la operación de ascenso y repitió exactamente el mismo picado del día anterior. Esta vez las ¡hostias! fueron pronunciadas por los que no habían visto el espectáculo el día anterior. Los que sí lo habíamos contemplado, permanecemos callados y con una sonrisa de oreja a oreja.

— Bueno, ha habido suerte. Si me dais permiso, mañana tendremos halcón peregrino a la hora de la comida, —Dijo Jaime con total confianza en sí mismo.

— Recuerda que vamos atrasados con la excavación de la casa catorce —recordó uno de los excavadores.

— Será rápido. Coser y cantar.

Los arqueólogos, en poco tiempo, habían descubierto una inesperada vocación por la naturaleza. Por unos momentos habían levantado la vista, dejando de escudriñar el suelo para contemplar la libertad en su máxima expresión. Por curiosidad o por envidia, quisieron capturar a un ser que se divertía volando mientras ellos arañaban las piedras y cepillaban trozos de teja rotos.

Jaime me pidió que lo acompañara al pueblo, por si podía servirle de ayuda. Mientras sus compañeros siguieron con el trabajo cotidiano. Todos eran obreros voluntarios en la excavación y pasaban sus vacaciones desenterrando objetos y cimientos de las antiquísimas casas. Por eso, se podían permitir algunos descansos que les liberaban de la rutina diaria. Eran jóvenes estudiantes de la Universidad o habían terminado su carrera hacía poco. Eran concienzudos en el trabajo, pero un poco locos, como se esperaba de unos jóvenes con estudios. Eso al menos, decían los viejos de mi familia: pasar tantos años estudiando, para acabar con un pico y una pala.

Jaime y yo llegamos al pueblo y nos dirigimos a casa del tío Emilio. El tío Emilio era el barbero del pueblo y también un gran aficionado a la caza. Todos sabían que tenía una gran red para cazar pajarillos vivos, que luego vendía a sus vecinos y a los vecinos de otros pueblos. Cardelinas, verderones, pardillos, pinzones, verdecillos y otras especies de pájaros granívoros debían la pérdida de su libertad a las artes del tío Emilio y sus cantos sólo deleitaban viejas habitaciones o, con suerte, las fachadas de las casas en alguna callejuela.

En cuanto el tío Emilio supo el motivo de nuestra visita, abandonó el servicio de su barbería y fue rápidamente por su red y por los palos con que la montaba. Ya de vuelta al cabezo, testigo de los vuelos de nuestro pájaro, cogió la jaula de alambre donde vegetaba un hermoso macho de perdiz, que empleaba durante la temporada invernal de caza, para fusilar a otras perdices que se acercaran incautas a aquel Judas con espolones en sus rojas patas.

Otra vez sobre el cabezo, prescindimos de saludos y fuimos directamente a ver si el halcón seguía lanzándose en picado. Decepción. El halcón ya se había cansado. Pero Jaime señaló al tío Emilio el lugar más o menos exacto por donde la rapaz pasaba en su vuelo rasante.

El tío Emilio se puso en acción. Extendió su red de color pardo rojizo sobre la tierra y, como sólo el sabía, la ató a los palos que había traído; luego, con unas varas elásticas y largas preparó un dispositivo que hacía que la red se disparara, elevándose primero y cayendo sobre el punto donde se suponía estaría la presa. Hizo una prueba y el sistema funcionó a la perfección.

— El único problema es que la red es para pajarillos. Si no andamos listos, el halcón la romperá en seguida –sentenció el trampero del pueblo.

— Pero no hay ningún escondite para que podamos acudir pronto a la red –dijo Jaime.

— Eso no es problema. Lo que hay que conseguir es que el halcón se pose cerca de la perdiz. No quisiera que me matara a “Curro”.

Como ya había adivinado, el macho de perdiz iba a ser el cebo que atrajera los apetitos del halcón. Instalado en su jaula, llamaría la atención del ave carnícera, que intentaría matar un bocado tan apetitoso.

El tío Emilio sabía más de pajarillos que de rapaces, pero su lógica de trampero le hacía actuar con certero instinto.

Me hicieron correr al pueblo para coger un par de sacos grandes de trigo (vacíos, claro está). La utilidad de los mismos sería la de servir de escondite al tío Emilio y a su acompañante.

— Con el solazo que hace, nos podemos asar si nos tumbamos dentro de esos sacos –dijo tío Emilio.

— Habrá que madrugar para no cocernos –replicó Jaime.

Como ya era casi medio día, el barbero se volvió a su barbería con su vieja perdiz, dejando todos los bártulos extendidos sobre la tierra reseca.

— Nos veremos mañana, de madrugada. Vigilen que nadie se lleve la red.

La madrugada era una hora indefinida, pero en todo caso inapropiada para mí, que no tendría permiso de mis tíos para presenciar el intento de cacería a horas tan tempranas. Intenté que retrasaran el acontecimiento, pero en vano.

Volví al pueblo para comer. Ese día comía en casa de mi primo.

El día se me hizo muy largo y, para colmo de desgracias, la mañana siguiente tuve quehaceres por encargo de mis tíos. Libre de éstos, corrí todo lo veloz que pude hasta el cabezo. El reloj de la iglesia señalaba las once de la mañana cuando crucé el puente sobre el río. Un cuarto de hora más tarde vi como el tío Emilio estaba recogiendo su trampa.

— ¿Que pasa? ¿No lo han cogido? —dije, sin pensar siquiera en saludar, como mandaban las buenas costumbres.

El tío Emilio me miró sonriendo y, con un gesto de su cabeza me dijo:

— Anda a las ruinas, que te guardan la sorpresa.

Saltando de alegría, seguro de que el halcón había caído en la red, volé más que corrí hacia el lugar de la excavación. Una vez allí, miré hacia todos los lados pero sólo observé a los obreros y los amigos arqueólogos.

— ¡Ya pensábamos que no ibas a venir!

El comentario dirigido a mí por Jaime, todavía me puso más ansioso.

— Espera un poco, hombre, que te va a dar un infarto.

— ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Jaime me hizo esperar todavía un poco, pero pronto me llevó a un rincón donde, por fin, contemplé al halcón, atado con una correa de cuero en una estaca clavada en el suelo. En cuanto nos vio, el animal comenzó a debatirse, intentando huir desesperadamente. Tarea inútil. La correa, que sujetaba una de sus patas le impedía alzar el vuelo. Después de golpear sus alas contra el polvo de la tierra, se quedó mirándonos y comenzó a emitir como un grito agudo, parecido al del pájaro que yo llamaba tía Mercedes, pero mucho más fuerte. Me sonaba aquel piído estridente como un lamento, a la vez lleno de rabia y de dolor.

— ¿Verdad que es chulo? —Me preguntó Jaime, orgulloso.

El pájaro, de color marrón oscuro, casi como el café por el dorso, tenía el pecho de color crema claro, muy manchado como por lágrimas también de color café. Los ojos, muy oscuros, estaban orlados por una tirilla de piel amarillenta, como las patas de dedos finos y muy largos, provistos de uñas negras y afiladas.

— No te acerques, que te puede hacer daño. Cuando lo he cogido, para sacarlo de la red, me ha picado y aunque llevaba guantes, me ha jodido bien. A poco se me escapa.

Jaime me explicó los detalles de cómo habían cazado a la rapaz. Fue más fácil de lo que había creído. Me contó que en el momento de caer en la trampa, el halcón iba acompañado de otro, un poco mayor. Dieron una pasada sobre el cebo y el que tenía delante de mí, se posó en el suelo y arremetió contra la perdiz, que habían rodeado con arbustos de romero, para intentar protegerla del halcón. Y el trampero disparó la red para pajarillos y salió del saco en el que estaba escondido, casi al mismo tiempo. Envolvió con la red al halcón, para que no escapara y Jaime pudo cogerlo gracias a que llevaba guantes. Luego lo metieron dentro de una bolsa y lo bajaron al campamento.

Allí fabricaron unas correas con un cinturón viejo y le ataron una a una de la patas. Pero, naturalmente, el halcón, espantado al verse rodeado de gente, empezó a golpearse en sus intentos de escapar. Acabaron subiéndolo de nuevo al cabezo, para atarlo tal y como yo lo había visto, en un sitio apartado para poder seguir trabajando y para que el ave estuviera más tranquila.

El tío Emilio se acercó cuando Jaime me estaba contando la historia de la captura. Se despidió, recomendándome que me cortara el pelo pronto, pues lo llevaba demasiado largo y demasiado sucio. A Jaime le recordó que le debía una cena. Se marchó de nuevo a continuar con su trabajo en la barbería no sin antes echar un vistazo, entre compasivo y orgulloso, al pájaro que antes reinaba en los cielos y ahora gritaba su desesperación atado a una simple estaca.

Jaime también se marchó, pues el trabajo seguía su curso.

— Quédate un rato con el bicho, pero no lo asustes ni te acerques demasiado.

— ¿Qué vas a hacer con él? —Pregunté yo.

— No lo sé, Manolito. A lo mejor lo diseco.

Oír semejante alternativa, que no se me había pasado por la cabeza, me revolvió las tripas. Una vez a solas con el halcón, me quedé mirándolo largo rato quieto y en silencio. Una pena enorme se despertó en mí y comencé a sentirme avergonzado y triste por haber animado a capturar a un ser que podía representar la libertad y la alegría de estar vivo. Recordaba el espectáculo de los vuelos fulminantes de aquel ave para la que el cielo no parecía suficientemente grande. Ahora estaba atada en un rinconcito de la tierra, piando lastimeramente. Toda la estampa que yo hubiera jurado magnífica el día anterior me parecía ahora pobre y sin interés. Y encima, era casi seguro que lo iban a matar para disecarlo.

Algo se reveló dentro de mí. Sólo pensaba en devolver a los cielos lo que les correspondía. Arriesgaba que los arqueólogos, y especialmente Jaime, se enfurecieran conmigo y que perdieran la confianza que me habían demostrado. Quizás hasta me pegaran.

No quise pensar más. Me quité la camisa que llevaba puesta. Me cubrí la mano con ella, a guisa de guante y saqué la navajita o cortaplumas que siempre llevaba conmigo. Eché la mano encima del halcón para sujetarlo contra la tierra, provocando sus gritos y ocasionando que agujereara un pliegue de mi camisa con su pico ganchudo. Corté la correa con mi navaja, lo que me costó un minuto de esfuerzo y de nerviosismo. Cuando lo hube conseguido, solté al pájaro, que inmediatamente salió volando.

Por un momento, esperé que el halcón volara sobre mi cabeza, como despidiéndose. Pero el ave desapareció rápidamente de mi vista, dejándome solo, sudoroso y acobardado ante la perspectiva de explicar mi acción a Jaime y los demás.

Esperé más de media hora, intentando reunir valor para dar cuenta de mis actos a unos jueces que, seguro, iban a olvidar su amistad conmigo. La ley que siempre había aprendido era que los niños nunca debían contradecir a los mayores y, mucho menos sostener su opinión frente a ellos. Era ya bastante tarde y debía volver al pueblo para comer, so pena de provocar el enfado de mis tíos con mi tardanza. Así que debía acabar con el asunto y confesar lo antes posible o escapar corriendo, sin dar explicaciones.

Me acerqué a la casa que estaba estudiando Enrique, que me miró sonriente como siempre.

— ¿Te ha gustado el bicho?

Con voz muy débil tardé en contestar:

— Lo he soltado.

— ¿Quéeee?

— Me daba mucha pena —contesté, con un hilo de voz y sin atreverme a mirar a los ojos de Enrique.

— ¡Anda, vete al pueblo y déjame que se lo cuente a Jaime!

¡No le va a gustar nada lo que has hecho!

Enrique posó su mano sobre mi hombro y me miró con afecto. Sentí, una vez más, que tenía un amigo en él.

— ¡Anda!

Salí corriendo, con el alivio de no dar la cara ante Jaime. Una pareja de cuervos graznaban su desprecio sobre mí; una lagartija corrió espantada a mis pies. Un halcón volaba lejos, fuera de mi vista, libre, como el viento que sabía cortar todas las jornadas.

Pasaron un par de días antes de que me atreviera a acercarme por el campamento, temeroso de las iras de Jaime y alguno de sus compañeros. Pero, finalmente, no pude resistir a la costumbre adquirida en los últimos días y, casi sin darme cuenta, me encontré en la chopera, a pocos metros de las tiendas de campaña.

Las tiendas estaban vacías de personal, por lo que pensé que todos se encontraban picando en la cima del cabezo.

— ¡Hombre, Manolito, otra vez por aquí!

Di un respingo, sobresaltado por el saludo y, al volverme, contemplé a Javier, uno de los arqueólogos, acompañado de un señor mayor que me miraba sonriente.

— ¡Hola! ¿Estáis todos trabajando arriba?

— Sí, que vamos apretados de tiempo. Mira, te voy a presentar a nuestro jefe, que ha venido a dirigir los últimos días de la excavación.

— ¡Buenos días! —dije sin hacer mucho caso del presentado— ¿Os vais a ir pronto?

— Sí, en cuanto pasen las fiestas del pueblo. Pero te estaba presentando a don Guillermo, nuestro jefe, y no le has dicho nada. Desde que te dedicas a soltar pájaros, te has vuelto muy mal educado.

Enrojecí de vergüenza en cuanto Javier me recordó mi comportamiento y en seguida temí la reprimenda y el castigo consiguiente. Como de costumbre, empecé a notar que se me aflojaban las tripas y que pronto tendría que buscar un rincón de la arboleda para evacuar mis ansiedades con tranquilidad. Pero pregunté antes:

— ¿Os habéis enfadado mucho?

— Pues hombre, Jaime te quería machacar los sesos, pero entre Enrique y los demás le convencimos para que te dejara vivir. Si te portas con educación con don Guillermo, podrás seguir visitándonos. Pero no te acerques demasiado a Jaime, por si acaso.

Oído esto, de inmediato ofrecí la más luminosa de mis sonrisas a don Guillermo. Puesto que tenía el poder de aplacar el enojo de Jaime y de los demás, había que estar complaciente con él, aunque nada de su aspecto me interesara. Era demasiado mayor y los mayores solían ser aburridos.

— Me han hablado mucho de ti, Manolito —dijo don Guillermo.

— ...

— Me han dicho que te interesan mucho los animales y que hasta ahora te has portado bien y has ayudado a nuestro equipo.

— ...

— Ven con nosotros a la tienda grande, que me gustaría hablar contigo.

Les acompañé y, por primera vez, me introduje en la tienda de mayor tamaño, que a diferencia de las demás, que eran blancas, era de color verde, como las de los militares. En su interior, se apilaban cajones de madera y, en el centro, habían desplegado unas mesas metálicas, como las usadas en un camping. El mobiliario de la tienda la completaban unas cuantas sillas pegables de tijera y algunas lámparas de gas butano. Lo que más llamaba la atención era que, sobre las mesas, se hallaban una gran cantidad de fragmentos de cerámica, agrupados en montones que parecían corresponder, cada cual, a vasijas rotas en pedazos. En un rincón de la mesa había un cajón de madera lleno de vasijas recompuestas, con pinturas de color rojizo sobre el fondo natural del barro.

Javier cogió con cuidado una de las vasijas del cajón y, dirigiéndose al jefe, le comentó:

— Este *oinokos* guarda todavía restos del vino que contuvo y en ese jarro de cuello estrangulado han aparecido algunos granos de trigo.

— Realmente interesante, aunque ya tenemos una datación segura.

Javier y don Guillermo se enfrascaron en una conversación plagada de términos y palabras que yo no entendía, refiriéndose constantemente a los pedazos de cerámica que había sobre la mesa. Aburrido, estaba ya a punto de irme, cuando Javier se fue en dirección al poblado ibero y don Guillermo se dirigió a mí.

— ¡Bien, bien, Manolito, así que te gustan los animales!

— Pues sí, señor.

Don Guillermo comenzó a preguntarme lo habitual, cuando las personas mayores parecen interesarse por los chicos: Que si había sacado buenas no-

tas, qué asignaturas me gustaban más y todas esas tonterías. Pero me gustó de él que no hablaba con voz demasiado alta ni con voz paternal, demasiado cariñosa. Hablaba con voz normal, tal y como había hablado con Javier, momentos antes.

— A propósito, ¿prefieres que te llame Manolito o José Manuel? Ya eres un chico mayor y no sé qué te gusta más.

Me quedé sorprendido por la pregunta. Mis amigos me llamaban José Manuel o Manolo. Pero todos los adultos del pueblo me llamaban Manolito, lo que ni me gustaba ni me dejaba de gustar. No le daba importancia, pero me llenó de orgullo que un señor mayor e importante me preguntara mi opinión. Naturalmente le contesté:

— José Manuel.

Estuvimos todavía hablando un rato, que don Guillermo aprovechó para darme algunas lecciones sobre los restos arqueológicos depositados en la tienda de campaña. Así, me enteré de que el *oinokos*, que tenía una forma casi igual a una jarra de vino que usaban mis tíos, con la boca estrechada para formar el pico por donde se vertía el vino, era precisamente eso: Una jarra de vino, que hacía dos mil años ya estaba fabricada igual que ahora. Pensé que los borrachos eran personas fieles a la tradición.

Después de la conversación, don Guillermo me dio una cinta métrica y me pidió, por favor, que se la subiera a sus colaboradores, que la habían olvidado.

Como no era un asunto urgente, subí por el lado contrario del cabezo al que se tenía por costumbre, de forma que al llegar arriba del monte, no me vieron llegar y sorprendí a Enrique y a Javier en una animada conversación. Estaban en un pozo y preferí esperar a que terminaran.

— ¡Mira que las tías son complicadas!, decía Javier.

— Pues a mí con la mía no me va mal. Lo que pasa es que tú eres un impaciente.

— ¡Joder, impaciente! ¡Si a la tía le gusto, nos ponemos de acuerdo y en paz! ¡Pero no, tiene que hacerse la difícil, ponerme a prueba y jugar conmigo! ¡Y yo, entre tanto, a pelármela a pajas!

Oído esto, comprendí que mi presencia no era oportuna y, por otra parte, el tema de la conversación me estaba interesando sobremedida. Estaban hablando de sus conquistas y decidí cotillear todo lo que pudiera. Había que aprovechar la oportunidad.

— Yo lo que pienso es que vas salido y no te preocupas de cómo puede responder la tía. Date cuenta de que a las mujeres les encanta que las traten como a princesas. Me parece que tú vas demasiado directo al grano –opinaba Enrique.

— Entonces tú piensas que tengo que estar durante días y días cortejándola, total para conseguir unos besos pitilleros y acabar con dolor de huevos.

— El dolor de huevos tiene fácil solución.

— Chico, si la tía te gusta, aguanta unos días más y, si te portas con delicadeza, yo creo que para fiestas la tienes en el bote.

— Pues ya me dirás qué es eso de actuar con delicadeza. Tú bien que te has ventilado a la tuya. ¿Qué pasa, que te la envuelves en papel de seda? –preguntó Javier.

— Me parece que voy a tener que darte algunas lecciones de cómo ligar –afirmó, riéndose, Enrique.

— Pues empieza ya, Tenorio.

— Lo malo tuyo es que eres un impaciente y eso con las mujeres es muy mala estrategia. Una cosa es aprovechar una ocasión y otra cosa es ser tú el que hagas la conquista. Para empezar, a las tías les gustan los hombres seguros de sí mismos y un poco caraduras. Les agrada que las dominen, pero al mismo tiempo creer que son ellas las que dominan.

— Sí, por eso los tímidos no se jalen una rosca y las tías se quedan con los más bordes. Luego les va como les va –aseveró Javier.

En ese momento, se acercó Jaime, sin verme, y tomó parte en la animada conversación.

— Pues anda, que el problema que tienen las mozas con el sexo, en este país, tiene cojones.

— ¿Quieres decir que las extranjeras follan mejor?, preguntó Javier, muy interesado.

— Por supuesto. Recuerdo cuando estuve en Italia. Aquéllo sí que son mujeres. En comparación con las de aquí, ni son estrechas, ni tienes que adinar si son vaginales o clitoridianas –afirmó Jaime categórico.

— Cuéntanos, cuéntanos –pidieron al unísono Javier y Enrique.

Para entonces, yo debía tener una oreja de un metro, tal era la atención que ponía en las disquisiciones de aquellos hombres, escondido y aguzando el oído. Tampoco quería presentarme ante Jaime, temeroso de no ser bien recibido por él.

— Joder, nosotros somos de lo más sencillo de contentar. Se nos alegra la cola y asunto concluido. Pero las tías son complicadas como ellas solas. Primero, tienes que vencer todas las represiones que les han metido entre los cu-ras y sus mamás y, cuando llegas a palabras mayores, tienes que adivinar que es lo que les gusta, porque ellas tienen vergüenza de hablar de “eso” y acaban con traumas y con odio por el sexo, sin saber en su vida lo que es un orgasmo. Pero la culpa es suya.

Yo no entendía nada: ¿orgasmo? ¿vaginales? ¿clitoridianas? Ahora resultaba que para salir con chicas, primero había que estudiar.

La conversación se iba animando, de forma evidente. Pronto se acercaron el resto de los arqueólogos, incluida una mujer joven, con la que yo nunca había tratado, pero que formaba parte del equipo. En seguida terció en la conversación.

— Vosotros lo que sois unos machistas. Sólo pensáis que una mujer es buena si se quita las bragas. Lo que importa, además de ser vaginal o clitoridiana, es que la mujer sea protagonista y no un objeto.

Yo estaba realmente confuso. Me sorprendió que una mujer joven hablara con tan poca discreción. Además, añadió la categoría de protagonista a las otras dos, liando todavía más el asunto.

— Pero vamos a ver, Olga, si yo quiero que la chica que está conmigo salga satisfecha del encuentro y la tía no colabora... ¿Cómo demonios adivino yo sus peculiaridades? Objetó Jaime.

— Mira, tontolaba, si la tía lo que quiere es una aventura, no te preocupes que ya te informará de lo que quiere. Y si lo que quiere es una relación amistosa, nada importará que sea una cosa u otra si, finalmente, se emprende una relación sexual.

— Explícate. Y gracias por lo de tontolaba.

— De nada. Lo que quiero decir es que primero hay que saber que se busca: sexo o amor.

— Yo creo que las dos cosas van ligadas –apuntó Enrique.

— No necesariamente –respondió Olga– pero a vosotros os interesa confundir el sexo con el amor. Lo que queréis es una relación que os satisfaga a vosotros. Que la mujer sea vuestra esclava y que se aguante.

— Cuando eso sea verdad, en gran parte las culpables sois las mujeres –dijo Jaime.

— Sí, ahora me quieres convencer de que la culpa de que seáis unos machistas, la tenemos nosotras.

— Naturalmente —contestó con énfasis Jaime.

— Cuéntame eso —pidió Olga, retadora.

— Es un asunto de selección de la especie, explicó Jaime, con cara doctoral. Si las mujeres eligieran a los hombres por su sensibilidad, por su inteligencia, por su cultura o por sus valores espirituales, ya verías como casi todos los hombres se volvían poetas. Pero no, la mujer media elige al pavo real, al prepotente, al dominador y cara dura. Así triunfan los machistas, mientras los tímidos, como ha dicho Javier, no se jalan una rosca. Por eso, el sexo femenino es el que selecciona la especie y luego educa a los hijos según esos mismos criterios.

Luego, encima, os quejáis de los hombres; pero os abris de piernas con los que más criticáis en vuestros escasos momentos de lucidez —terminó Jaime.

— Insisto en que tú eres un tontolaba y un frustrado que no supera sus complejos.

La conversación se había animado a un punto tal que yo no prestaba atención a nada más, aunque poco era lo que entendía de lo que hablaban los estudiosos, que habían olvidado las piedras y las vasijas para centrarse en asuntos más viscerales.

— ¡Ejem!

Me volví, pillado en pecado. Don Guillermo estaba detrás, mirándome con una sonrisa afable. Mirando la cinta métrica que todavía llevaba en mi mano.

Sentí que me ponía rojo hasta la punta de los pelos y que me sofocaba por el calor de todo mi cuerpo.

— No te asustes, José Manuel. Es una conversación interesante. Yo también les he escuchado un rato. ¡No me digas que tú entiendes de lo que están hablando!, preguntó don Guillermo.

Por un momento pensé que era mejor decir que no sabía nada de lo que hablaban, tal y como un mayor espera de un niño. Pero, envalentonado porque don Guillermo me llamaba José Manuel y por la tranquilidad de su expresión, contesté:

— ¡Claro! ¡Casi todo!

Para entonces, los que habían estado discutiendo se dieron cuenta de nuestra presencia y, sin estar seguros de haber sido escuchados o no, nos miraban en silencio.

— Cuéntame algo de lo que sabes —pidió don Guillermo.

— Pues nada, es fácil —contesté con atrevimiento—. Cuando ves a una chica que te gusta le metes el pene por la vagina y llegas al orgasmo.

— ¿Pene? ¿Vagina? ¿Orgasmo?

— Sí, hombre, le metes la cola por el bujero y llegas al orgasmo.

Los investigadores habían hecho círculo a nuestro alrededor y me miraban con ojos muy abiertos, atónitos.

— Cuéntame que es eso de orgasmo.

Don Guillermo me había pillado. No tenía ni idea de lo que podía significar aquella palabreja. Pero, bravucón, tenía unas ganas locas de darme importancia y de disimular mi falta de conocimientos en un tema de hombres con pelo en el pecho.

— Sí, hombre. Orgasmo es la célula de donde salen los hijos, afirmé con total convencimiento.

Todavía recuerdo la fenomenal carcajada con que todos, don Guillermo incluido, rubricaron mi explicación. Volví a ponerme rojo. Farfullé unas palabras de despedida y me marché. Aquel día me dio la impresión de que hasta las ranas se reían de mí.

No tenía ganas de compartir compañía en lo que quedaba de la jornada por lo que dedicaba la tarde a pasear por las eras cercanas al pueblo. Me encontraba bastante corrido y eso era buena excusa para buscar en solitario el hallazgo de algún animal que diera consuelo a mis vergüenzas.

No tuve mucha suerte. A parte de lagartijas y escorpiones, que ya conocía, lo único que me llamó la atención fueron las huellas de lo que supuse sería un tejón.

Vagaba por los campos cercanos a la escuela de la localidad, cuando un grupo de hombres apareció repentinamente. Parecían buscar algo, pues caminaban deprisa y oteaban hacia los alrededores con cara de preocupación.

Pensé que se habría perdido alguna oveja y, deseoso de ayudar, acudí hacia los aldeanos con el semblante risueño e interrogador.

— ¿Has visto a Angelita?

Angelita era una niña bastante más joven que yo a la que conocía por ser hermana de mi amigo Antonio. Ni la había visto y ni podía suponer cuál era el motivo por el que fuese tan importante el verla.

— Ven con nosotros, estamos buscando a la niña.

No me atreví a preguntar nada. Las caras de los mayores no invitaban a hacer comentarios. Algo grave debía pasar y no era cuestión de incordiar con preguntas, así que seguí al grupo y les obedecí cuando me encargaban mirar detrás de algún muro o algún montón de paja.

Nos cruzamos con otro grupo que parecía buscar a la niña, igual que mi cuadrilla.

Al otro lado de la carretera me encontré con Aurelio, que iba en compañía de Antonio y Doroteo.

— ¿Qué pasa? —Pregunté a mis amigos con la confianza que me daba ser compinche de ellos.

— ¿Todavía no te has enterado? Mi hermana ha desaparecido. No ha venido a comer y no está en casa de ningún pariente. Todo el pueblo la está buscando.

La información me la dió Antonio, sonriente y sin trazas de preocupación. Mas bien parecía divertido del alboroto que su hermanita había provocado.

Me uní a mis amigos, tras advertir a los mayores de mi separación. Rastreamos por las casas aisladas que la carretera separaba del núcleo de población. Comprobé que, efectivamente, todo el pueblo parecía estar buscando el más mínimo rastro de Angelita. Grupos de hombres escudriñaban cualquier rincón, dando preferencia a las acequias y los taludes de pendiente pronunciada. Las mujeres corrían de casa en casa extendiendo la noticia y preguntando al tiempo, tratando de recabar todos los datos posibles.

Toda la población se hallaba en alerta como si la niña fuera algo propio de todos y cada uno de los habitantes de Urrea. En ese momento, Angelita era hija de todos los que la buscaban. La preocupación pintada en los rostros de hombres y mujeres era real. No podía tomarse a la ligera la desaparición repentina de una niña de ocho años y el dolor de sus padres que habían dado la voz de alarma.

Ya hacía rato que había caído la tarde. Los esfuerzos se redoblaron y se prospectaba por enésima vez cualquier rincón. Había que encontrar a la desaparecida antes de que se hiciera la noche. Los niños, por esta vez, dábamos por sentado que no nos pasaría nada por llegar tarde a la cena. Los únicos que permanecían alegres y divertidos éramos precisamente los más jóvenes, asombrados y satisfechos de ver cómo la gente mayor se molestaba tanto en la búsqueda de una chiquilla que normalmente no merecía ni una mirada.

Cayó la noche. Los hombres nos ordenaron volver a nuestros hogares. Después de todo, cenaríamos a la hora acostumbrada, aunque sin la presencia de padres y hermanos mayores. Mujeres y niños se recogían ya en sus casas, pero los hombres continuarían las pesquisas toda la noche si fuera necesario.

— ¡Angelita ya ha aparecido!

— ¿Está sana?

— ¡Sí! ¡Resulta que no se ha movido de casa!

Angelita, la niña supuestamente perdida, había pasado toda la tarde escondida debajo de su cama. Ya por la mañana había cogido una rabieta con sus padres y, decidida a hacerles daño, se escondió para inquietarlos. Que una niña de ocho años, con buen apetito, no acudiera a la sagrada cita con la comida hizo que la tía Pascuala y el tío Antonio preguntaran en casa de todos los familiares. No se les ocurrió buscar en su propia casa y, finalmente, pusieron a todos sus vecinos en estado de alerta.

Cuando la niña se aburrió y notó los retortijones del hambre, se presentó ante sus padres como si nada hubiera pasado, malignamente satisfecha de haber causado tanta zozobra en el ánimo de sus progenitores. Escuchó impávida los gritos que la llamaban, el llanto histérico de su madre, las exclamaciones y ruegos de su padre... sólo el hambre la hizo salir, una vez cumplida su triste venganza.

Angelita recibió los abrazos de sus padres; recibió sus lágrimas agradecidas por la dicha de tenerla de nuevo... Recibió más bofetadas que nunca había recibido y nunca recibiría en su vida. Aliviada la tensión que habían soportado en las últimas horas, sus padres desahogaron con lágrimas sus inquietudes y dieron muestra del cariño que tenían por aquella hija pródiga. Luego de secar sus lágrimas, se impuso el papel de padres y educadores. Angelita tuvo una buena ración de correazos en el trasero. Se los había merecido con largueza.

Nadie en el pueblo se quejó de la prematura alarma de la tía Pascuala y su esposo. Nadie reprochó que pusieran patas arriba a todo el municipio. Todos se alegraron sinceramente de que la niña hubiera aparecido sin ningún daño. Todos eran conscientes de que, en determinadas ocasiones, la aldea era una gran familia y había que comportarse de acuerdo con esa convicción.

Aquella noche todos los corrillos que se formaron para tomar la fresca sólo tuvieron un tema de conversación. Todo el mundo se alegró del final feliz y todos estuvieron de acuerdo en que los padres de la niña habían obrado de la mejor manera. Todo el mundo pensó que Angelita tenía suerte por tener unos padres tan buenos.

Yo pensé que Angelita tenía mucha suerte por vivir rodeada de gentes como los urreanos.

Me encontraba en la tienda de los tíos, echando una mano tras el mostrador, cuando llegó don Guillermo. Mi tío Victorián le miró con curiosidad, pues todavía no le conocía. Don Guillermo tenía el porte de una persona culta y elegante, con el pelo canoso y un bigote ni demasiado fino ni demasiado grande. Pero llevaba una ropa informal y cómoda, a diferencia de casi todos los forasteros, que usaban casi invariablemente trajes de color discreto, camisa blanca y corbata. Por lo tanto, despertaba la curiosidad de mi tío, acostumbrado a la uniformidad de todos los visitantes.

— ¿Qué desea? —Preguntó el dueño de la tienda.

— Buenos días, ¿tienen sellos de correos?

Entre los muchos artículos que “El Arca de Noé” vendía, también se incluían todos los productos de un estanco, pues la tienda de mi tío tenía el monopolio para el pueblo del tabaco, los sellos postales y los timbres del Estado. Don Guillermo tuvo los sellos que quería. También compró un “chupachups”, que me regaló de inmediato, ante la sorpresa del tío Victorián, que cayó en la cuenta de quién era el cliente que tenía ante sí.

— Usted debe ser el jefe del campamento ¿no?

— Sí, me imagino que José Manuel ya le ha hablado de mí.

— ¡Claro! espero que mi sobrino no sea pesado con ustedes —dijo mi pariente, con voz alta y sonriendo.

— José Manuel es un chico muy despabilado. Se ha ganado el aprecio de todos los que trabajamos en la excavación.

Me sentí orgulloso, aunque un poco turbado, con el piropo de don Guillermo. Tío Victorián me puso su brazo sobre el hombro, mirándome con cariño, satisfecho de que yo causara buena impresión ante un forastero. Como en la tienda no había clientela en ese momento, tío Victorián aprovechó para preguntarle a don Guillermo sobre detalles de la búsqueda en el poblado ibérico, haciendo hincapié en la cuestión de si habían encontrado monedas de plata u oro o algún pequeño tesoro.

— Las gentes de aquella época lo que más tenían era hambre. Los tesoros se los llevaron los romanos. —Explicó don Guillermo como si esa misma pregunta se la hubieran planteado cientos de veces.

Siguieron hablando un poco más e, inopinadamente, don Guillermo me pidió que lo acompañara a su coche.

— Quiero darte un papel para que lo leas bien —me explicó don Guillermo.

Le seguí con un poco de recelo hasta la plaza, a la vuelta de la esquina, temeroso de que me diera algo que tuviera que estudiar. Me gustaba mucho leer, pero ya tenía los tebeos de “el Jabato” o “el capitán Trueno”.

Dentro del coche, un polvoriento “Gordini” blanco, había un sobre que don Guillermo sacó. Me lo dio, con la cara seria, como si me hiciera una importante donación.

— Lo he copiado de un libro sobre la India. En él habla de un santo que vive con los jainitas y que explicó al autor unas normas para vivir en paz con los hombres y con la naturaleza. Las copié especialmente para ti. —Me contó don Guillermo.

Me quedé un poco frustrado, pues esperaba algo más entretenido para leer. Unas normas de moral no prometían ser nada divertido. Sin embargo cogí el sobre, di las gracias y volví a la tienda.

En seguida abrí el sobre y saqué de él una sola hoja de papel mecanografiado. Mi tío leyó conmigo, curioso y vigilante de lo que yo leyera. Se tomaba en serio la responsabilidad de cuidarme que había asumido ante mi madre, su hermana.

En el papel leímos esto:

DECÁLOGO PARA LA SUPERVIVENCIA

- I Respetarás la vida sobre todas las cosas, de ahí nacerá el respeto a tu propia vida.
- II No despreciarás a ninguna criatura viviente, ni aun a las más humildes, de ahí merecerás aprecio.
- III Santificarás el tiempo necesario para tu propio perfeccionamiento físico y espiritual y para la solidaridad con tus hermanos. De ahí nacerá tu propia estima.
- IV Honrarás a todos tus hermanos sin hacer distingos por su raza, sexo, edad, o ideología. Por ello te honrarán a ti.
- V No causarás daño físico o mental, pero te defenderás si quieren causártelo. De ello nacerá tu seguridad.
- VI No cometerás actos impuros, no ensuciarás, no contaminarás, mantendrás limpio tu cuerpo, tu mente y tu entorno. Así mantendrás tu salud.

- VII No robarás, ni como persona, ni como colectivo. No permitirás que tu bienestar se base en la explotación de otros. Sólo así habrá bienestar para todos.
- VIII No permitirás ni pondrás tus ideas disfrazándolas sólo para tu interés. Así tendrás claridad para que no te engañen.
- IX No ambicionarás poder, gloria o cualquier supremacía para sentirte superior a tus hermanos. De ahí nacerá tu tibetad.
- X Te esforzarás sobre todo en ser y procurarás depender sólo lo necesario del tener. Por ello serás hombre y serás mujer.

En resumen: AMARÁS

La rápida lectura de aquel escrito no impidió que mi tío y yo nos diéramos cuenta del evidente parecido con los diez mandamientos que Moisés recibió en el Sinaí, según narraba la Biblia.

— Es bonito. Deberías enseñárselo a mosén Antonio.

— ¿Por qué?

— Porque él sabe más que yo y puede orientarte, no vaya a ser que en este escrito haya algo contrario a la Iglesia.

— ¿Pero, no dice que es bonito?

— Sí, pero enséñaselo al cura.

— Como no había ninguna tarea pendiente, acudí con desgana a la sacristía, donde suponía que encontraría a quien me diera la opinión más autorizada.

En la sacristía, acerté, estaba el cura, a quien ya conocía. Le expliqué el motivo de mi visita y le entregué el pequeño texto, que leyó con detenimiento.

— Esto no me gusta, hijo mío, me huele mal.

— ¿Por qué mosén Antonio?

— ¿Quién te ha dado esto, Manolito?

— Ha sido don Guillermo, mosén Antonio.

— ¡Ah! Ese hombre que está con los que pican en el cabezo y que nunca lo he visto en misa.

— ¿Hay algún pecado en lo que dice aquí?

— No, hijo mío, pero por eso mismo hay que estudiarlo detenidamente. El demonio se sirve de artimañas que no podemos sospechar para engañar-

nos. Nada bueno se puede esperar de quien no asiste a misa. ¿Y de dónde dices que ha sacado esto?

— Me dijo que de un libro que habla de un hombre que estuvo con los jaimitos.

— ¿Con los jaimitos?

— Creo que sí, mosén Antonio.

Mosén Antonio no pudo encontrar nada negativo en aquellas normas de conducta. Incluso comentó que eran hermosas, pero objetó que en ellas no se hablaba para nada de Dios. A partir de ahí, dedujo que quien había escrito aquel decálogo debía ser un ateo materialista. Y si era ateo, forzosamente tendría que ser un rojo. Un chispazo de claridad pareció brillar en el cerebro del cura, cuando llegó a la conclusión de que don Guillermo pretendía convencerme para arrastrarme a la perdición y alistarme en las huestes del maligno.

— No debes hablar más con ese hombre, Manolito. Casi seguro que nada bueno te reportará. Lo que debes hacer es cumplir los Diez Mandamientos que el Señor entregó a Moisés en las tablas de la Ley y leer las Sagradas Escrituras.

— Pero lo que me ha dado don Guillermo se parece mucho a los Diez Mandamientos.

— Eres demasiado joven, hijo mío, para entender algunas cosas. Pero debes vigilar y oponerte a los que quieren apartarte de Dios y de sus mandamientos. El demonio nunca duerme y, con tal de llevarte a las calderas del fuego eterno, es capaz de todas las triquiñuelas, ayudándose de los judíos que crucificaron a Jesucristo, de los rojos que quieren apoderarse de España y de los ateos y los masones que quieren confundir el espíritu de las gentes sencillas.

— Pero don Guillermo es un hombre simpático y muy culto, y además tiene coche.

El tener un automóvil era considerado en el pueblo como señal de prestigio y de esfuerzo. Entre las gentes honradas, no cabía suponer que algo tan caro pudiera adquirirse de otra manera que por el esfuerzo, el trabajo y el ahorro. Pero mosén Antonio se rió de mi comentario y me sugirió que me confesara antes de la misa del próximo domingo. Respecto de don Guillermo no anduvo con paños calientes y, sencillamente, me prohibió hablar con él, sabedor de que si le desobedecía, yo mismo se lo diría en la obligada confesión. No había otro cura en el pueblo y mosén Antonio se enteraba de todo lo que pasaba en él. Para tenerle tanto odio al demonio, las calderas de Pedro

Botero y el horror que suscitaban le venían bien al oidor de secretos que se sentaba todos los días en el confesionario.

Pasé dos días sin acudir al campo de excavaciones y, por lo tanto, sin ver a don Guillermo. El cura se aseguró de mi comportamiento obediente, hablando con mis tíos y mis familiares. De hecho, habló con casi todas las gentes que en el pueblo tenían algo de autoridad, previniéndoles contra unos hombres que no iban a misa y que estudiaban las cosas de gentes paganas, en lugar de preocuparse por su santificación.

Afortunadamente, los habitantes del villorrio ya conocían las actitudes del mosén y no le dieron mayor importancia.

Las fiestas del pueblo, en honor de San Roque, se acercaban y la tienda daba un poco más de trabajo. Mis tíos me pedían con más frecuencia que fuera a recoger paquetes que los transportistas dejaban en la carretera. También tuve que ayudar a descargar un camión de cajas de cerveza que mi primo Jesús distribuía a su vez en los bares de la comarca. Mi tío José también me pidió que le ayudara con los paquetes que el recadero dejaba en el patio de la posada.

En esos días de Agosto, el tío Rubito me comunicó, apesadumbrado, que la zorra que guardaba en su cuadra había muerto. Un perro había entrado en la habitación y atacado a la pobre “Charo” que no pudo defenderse, atada como estaba. Cuando fueron a llevarle comida, la zorrita era ya cadáver.

— La teníamos que haber soltado en el monte, para que se diera vida. No se debe encadenar lo que es silvestre —sentenció filosóficamente el tío Rubito.

No había sabido nada de la zorra en los últimos días y no me había encariñado con el animal, de forma que no lamenté mucho su muerte. Pero me dio pena, aunque nunca llegó a ser dócil ni a dar asomo de que pudiera domesticarse. El tío Rubito tiró el cadáver en un baldío cercano a la aldea. Comida para los cuervos.

Al tercer día, me encontré con don Guillermo en el buzón de correos, donde acudí como él, para echar las cartas de la jornada.

— ¡Hombre, José Manuel! ¿Has tenido trabajo estos días? No te hemos visto por el campamento.

La casa del cura estaba cerca del buzón. Mi primera reacción fue mirar hacia allí, por si aparecía una sotana negra invocando a Lucifer. Pero no, la calle estaba vacía, tostándose al sol de Agosto.

— Hola, don Guillermo —respondí con voz vacilante.

Era fácil notar que algo raro pasaba y don Guillermo, desde luego, no era tonto. Me miró, más serio de lo normal, y me preguntó, claramente preocupado:

— ¿Te pasa algo, José Manuel? ¿Por qué no has venido a vernos en estos días?

Esquemehanquealmentoporquellñorcuradiquediabloquiereñarmeyno debo-
lersasdeteos –contesté, poniéndome muy colorado.

— ¡Caramba, José Manuel, si que estás nervioso! ¡Ven, vamos a tomar un aperitivo en “La Maravilla”! ¿Te apetece unos berberechos?

Me sentí completamente vencido por Satanás. Nadie era capaz de resistir semejante tentación. ¡Una ración de berberechos! ¡Demasiado para un niño con buen apetito!. Nunca se me ocurrirá venderme por un plato de lentejas, pero una ración de berberechos eran palabras mayores.

Entramos en “La Maravilla”, vacía de parroquianos en aquel momento. Nos atendió el hijo del dueño, sólo un año mayor que yo.

— ¿Qué va a ser? –preguntó solícito, mi amigo Federico.

— Un jerez fino para mí y una Coca-Cola para José Manuel. Y una lata de berberechos –pidió don Guillermo.

— ¡Marchando!

Nos sentamos en una mesa, al fondo del bar, en un rincón tranquilo a resguardo de la mirada de posibles clientes, aunque a esas horas de la mañana los bares estaban vacíos. Don Guillermo me miraba, sonriente y curioso, imaginando que mi nerviosismo era cosa de alguna persona mayor que me había inculcado temores que él debía averiguar. Don Guillermo tenía el olfato muy fino. Esperó a que nos sirvieran las bebidas y los berberechos para preguntarme:

¿Qué te han contado, que ya no quieres visitarnos?

Antes de responder, interrogué con la mirada a don Guillermo, pidiéndole permiso para empezar a consumir la tentación que esperaba sobre la mesa. Era fácil entender mi gesto y don Guillermo concedió.

— ¡Come, come! ¡con confianza, no me esperes!

Como si mi vida dependiera de ello, con un palillo ensarté tres o cuatro de aquellos deliciosos moluscos y los engullí con presteza.

— ¡Pero échales un poco de vinagre, que saben mejor!

Como siempre, don Guillermo llevaba razón. Después de regar con el vinagre la ración que nos habían servido, comprobé que su sabor era todavía

más agradable y jugoso. Fue el golpe definitivo que desmoronó mis ya escasas defensas.

— ¿Qué te han contado José Manuel?

— Mosén Antonio me ha dicho que usted no va a misa y que es un ateo.

— ¿Y de dónde ha sacado eso mosén Antonio?

— Del escrito ése que me dio usted. El decálogo de los jaimitos.

Oyéndome confundir a los jainitas con los jaimitos, don Guillermo no pudo reprimir una risa, lo que fue bueno porque su expresión se había empezado a tornar colérica.

— No son los jaimitos, sino los jainitas. Y quisiera saber por qué mosén Antonio ha sacado conclusiones tan rápidamente.

— Lo dijo después de leer el decálogo de los jaimi... digo de los jainitas.

— Me gustaría saber que es lo que encuentra de malo en ese decálogo ese cura, discípulo de... rezongó por lo bajo don Guillermo.

— Pero ¿qué son los jainitas? —Pregunté yo.

Don Guillermo me contó entonces que los jainitas son una secta que viven en la India y que practican el hinduismo. Lo que importa no es su religión, sino el extremo respeto que tienen por la vida, en todas sus formas. A tal punto llega ese respeto que cubren sus bocas con gasas o telas finas para que, al respirar, no traguén inesperadamente un insecto o cualquier minúsculo animal. Pero sobre todo lo hacen para no herir el aire con su respiración, pues entienden que el aire es un ser vivo, además de ser una fuente de vida que hay que tratar con delicadeza. Los jainitas nunca matan a un animal y todos son vegetarianos. Naturalmente, con mayor razón respetan la vida de los hombres y son pacifistas y pacíficos como nadie en este mundo. Los jainitas respetan la vida, el aire, las aguas y hasta el suelo que pisan. Se comportan como santos, en la confianza de que se reencarnarán en seres perfectos y que terminarán su ciclo de vida en este valle de lágrimas en que los hombres han convertido a la tierra.

El Mahatma Gandhi fue jainita.

— ¿Y quien fue ese? —Pregunté yo.

Don Guillermo, con santa paciencia, me habló de Gandhi. También habló de Buda, de Jesucristo y de Gea, la diosa tierra. De Pachamama,... todavía continuaba contándome cosas, cuando Federico nos advirtió:

— Ya pasan cinco minutos de la hora de comer.

Se habían pasado un par de horas oyendo las historias maravillosas de don Guillermo. Hacía rato que, oyendo hablar del respeto a la vida, había dado buena cuenta de los berberechos y del refresco. Ese día había tocino para comer. Los jainitas serían vegetarianos, pero yo seguía sucumbiendo a los pecados de la carne. De la carne y del marisco.

— No te preocupes, que hablaré con mosén Antonio. Y ven a vernos cuando quieras –me tranquilizó don Guillermo.

Salimos juntos de “La Maravilla”. Un sol de justicia calentaba el cemento de las calles. Los pollos de los gorriones piaban con estridencia, reclamando comida de sus padres. Las rojas flores de los geranios resaltaban contra el blanco de las paredes encaladas. Un mulo volvía a su establo, con paso cansino, después de una mañana en las eras. La vida parecía aquietarse bajo los rayos inclementes del sol de mediodía.

La vida me reclamaba a través de mi estómago. Era hora de comer.

Esa misma tarde yo estaba, como un clavo, en el campamento, frente a la tienda de campaña que servía de cuartel general, de almacén y de cuarto de trabajo para don Guillermo. Lo vi allí, escribiendo en una máquina portátil, ocupado en véte a saber que trámites. Lo interrumpí, sin ninguna consideración por su trabajo y con una sonrisa de oreja a oreja.

— Hola, don Guillermo. Quiero que me hable más de eso que es usted.

— ¿Y qué soy yo? –Me preguntó, sorprendido, mi ocasional maestro.

— Pues eso, un jainita. No crea que no me fijé en que no comió ningún berberecho. Usted es vegetariano. Usted es jainita. –Dije yo, triunfalmente.

— No hombre, no. No me comí ningún berberecho porque tú te los zampastes todos. Los jainitas tampoco beben alcohol y yo me tomé un vasito de vino. Ni soy vegetariano ni soy jainita. –Explicó, divertido, don Guillermo.

Me quedé un poco chasqueado al ver que mis suposiciones se venían abajo. Hubiera jurado que don Guillermo era jainita porque se había preocupado de predicarme como si fuera un cura. Pero sus enseñanzas me habían apasionado más que el catecismo que tenía que aprender de memoria para aprobar la asignatura de religión. Una asignatura que no hablaba para nada de lagartijas, de buitres, del aire y de los ríos.

— Ya hablé con mosén Antonio. Nos tomamos un café juntos. Se quedó más tranquilo cuando le dije que soy cristiano. Te he contado todo eso de los jainitas, porque su forma de vida me impresionó mucho y porque me han dicho que tú no matas los sapos o las lagartijas como los otros chicos del pueblo. Me gustó mucho la historia de cómo soltaste el halcón. Por eso pensé

que te gustaría saber que hay otras personas que no matan ni una mosca, porque también es parte de la vida.

— Eso que me ha dado ¿es el catecismo de esas personas?

— No; ya te he dicho que eso lo he escrito, copiándolo de lo que cuenta un cristiano que estuvo con los jainitas.

Pero yo no soy vegetariano —dije, preocupado porque me gustaban mucho más las chuletas que las espinacas.

— Lo que importa es que respetes lo que comas y que no mates por gusto o por crueldad. Mata solamente por necesidad, para alimentar tu cuerpo o para defenderte. Entonces, la violencia es lícita. Para ser jainita se necesita vivir en una sociedad que es muy diferente de la nuestra, pero se puede ser tan santo como ellos siendo un cristiano.

— Pero usted no habla de Dios para nada. Por eso dijo mosén Antonio que usted era ateo. Además los moros y los indios están condenados al infierno porque no son cristianos, ni creen en el verdadero Dios —dije recordando lo que me habían enseñado en la escuela. A mi cabeza acudió la reconquista española, la Santa Inquisición, las Cruzadas y la evangelización de América. Sólo siendo cristiano se podía alcanzar el Cielo. Eso me habían repetido cien veces y ahora venía don Guillermo a meterme en una confusión. No estaba seguro yo de librarme del fuego eterno del Infierno, aunque no matara sapos. Eso era algo por lo que no se confesaban mis amigos, que habían matado muchos.

Notando mi confusión, don Guillermo me explicó que la religión no debía ser algo que enfrentara a los hombres, que ninguna religión debía alcanzar la supremacía por la violencia y que todas, en el fondo, hablaban de paz y de amor entre los hombres.

Don Guillermo me habló de Buda, de Confucio, de Mahoma... Todos eran hombres santos que seguramente hubieran sido muy amigos de Jesucristo y con el que se hubieran juntado muchas tardes para echar una partida de ajedrez o jugar al fútbol.

Don Guillermo explicaba la religión y la moral de una forma bastante curiosa, pero muy atractiva. Me hacía gracia pensar en Jesucristo y Mahoma jugando una partida mientras tomaban unos cacahuetes y un vaso de mosto en “La Maravilla”. Se me ocurrió preguntar:

— ¿Y quién sería el árbitro de la partida?

— Los hombres santos no necesitan árbitro. Si lo que quieres preguntarme es por qué Dios se inclinarían, cada uno ya explicó la forma del suyo. Pero ninguno habló de Dios para enfrentarlo con otras ideas.

Mi maestro me habló, con pena, de las guerras entre protestantes y católicos; de las guerras entre católicos y musulmanes; de las guerras entre musulmanes e hindúes. De la imposición de la cruz por la espada en América; de la imposición de la media luna por la espada en África y Asia; de la imposición de muchas religiones a personas que no eran malas por tener otras creencias. De predicar el amor de Dios y la salvación eterna cortando cabezas y quemando en las hogueras. Por eso me dijo:

— Yo creo en Dios, pero mi Dios no me obliga a creer en él. Lo veo por todas partes, igual que tú: en los árboles y las flores, en las ranas y los buitres, en la tía Lela y en los gorriones que picotean las boñigas de las caballerías. La vida es la forma con que Dios se nos muestra. Respetando la vida, respetas a Dios y lo amas sobre todas las cosas, porque tú, José Manuel formas partes de esa vida y, por lo tanto, eres hijo de Dios.

Suponía yo que mosén Antonio no me explicaría las cuestiones teológicas de una forma tan sencilla. Mucho menos mi profesor de religión, por el que me había aprendido la historia de Israel, las guerras entre filisteos y judíos y los nombres de reyes y profetas que ensalzaban a Dios entre baños de sangre.

— Entonces ¿qué Dios es el bueno? ¿A qué Dios tengo que rezar?

Don Guillermo se rió, aunque me pareció notar que estaba un poco nervioso.

— Me haces sentir como si yo fuera San Pablo explicando el Dios desconocido a los gentiles. Mira: yo creo que sólo hay un Dios. Lo que pasa es que hay muchas religiones y cada una de ellas está defendida por hombres que, con toda su buena o mala intención, predicán que la suya es la única religión verdadera, que el suyo es el único Dios verdadero y lo que yo pienso es que defienden sus intereses en la Tierra, especulando con el Cielo.

— Entonces ¿si yo no voy a misa, no estoy cometiendo ningún pecado contra Dios?

— Mira, José Manuel, yo soy cristiano o procuro serlo, pero tengo mis propias ideas. También en la iglesia hay opiniones diferentes. Seguramente un cura obrero no piensa igual que un cura del Opus Dei. También Alejandro VI o Julio II fueron Papas que no tendrían nada en que parecerse con Juan XXIII. No hace muchos años, hubo un Papa que bendijo a los tanques italianos que fueron a conquistar Abisinia. Como ves, en la misma Iglesia hay de todo. Y pasa lo mismo con los protestantes o con los musulmanes. Yo no te he querido hablar de religión, sino de moral, de comportamiento en la vida. Por eso no hablo de Dios, porque el decálogo que yo copié para ti es obra de un hombre.

Se me había puesto la cabeza como un bombo. Lo que mi maestro me decía me sonaba muy bien, pero también metía en mi pensamiento contradicciones y miedo a creer lo contrario a lo que me habían explicado tantas veces: ir contra el cristianismo o ir contra el Papa era ganarse a pulso la condenación en la vida eterna. Era caer en el castigo de que Satanás y todos los demonios te encorrieran a tizonazos en el culo por los lóbregos pasadizos del Infierno.

— Sí, don Guillermo —dije, con la cara gacha.

No estaba en disposición de discutir con una persona mayor, don Guillermo me parecía una persona muy sabia y bondadosa. Supo llegar a mi corazón hablándome de una moral que respetaba a los animales y a las plantas. Un Cielo sin ranas y sin culebras no podía ser un Cielo de verdad, o eso creía yo. Mis pocas entendederas me decían que don Guillermo tenía razón. No concebía que la misma religión me hablara de que Dios era amor infinito y, al mismo tiempo, me hablara de castigos horribles por toda la eternidad. Por primera vez, don Guillermo sembró las semillas de la duda en mi cerebro, que antes había sido sembrado con seguridades absolutas. No estaba preparado para eso.

— Sí, don Guillermo —repetí con la cara gacha.

Y salí corriendo hacia la huerta.

El prelude de las fiestas de San Roque era la novena o rosario que se celebraba al aire libre durante los nueve días que precedían a la fiesta del Santo Patrón. En el arco de entrada al pueblo, situado en la parte más alta de la calle Mayor, o mejor dicho, sobre el arco, se encontraba una habitación que servía de púlpito para la ocasión. Cuando caía la noche, a lo largo de toda la calle Mayor y convocados por los toques de campanilla que unos cuantos niños hacían sonar por todo el pueblo, se instalaban hombres y, sobre todo, mujeres que sentadas en sillas con asiento de enea sobre las estrechas aceras, se disponían a la cita con el santo peregrino.

El cura del pueblo, se veía rodeado de niños en su habitación. También algunas niñas, aunque pocas. Pero, a medida que el rosario avanzaba, los niños desaparecían por la estrecha escalera que descendía a la calle, en dirección desconocida.

Mi amigo Antonio también se dirigió a la puertecita de salida, pero antes me miró con cara interrogante y, viendo que yo no comprendía su gesto, me preguntó:

— ¿Te vienes?

Yo no tenía ni idea de dónde se habían ido los otros chicos, ni a dónde iba Antonio, pero el rosario ya aburría a los primeros cinco minutos y seguí a mi amigo, con alivio.

A escasos cien metros del arco de San Roque estaba la carretera que daba acceso a la población. Junto a la carretera había una pequeñísima glorieta rodeada de un poyo corrido, con respaldo en una tapia de poca altura. Contemplé como todos los chicos que antes acompañaban al sacerdote estaban sentados sobre la bancada de cemento y se pasaban tres o cuatro cigarrillos que, por turno, iban aspirando con avidez.

Me quedé asombrado, porque ninguno de aquellos niños, que yo conocía bien, había fumado un solo cigarrillo en mi presencia. Pero ahora todos parecían empedernidos fumadores y soltaban bocanadas de humo con aire de absoluta satisfacción.

Ocupé un lugar en el extremo del duro banco y, rápidamente, llegó el turno de que me ofrecieran un cigarrillo. Era un “Celtas” corto, sin filtro y ya chupado por varias bocas. Aspiré un poco, con curiosidad y con timidez, aunque poniendo cara de lo que yo suponía era un hombre de pelo en el pecho. Sabía a rayos. Aunque procuré aspirar poco humo en la primera chupada que daba en mi vida, la sensación de quemarme los bronquios y el raspado que sufrí en la garganta me hicieron toser y acalorarme, entre las risas de algunos compinches que me observaban con interés especial.

Pasé el cigarrillo a otro compañero que parecía esperarlo con ansiedad, creyendo que ya me habría librado de la pequeña tortura de fumar y aparentar lo que no era. Me equivocaba. Después del “Celtas” llegó otro. Y después un “Ducados” y un “Fetén”. Para cuando llegó un cigarrillo liado con picadura de un paquetón de “Caldo”, ya estaba francamente mareado y con ardores por toda la cara. Los niños hablaban de que sus padres habían llegado a fumar peladuras secas de patata y pelos de las mazorcas de maíz, envueltos en papel de periódico. Oír aquéllo, historias reales de la época de escasez que siguió a una guerra civil, no contribuyó a despejarme. Corrí unos metros hacia la cuneta de la carretera y vomité hasta las tripas, observado por un par de docenas de ojos. Nunca sabré si me miraron con comprensión o con sorna.

La eterna necesidad de aparentar hombría obligaba a todos a presumir de que no se sentían afectados por el tabaco. Que fumar era un placer sensual.

— ¡Viva San Roque!

El grito, coreado por todos los rosarieros, anunció que la primera novena había terminado. Los niños dieron las últimas chupadas apresuradamente. Se

extinguieron las últimas lucecillas de las brasas. Se arrojaron las colillas. Se pisaron los pitillos.

Una vomitadilla quedó como rastro efímero de una machada más en mi carrera de disimulo. Me seguía empeñando en aparentar que ya era un hombre. Afortunadamente, la noche no hacía notoria la palidez de mi rostro.

Bajamos por la calle Mayor hasta la plaza, donde esperaban ya los corros de sillas, con gente apaciblemente dedicada al cotilleo.

Me acosté pronto en esa noche. Mi tío Victorián me miró con picardía; su rostro denotaba claramente que suponía lo que me había pasado como si lo hubiera visto. Entonces yo no podía saber que toda la población masculina de la aldea había pasado por tragos parecidos al mío. El secreto del primer cigarro era un secreto conocido por todos, pues todos habían pasado por lo mismo. Tío Victorián era un empedernido fumador que también se escondía de las iras de su esposa, que sabía mucho de lo que decían sobre cánceres de pulmón, bronquitis crónicas y una larga lista de achaques producidos por el vicio más tolerado en la sociedad del momento.

Tío Victorián no necesitaba demostrar que era un hombre. Cargado de hijos y casi anciano a mis ojos, le recordé, como todos mis primos ya lo habían hecho, que casi cincuenta años antes, él había dado su primera calada en el mismo poyo, mientras la cantinela de un rosario se escuchaba en honor de San Roque.

A la mañana siguiente, pude librarme pronto de la monótona tarea de ir a recoger paquetes a la posada de la carretera. Sin trabajos que me esperaran, casi por inercia me vi junto a la "Labadina". Hacía muchos días que no contemplaba las ranas saltar hacia las algas. Que no veía a los cucharones abandonar la orilla del río a mi paso, que no oía el rumor de las hojas de los chopos, agitándose en el aire.

Cuando llegué a la pequeña poza, sólo estaba en ella Antonio, que me reveló que el agua "estaba caliente como los meaos". Poco tiempo después fueron llegando otros amigos y muchachos mayores que nosotros. Había una cierta excitación entre todos. La cercanía de las fiestas estaba presente en todos los ánimos y el tema de conversación más frecuente era la preparación de los locales para las peñas y el decorado que se les iba a dar. La misma importancia que el decorado tenía el nombre con que se iba a bautizar cada agrupación y, lo más importante de todo, seleccionar a un grupo de niñas o de muchachas e invitarlas a formar parte de la peña.

Las muchachas... esos seres extraños que llevaban una vida aparte y que raramente se juntaban con los chicos. De repente, el elemento femenino co-

braba una importancia excepcional, pues una peña sin chicas no podía recibir tal nombre y sus componentes a la fuerza serían mirados con ojos compasivos, si no despectivos.

— Lo primero es hablar con la “Perica”, la “Bombona”, la “Molinera” y la Rosa la del “Curto”.

— También podemos hablar con las “Castillas”.

— Esas no querrán venir con nosotros, son mayores.

— Yo les diré a mis hermanas que hablen con sus amigas.

— ¿Y por qué no vienen tus hermanas?

— Están apalabradas ya con la peña del “Morronguero”.

La mañana transcurrió entre chapoteos y animadas conversaciones. La inminencia de las fiestas no hacía caber más demora. Se daba por supuesto que todos los jóvenes de edad similar formarían parte de la misma peña. Sólo quedaba fijar una reunión entre todos, de forma inmediata, para conseguir alquilar un local, preocuparse de amueblarlo, pintar la pancarta con el nombre elegido y establecer la cuota que todos los miembros debían satisfacer para cubrir los gastos imprescindibles para el buen funcionamiento de la recién formada asociación. Entre Antonio, Luciano, Luis y Félix, junto conmigo, decidimos que esa misma tarde convocáramos una reunión en el corral de los padres de Félix, para iniciar la marcha con premura.

Los muchachos mayores que nosotros estaban en las mismas charlas y preparativos y el toque de la una del mediodía nos sorprendió a todos, desde el lejano reloj del campanario.

— ¡Hostia, la una!

Todos los chicos, grandes y pequeños, corrimos al guardarropa entre los árboles, segando las conversaciones momentáneamente. Ni siquiera nos entretuvimos en comparar el tamaño de nuestros respectivos penes y eso que hubiera sido una ocasión muy adecuada, por la presencia de jóvenes de diferentes edades. La costumbre era habitual, pese al pudor también corriente entre chicos o chicas, y muchas jornadas de baño terminaban con el estudio minucioso de la pistola con la que cada cual iba armado. En algunos días de especial curiosidad, se olvidaba temporalmente toda vergüenza y se mostraba la juvenil verga a toda la concurrencia. Eran minutos de apasionada comparación en los que los niños mantenían el aparato de hacer pipí orgullosamente erecto, asomando por la bragueta de sus pantalones. Se admiraba el tamaño de los mayores, se discutía la conveniencia de operarse o no de fimosis, se pronosticaba sobre la futura capacidad amorosa del miembro... se miraba,

pero no se tocaba. Se era muy consciente de que ciertas barreras no podían franquearse. La licencia más audaz, la que más atentaba contra toda moral y, por lo tanto, la más divertida era la de quemar los pedos. Acercar la cerilla al culo del compañero y contemplar la llamarada era placer voluptuoso que transgredía cualquier norma de educación y que volvía cómplices en el pecado a los participantes en la gaseosa ceremonia. Pero una vez se subían los pantalones, la discreción más absoluta volvía a hacerse presente.

Volvimos a la carrera, por los caminos polvorientos y quemados por el sol, hacia nuestros respectivos hogares. La comida no esperaba.

Al atardecer, todos los muchachos y muchachas convocados nos reuníamos, ansiosos, en el corral de la cita. No hacía falta orden del día, ya se sabía lo que se tenía que decidir, pese a la juventud y falta de tablas de los concurrentes.

La elección del local de la Peña resultó fácil, gracias a la ayuda de los padres de Luciano, que disponían de una pequeña casita que nos alquilaban por un precio simbólico. Para amueblar las habitaciones, el recurso más fácil y socorrido, al que todos echaban mano, era acudir a la cooperativa agrícola y comprar, por un precio tirado, unas cuantas pacas de paja que servirían como asiento, como mesa e incluso como cama donde echar una siesta. La decoración también requería de poca imaginación, pues la costumbre establecía siempre un patrón invariable: unos cuantos posters de cantantes, actores de cine y actrices o modelos ligeritas de ropa y con las tetas bien grandes. Unas horcas de madera, zoquetas, unas espigas de trigo y la pancarta de la Peña daban el toque rústico y popular aceptado unánimemente como el más conveniente.

La pancarta me tocó pintarla a mí. Tras ardorosa discusión, decidióse que el nombre del colectivo juvenil sería el de “Los Fósforos Rojos”, apelativo surrealista que pareció original y gracioso a la mayoría. De mi cuenta corría comprar los palos y la sábana y pintarla de la forma y manera que me parecieran más adecuadas.

Cuando la reunión hubo terminado, cada cual tenía un encargo diferente que cumplir. Todo se había previsto; hasta quién pintaría las bombillas de rojo y amarillo, pues estos eran los colores de cualquier iluminación que se preciara en un lugar de baile y francachela. Cuando salimos ya había caído la noche. Por la calle Mayor regresaba un rebaño de ovejas que ocupaba toda la vía con sus cuerpos y con sus balidos. El pastor, a lomos de una mula, cerraba la procesión en camino hacia el redil. Normalmente, las ovejas dormían en el aprisco del monte, pues no había alimañas que perturbaran su descanso. Pero por las fiestas, hasta el pastor guardaba descanso y, además, unas cuantas reses serían sacrificadas para alimentar los fastos de los banquetes.

La trilla del trigo o la cebada ya se había terminado. Las ovejas se recogían en los grandes corrales de las afueras del pueblo. Las eras estaban ya limpias de grano y de paja. La máquina trilladora de la cooperativa ya había devorado las cargas de los carros y de las galeras que le habían suministrado los cereales para desgranar. Gracias a esa máquina habían desaparecido los trillos tirados por mulas sobre los que yo me había sentado cuando era muy niño. Años más tarde desaparecerían las mulas y también los pastores. Las ovejas se estabularían y serían alimentadas con piensos industriales. Muchas costumbres y formas de vida que habían sobrevivido durante siglos cambiarían en esos pocos años. Pero las fiestas continuarían como un paréntesis en los trabajos y los días del año. Un paréntesis para el que se preparaban niños, adultos y ancianos. Sin las fiestas, la vida era menos vida.

Aquella noche dormí poco, pensando en cómo y qué pintaría en la pancarta. En mis ratos de insomnio me acompañaron el ulular de un búho, los chirridos de los grillos y el ladrido de algunos perros que también tenían ganas de fiesta.

Y así llegó la víspera del comienzo de fiestas. El local de la peña estaba limpio y escobado, aunque las pajas de las pacas se negaban a permanecer empaquetadas en su totalidad. El amueblamiento y la decoración estaban completados. Un gran cartel de una tetona presidía la sala principal, iluminada por una sarta de bombillas amarillas y rojas que parpadeaban monótonamente. El cartel era una sorpresa de última hora, conseguida a cambio de no se sabe qué por uno de los niños de la peña. Mi pancarta lucía esplendorosa en la misma sala, descansando desplegada junto a la pared cubierta por guirnaldas de papel y los consabidos motivos rurales: horcas, zoquetas, esquilas, una hoz. Pero para mí lo más importante era la pancarta, confeccionada con una sábana amarilla y con el nombre de la agrupación en letras rojas. Luego había dibujado una vaquilla encorriendo a unas cerillas que se arrojaban en su caja, huyendo del animal. Pensaba que me había quedado muy propia y me hinchaba de orgullo ante los comentarios aprobatorios de los compinches.

También las chicas, por su parte, habían confeccionado unos florones con cintas de tela de diferentes colores y se habían encargado de comprar las bebidas no alcohólicas y algunas cosillas para ir picando.

En un rincón yacía un comediscos, orgullosa posesión de Antonio, cuya aportación a los trabajos preparatorios había sido casi sólo ésa. Casi nadie tenía un tocadiscos, por modesto que fuera, y eso sólo se dejaba en condiciones muy especiales y en fechas muy concretas. Al poseedor de un aparato de música, la vida le resultaba muy fácil.

Estando ya casi todo a punto, sólo faltaba que las mujercitas entregaran la escarapela que habían cortado y cosido con sus propias manitas al chico en el

que habían depositado sus preferencias. Era un momento de intensa emoción, de duda y de palpito. Para casi todos y casi todas era la primera vez en que se era elegido o se elegía una pareja. Era el principio de no se sabía muy bien qué, pero era un qué que hacía latir el corazón más de prisa.

Sin duda, las damiselas ya habían compartido confidencias y se habían puesto de acuerdo en sus respectivas elecciones. “La Perica” ofreció su flor de tela a Antonio, que muy sonriente se la colocó con un alfiler en la manga de su camisa. Carmen (ignoro por qué no tenía un apodo) hizo lo mismo con el “Perero”. Y así cada uno acabó con su flor prendida en la manga. Flor del mismo color que la que llevaba su circunstancial novia.

Años más tarde, Antonio y “La Perica” se casaron, al igual que Carmen y el “Perero”. En el pueblo, los noviazgos comenzaban como un juego de niños; pero el juego pronto se convertía en algo muy serio.

Todos estaban emparejados. Todos, menos un servidor. No me sorprendía, pues por ser un forastero, no esperaba un emparejamiento. Pero me di cuenta de que Fina “La Bombona” permanecía todavía con su colgante de tela en las manos. Me miraba sonriente, con timidez pintada en su cara; con un gesto que no daba lugar a dudas. Me puse muy colorado, pero me acerqué a ella y me encontré con una flor prendida en la manga, una flor violeta, igual que la que llevaba Fina cerca de su hombro.

Fina comenzó a reirse y yo intenté balbucear algunas palabras. Ella continuó riéndose. Creo que el más colorado, el que más ardor sentía en las mejillas, de todos los presentes era yo.

Descorchamos una botella de vino. Varios prefirieron mezclar el vino con gaseosa. Algún iniciado prendió un cigarrillo en su boca. Las conversaciones se hicieron más animadas y espontáneas. Alguien introdujo un disco en el aparato. José Guardiola nos comenzó a cantar algo sobre una chica de bikini amarillo. Luego fueron Tom Jones, Karina y el Duo Dinámico.

Nos retiramos pronto, aunque no cenamos en casa, pues para eso se habían llevado bocadillos y bolsas de patatas fritas y otras menudencias. Todos teníamos orden expresa de ser buenos chicos y todas, con más razones, también debían volver antes. Aquella noche ellas soñaron con su príncipe azul. Ellos se acostaron orgullosos de ser alguien con personalidad propia. Yo, aquella noche, tampoco dormí en unas cuantas horas.

Al día siguiente, catorce de agosto, comenzaron las fiestas de Urrea de Gaén.

A las diez de la mañana, la campana de la iglesia comenzó a voltear ininterrumpidamente, avisando a todo el mundo del comienzo oficial de las fies-

tas en honor de San Roque, el santo peregrino. Aunque los comercios no cerraban en ese día, debiendo yo hacer los recados como siempre, se notaba algo especial en el ambiente. Todo el personal pintaba sus caras radiantes. La gente que habitualmente dibujaba la seriedad en sus rostros había trocado los labios apretados por luminosas sonrisas. Eran luminosas hasta desdentadas bocas de ancianos y ancianas y el día acompañaba con un sol de verano si cabe más espléndido y ardiente.

— ¡Ya han traído las vacas!

En el programa de fiestas (unas cincuenta páginas de publicidad local y cuatro o cinco de programación) figuraba, con letras un poco más grandes, que esa misma tarde y todos los días siguientes habría “exhibición de ganado vacuno” por las calles del pueblo. Todos sabíamos que con ese epígrafe lo que se anunciaba realmente era la suelta de tres vaquillas o reses bravas para diversión de los mozos del pueblo. Si se anunciaba como lo que era en realidad, la ley obligaba a que hubiera un servicio de asistencia médica con el que la localidad no contaba. En cambio, una exhibición de ganadería era una actividad carente de riesgo y acorde con el carácter agrícola y pecuario de la comarca.

— Es como si un asesinato se indicara como “pruebas de armas sobre objetivos individualizados de raza humana”.

La observación la había hecho Enrique, mi amigo arqueólogo, que no gustaba de las festividades a costa de maltratar animales. Hacía unos cuantos días, volviendo del campamento, me había hablado sobre las peleas de gallos, el descabezamiento de patos colgados de una cuerda, de cómo arrojaban cabras desde el campanario de un pueblo a cómo se mataban toros a lanzazos. También criticó la fiesta nacional, o sea las corridas de toros, diciendo que eran un claro ejemplo de la España negra.

Pero, como en muchísimos pueblos españoles, en Urrea de Gaén las vaquillas no eran torturadas, ni se prendía fuego en sus cuernos, ni se les hacía ningún daño, entre otras cosas porque había que devolverlas sanas e indemnes al pastor que las había alquilado. De esa forma, se entendía que los miembros del equipo arqueológico estuvieran contemplando las tres reses recién llegadas a la población, sonrientes y haciendo comentarios sobre la bravura de las mismas. Con excepción de don Guillermo, todos los jóvenes que trabajaban en las ruinas del poblado ibero habían hecho un alto en su trabajo para disfrutar como invitados en las fiestas.

Toda la chiquillería y unos cuantos jóvenes urreanos estaban reunidos contemplando a las tres bestias que, asustadas, se movían dentro de un corral ni demasiado pequeño ni demasiado grande. Dos de las vacas eran negras, co-

mo se esperaba de su raza. La mayor de las tres tenía una capa pardorrojiza y lucía una cornamenta larga y fina, dirigida hacia arriba. En seguida, esa vaca fue la protagonista en la imaginación de los adolescentes, que ya se veían corriendo delante de ella.

— ¡La roya es la más fura de todas!

— ¡Pocos se atreverán a torearla!

— El que se le ponga por delante, muy hombre tiene que ser.

Esa exclamación hizo sonreír a muchos de los más jóvenes, decididos ya a correr delante de los cuernos de la roya y demostrar así que su hombría no se achantaba ante unos cuernos de más o de menos.

Por mi parte, ya estaba un poco harto de las demostraciones de hombría y virilidad. Empezaba a pensar que no era tan malo eso de ser niño. ¡Qué suerte tenían las chicas, que podían llorar cuando les apetecía y no tenían que demostrar nada a nadie! Si no fuera porque tenían que orinar agachadas, decididamente era preferible ser chica.

— ¡Las vacas del pueblo ya se han escapao!

— ¡Riau, riau!

— ¡Y ha dicho el alcalde que no salga nadie, que no anden con bromas, que es muy mal ganao!

Así cantábamos los niños.

— ¡A San Roque pedimos,
por ser nuestro patrón,
nos cuide en el encierro
dándonos su bendición!

Cantaban algunos mozos, presumiendo de haber corrido en los Sanfermines de Pamplona, que, según me habían contado, eran las fiestas más brutas de toda España y en las que todos los años había docenas de muertos y millares de heridos, corneados por los toros más bravos del mundo.

Durante la comida de ese día, mi primo Jesús, apasionado por los toros y las corridas, acaparó las conversaciones, hablando excitadísimo de la casta de la roya. Según mi primo sería la más fácil de torear, pues adivinaba su nobleza al embestir. Las dos negras, más pequeñas y peor armadas, serían más traidoras al ser más débiles. Habría que preparar un buen capote con tela de yute para lucirse delante de la gente del pueblo y de los forasteros.

— ¡No te arriesgues, Jesús, que queda poco para casarte! —dijo Ramón recabando prudencia de su hermano.

— ¡La Maruja ya sabe a lo que me tira el cuerpo! ¡Cuando nos casemos, se volverá mi sargento; pero, hasta entonces... que vengan vaquillas!

— Y tú, Manolito, ¿vas a correr las vacas?

— No, que mis padres no querrían —mentí con absoluta consciencia.

Tranquilizados mis familiares, ya tenía libertad para salir a la hora de la “exhibición de ganado vacuno”. No pensaba arriesgarme en la primera vez que saliera a la calle con unas vacas bravas, pero tampoco me apetecía quedarme en el balcón de casa de mis tíos, sufriendo las miradas irónicas de otros zagales.

Llegaron las seis de la tarde, según la hora oficial. Toda la juventud masculina del pueblo y de localidades cercanas estaba en la calle. Las callejas adyacentes a las principales se hallaban bloqueadas con remolques de tractor o con vallas de madera sujetas a postes clavados al efecto. Sólo las mujeres y los ancianos estaban en los balcones o asomados a las ventanas.

Sonó el primer cohete que anunciaba la inminente suelta de las vaquillas, provocando gritos llenos de entusiasmo. Sonó el segundo cohete, que hizo que muchos de los jóvenes menos atrevidos corrieran a resguardarse cerca de vallas o remolques. Entre ellos, estaba yo. Con la explosión del tercer cohete, aparecieron en la punta de la calle los cuerpos de las tres reses, al trote corto y con miradas de pocos amigos. En aquel primer día tenían la calle despejada. Los hombres, aún los más arrojados, se limitaban a pegar gritos desde una prudente distancia, siempre con un refugio cercano. Sólo querían comprobar el carácter de los animales para, más tarde, lucirse y exhibirse delante de amigos y forasteros. Antonio, el amigo que estaba junto a mí contemplando a las vacas, me comentó con guasa: “Más que una exhibición de ganado vacuno, esto va a ser una exhibición de pavos reales”. No comprendí el sentido del comentario, que Antonio me aclaró había sido fruto de la imaginación de su padre. Pero tampoco tuve tiempo de reflexionar sobre el mismo. Las tres bestias se acercaron, precedidas de unos cuantos mocetones que corrían con todas sus ganas. Me subí al remolque junto al que habíamos estado, y me asombró ver como Enrique el arqueólogo, y otros compañeros suyos se subían a mi vera, dándome algún empujón sin ningún comedimiento.

— ¿Pero no decías que esto es la España negra? —Pregunté, asombrado pero divertido.

— ¡Calla, chaval, que estoy con la adrenalina subida! —me contestó Enrique, con los ojos brillantes.

Comprendí que los mayores no eran demasiado consecuentes y que no siempre se comportaban tal y como parecían predicar. La vaca roya dio un topetazo en el pescante del remolque, la boca espumeante de babas, y salió disparada calle abajo, detrás de sus compañeras negras. Los mozos que tan apresuradamente habían subido al remolque, bajaron con la misma rapidez en pos de la roya y las negras. Me apunté a la carrera, puesto que vi que las fieras no eran tan fieras y que ni corrían con demasiada rapidez, ni se ensañaban en la persecución de nadie. Así que, calle Mayor abajo nos convertimos en perseguidores de las pobres cornúpetas que pronto detuvieron su carrera en un ensanchamiento de la calle, frente al bar del "Círculo". Allí, una de las vacas negras se desvió por un cantón que estaba sin la correspondiente valla, puesto que desembocaba otra vez en la arteria principal. Como era la más chica, corrimos tras ella, sorteando algunas macetas llenas de geranios que reposaban en el cemento. Un forastero tropezó en una de las macetas. A él no le pasó nada, aunque cayó rodando por los suelos. La maceta quedó destrozada, sembrando de tierra y de geranios aquel rincón de la estrecha calle. Detuvimos la carrera para ayudar al caído y apartar los cascotes, cuando la vieja tía Manuela salió de la cercana casa gritando y haciendo aspavientos. No era extraño, puesto que las macetas eran suyas. Con bastante mal humor nos exigió, más que nos pidió, que la ayudáramos a entrar las macetas al patio de su casa. Apenas habíamos comenzado la tarea, cuando unos pocos mozos corrieron hacia nosotros, perseguidos por la vaca roya, que había entrado en el callejón por el otro extremo. Naturalmente, dejamos las macetas a toda prisa para poner pies en polvorosa. Todos, menos la tía Manuela que quedó de pie en mitad del cantón, sin comprender lo que era evidente.

El grito que oímos sonó tan espeluznante que todos volvimos la cabeza para observar, frenando nuestra escapada. La tía Manuela rodaba por el cemento, volteada y corneada sin misericordia por la vaca más brava de las tres. En un encierro pensado para hombres jóvenes, la primera víctima resultó ser una vieja mujer preocupada por sus macetas.

Todos corrimos, hasta yo, olvidándonos del miedo y de las precauciones, en defensa de la pobre tía Manuela. La vaca estuvo presta al quite y corneó a un par de hombres con las puntas aserradas de sus cuernos. Pero, entre todos, logramos que el animal dejara a la mujer. Entre varios la levantaron y, en brazos, la metieron tras el portal de su casa. No esperé a ver qué había pasado. El que más ayuda es el que menos estorba y tampoco tenía ganas de permanecer en descubierta, habiendo remolques, vallas y puertas donde tranquilizarme.

Durante más de una hora continuaron las carreras por calles y plazas. La vaca roya demostró no ser tan temible. Las vacas negras resultaron no ser tan cobardes. Hubo pocos revolcones pues los jóvenes (y también alguna joven) demostraron, a su vez, tener los pies ligeros.

Los hijos de la tía Manuela, afortunadamente, estaban cuidando a su madre; de lo contrario, la vaca de piel pardorrojiza hubiera sufrido las iras de los hombres.

La tía Manuela, además de contusiones de poca importancia, se había partido la cadera. No supimos si fue por la caída o por el golpe de los cuernos. En todo caso, para ella y su familia se acabaron las fiestas.

Se oyó explosionar otro cohete. Era señal de que las tres vacas estaban de nuevo encerradas en su corral. Las carreras habían terminado y la tranquilidad volvía a instalarse en la aldea. Una ambulancia, llegada desde un pueblo vecino se llevó a la tía Manuela que, con su cadera rota, aullaba su dolor y su despecho contra vacas, hombres, macetas y fiestas.

Eso sí, por muchos años ésas serían recordadas como las fiestas de la tía Manuela.

Pero, pese a todo, la fiesta seguía. Para los más jóvenes se prepararon cucañas con caramelos y otros regalos, aunque también con agua y harina para el que tuviera la mala suerte de destripar la olla equivocada. El día se acabó comprando merengue y chucherías a la abuela que estableció su modesto puesto en la plaza del Ayuntamiento.

Cenando con primos y tíos, la conversación giró, como era de esperar, alrededor del percance sufrido por la tía Manuela. Pero, en cuanto el tema se agotó, mis tíos me miraron con el entrecejo fruncido para decirme:

— Manolito, nos han dicho que has estado corriendo delante de las vacas. ¿Es eso verdad?

Agaché la cabeza, pillado en falta. Pero no pude negar la evidencia.

— Sí, pero de lejos.

— Pues bien cerca estabas cuando revolcaron a la tía Manuela.

— Bueno pero fue la única vez —contesté sospechando de todos mis primos a la vez.

— Ya que no nos podemos fiar de ti, mañana verás a los bichos desde el balcón. Nos harás compañía.

No es que tuviera muchas ganas de que las cornilargas me encorrieran por las calles, pero permanecer en el balcón era perderse la mitad del festejo al no poder seguir las evoluciones de la gente y de los animales, convirtiéndome en un espectador pasivo. Pero la decisión estaba tomada y poco había que objetar.

Después de la cena, todos subimos hacia el arco de San Roque, para ver los fuegos artificiales. En el sitio donde estaban clavados los postes con sus

ruedas llenas de pólvora, se encontró todo el pueblo. Jóvenes y viejos. Pero los más coloridos y bullangueros eran los componentes de las peñas que, con sus respectivas pancartas, animaban la espera.

Naturalmente, me uní a los míos. Fina “La Bombona” sonrió con timidez ante mi presencia. Yo sonreí con timidez ante su presencia. Definitivamente, como don Juan yo no valía un pimiento. Para mi suerte, comenzó a funcionar la primera ruleta de fuegos de artificio y toda atención se desvió hacia las luces de colores que se proyectaban desde el primer madero.

Con un denso olor a pólvora impregnando el ambiente se quemaron otros dos pequeños castillos. Para demostrar su valor, los chicos corrían bajo la lluvia de flamas, sin sufrir ningún daño ante mi sorpresa.

Con el fin de la última colección pirotécnica, un griterío de satisfacción pareció animar a la orquesta contratada que entró con un ritmo de marcha y caldeó a los presentes que, siguiendo ese compás con más o menos fortuna, emprendieron la bajada hacia la plaza Mayor.

Bajo mi pancarta me sorprendí a mí mismo dando botes y saltos, coreando una cumbia y cogido del brazo entre “La Perica” y “La Bombona”.

En la plaza, el remolque de la cooperativa agrícola, a modo de escenario, esperaba a la orquesta para dar comienzo al baile. Los “Cinco del Ebro” eran el conjunto musical que todos los años contrataba la comisión de festejos de la localidad. Con sus chaquetillas rojas y su lazo de pajarita negro, tenían un aire elegante, acorde con el género musical que predominaba en su repertorio. Baladas, boleros y pasodobles para “bailar agarrao”, pues sólo las chicas y algún chico de ciudad se apuntaban al “baile suelto” que exigía el rock and roll o las melodías de música ligera, como el twist, la yenka o algunos blues que nunca pasarían de moda.

Pronto se llenó la plaza de gente.

Los miembros de la orquesta, presurosos comenzaron a trasladar los bártulos de su profesión desde el ayuntamiento hasta el remolque donde actuarían. Micrófonos, altavoces, atriles y, naturalmente, la batería de música y otros instrumentos, como guitarras eléctricas, saxofones, trompeta y hasta un violín.

Cuando todo estuvo preparado, el cantante procedió a la presentación después de una breve introducción musical:

— “Señoras y señores, amigos de Urrea de Gaén y forasteros: La orquesta de los Cinco del Ebro desea agradecer la oportunidad que, una vez más, la comisión de festejos de esta villa nos ha brindado para amenizar las fiestas

de su Santo Patrón. Esperamos satisfacer el gusto de todos ustedes y contribuir a la diversión de quienes nos escuchan. Muchas gracias por la confianza que todos los años depositan en nuestra orquesta y vamos a comenzar ya con el baile”.

Un aullido de aprobación siguió a las palabras del presentador y, con el aplauso, comenzaron las primeras notas musicales. El cantante comenzó con una canción de moda que decía “Yo se que me quieres cazar, tra-larala-la-la-la-la”. Todos en la plaza comenzaron a dar brincos, a contorsionarse y a agitar los brazos, sonriendo y haciendo muecas, bajo la mirada de aprobación de los viejos y viejas del lugar que contemplaban la escena desde balcones o sentados en los extremos de la pista en que se había convertido la plaza del Ayuntamiento, también llamada (aunque nadie usaba ese nombre) del Generalísimo Franco.

Las niñas de nuestra peña también se pusieron a dar botes y a seguir el ritmo de la melodía, observadas por los chicos que comenzábamos a sentirnos extrañamente incómodos. Luego la orquesta atacó con “Let’s Twist Again”, canción que Chubby Checker había puesto de moda. Siguió “¡Oh Carol!”, en versión del “Duo Dinámico”.

Las chicas seguían bailando y los chicos seguíamos mirando, como pasmados, cuando el cantante y animador anunció que la siguiente canción iba a ser “Las Palmeras” de Alberto Cortez se me cayó el corazón al suelo y creo que mis amigos se pusieron pálidos. Las niñas, nada tranquilas por su parte, nos miraron con cara inquisitiva. Estaba claro: había que sacar a bailar a las chicas en la primera canción que se bailaba en pareja. El problema era que ni yo ni la mayoría de los chicos de mi edad habíamos bailado nunca, ni sabíamos hacerlo. Iba a ser nuestro primer baile y nadie nos había preparado para ello.

Cuando las guitarras comenzaron a sonar, los más audaces se dirigieron para solicitar el baile a sus compañeras. Yo me quedé de los últimos hasta que, presionado por el maldito amor propio, me dirigí a Fina “La Bombona” con una sonrisa absolutamente fingida y artificial para decirle:

— ¿Bailas?

Para consternación mía, me dijo que sí. No tuve más remedio que acompañarla y, con muchas vacilaciones, comenzar el baile con ella. Siempre con la sonrisa de galán estúpido, puse mis manos en sus riñones mientras ella ponía las suyas en mis hombros, situando bien sus codos ante mi pecho. Era la posición de defensa que todas las mujeres empleaban para evitar apretujones excesivos que pusieran en duda su intachable moral y buena fama. Excuso decir que en lo que menos pensaba yo era en mancillar la fama de “La Bombona”. Era mi primer baile.

Mis piernas se movían torpemente, pesadas, sin pizca de agilidad. Alguno de mis amigos me gritó que parecía estar pisando uvas. Entre tanto, Fina reía continuamente. Me confesó que también era su primer baile. Pero a mí me parecía que, en toda la plaza, al único que le venía muy grande eso de bailar era a mí. Definitivamente, mis piernas estaban hechas para correr y no para emular a Fred Astaire.

Felizmente, terminó la pieza musical y tanto la Fina como yo volvimos a nuestros lugares. Bailar más de una canción con la misma chica era señal de compromiso y había que espaciar los bailes. Menos mal, porque bailar era algo lastimoso para alguien tan torpe como yo. Pero también tenía el morbo de la novedad y del conocer a las chicas de otra manera a como las había conocido hasta entonces. En la contradicción interna de evitar el baile por saberme un ignorante y el desear hacerlo para conocer nuevas experiencias o la posibilidad de ello, saqué a bailar a cuatro o cinco chicas más.

Teresa me dijo que bailaba muy mal y me despeché con ella. Carmen no me dijo nada y por eso me cayó muy bien. Gloria también me dijo que debía aprender a mover los pies. También me despeché con ella. Puri, la más fea de todas las chicas conocidas, no sólo no me echó en cara mi falta de dotes para la danza, sino que sonrió y mantuvo una conversación agradable. Bailé con ella tres veces seguidas.

Así pasó la noche, ni muy rápida ni lentamente. Ya eran las dos, cuando la orquesta comenzó a tocar melodías de ritmo frenético. Se formaron cadenas de bailarines que, cogidos por la cintura, se asemejaban a un gran gusano que correteaba por la pista. Con tranquilidad esta vez, me apunté a dar saltos y a levantar alternativamente una y otra pierna: Para bailar la “rumba de Jalisco” no hacían falta mayores conocimientos.

Por aquella velada, la música terminó. Los mayores se agolparon en el bar. Los mozos y mozas se retiraron a las peñas. Los más chicos fuimos a la cama.

El primer día de fiestas había terminado. La puerta de la casa de mis tíos estaba abierta, pese a que ellos hacía tiempo que dormían y que la multitud se agolpaba ante la fachada. Casi todas las puertas de las casas de Urrea estaban abiertas, esperando el regreso de los trasnochadores y demostrando una confianza absoluta en los convecinos y en los invitados. Los dueños de las moradas dormían a pierna suelta con las puertas abiertas mientras, afuera, se desarrollaba el bullicio de la fiesta.

Me acosté en la cama de la pequeña alcoba y, en menos de un segundo, quedé profundamente dormido, soñando con que era un príncipe que bailaba ballet y daba saltos con una gracia incomparable.

El día siguiente, mejor dicho, cuando el sol ya estaba alto, pero en el mismo día, fui despertado sin muchas contemplaciones por la chacha de mi tía Isabel que, aunque eran días festivos, había acudido para ayudar en alguna faena concreta.

— ¡Venga, bailador, que van a dar las diez!

Era el día de la Virgen de Agosto, patrona del pueblo junto con San Roque. Día de fiesta mayor en el que era imprescindible acudir a Misa y vestido con las mejores galas. Así que salté de la cama y corrí al baño para acicalarme lo mejor que pude. Incluso me limpié mis uñas negras y me eché un poco de colonia en el pelo. Olvidé peinarme convenientemente, pero, en conjunto, tenía un aspecto bastante aceptable.

Aunque hacía bastante calor, después del desayuno me puse una corbata (con cuello de goma elástica) y una chaqueta gris marengo a tono con el pantalón largo que había estrenado recientemente. Camisa blanca, mocasines negros y, como detalle de suprema elegancia, una insignia esmaltada en la solapa, con el escudo del Manchester Club de Fútbol. La insignia me la había regalado un tío mío y era uno de mis tesoros más apreciados.

Poco antes de las diez y media, hora del comienzo de la Eucaristía, la plaza de la Iglesia se llenó de gente. Hombres y mujeres iban de punta en blanco. Apenas se veían ancianos o ancianas, que ya habían ido a misa a las siete de la madrugada.

Dentro de la iglesia, tanto traje de postín, tantas personas endomingadas, tantas mantillas y peinetas y tantas corbatas reunidas daban un aire solemne a la nave principal del edificio. Un fuerte olor a incienso se propagó cuando el cura apenas había comenzado sus oraciones, ayudado por monaguillos ataviados con rojas faldas y capelinas blancas. Media docena de hombres con traje gris oscuro avanzaron, portando hachones, hasta las gradas que llevaban al altar.

Toda la comunidad reunida participó en la celebración. Incluso los menos fervientes católicos. Incluso los que casi nunca asistían a las ceremonias religiosas. Todos rezaron en voz alta y cantaron los himnos religiosos. Todos se arrodillaron cuando el sacerdote elevó la hostia y, vestido con la blanca casulla que sólo empleaba en los días distinguidos, exclamó (en latín) “Este es el cuerpo de Cristo”. En ese momento, en la iglesia abarrotada sólo se oía la voz del maestro de ceremonias. Las mujeres ricas que habían pagado reclinatorios forrados de terciopelo rojo para su uso exclusivo y el común de los fieles que posaban sus rodillas en la madera basta de los bancos... todos inclinamos la cabeza con temor reverencial y sentimos que algo o alguien mucho más poderoso que nosotros nos miraba por encima de la techumbre, por encima de las nubes.

Al terminar el acto religioso, las grandes puertas de la casa de Dios vomitaron al gentío congregado. El sol despiadado hizo que todos los hombres nos quitáramos la chaqueta. Las mujeres corrieron a sus viviendas para preparar la comida del día festivo. Los más jóvenes anduvimos calle abajo para encontrar los puestos de dulces y chucherías. Los hombres y las parejas de forasteros se encaminaron a los diversos bares del pueblo. Los mozos y mozas de las peñas acudieron prestos a preparar las carrozas con las que iban a competir en el inminente desfile.

Bajé a cambiarme de ropa y a pedir un poco de propina a mis familiares. Un día era un día y los helados del “Albalatino” eran tentación irresistible con aquellos calores.

— ¿Has comulgado?

— Sí, claro.

Y la moneda de duro se depositaba en mi mano. Sabía que si no comulgaba podía quedarme sin la dádiva de los parientes, de forma que procuraba comulgar siempre que debía ejercer como pedigüeño. Para un muchachito, eso de comulgar era rentable y la hostia parecía el aperitivo necesario antes de los merengues o de las barras de helado. Si, de acuerdo, era el cuerpo de Cristo que tragábamos sin tocar con los dientes. Morder la Sagrada Forma era pecado gravísimo, nos habían dicho. Pero, al salir de la iglesia, la devoción se transformaba en interés. A la comunión había que sacarle más beneficios que los exclusivamente espirituales.

Estaba visitando a unos parientes, con el pensamiento puesto en una pistola de agua que me llamó la atención, cuando Aurelio, mi amigo, me avisó de que el desfile de carrozas iba a comenzar ya.

Cuando, a toda prisa, llegué jadeando al balcón principal de mi morada, el primer tractor asomó por uno de los arcos del ayuntamiento, arrastrando la primera carroza. Mira por dónde, el remolque decorado con cañas cubiertas de ramas y hojas de chopo era el correspondiente a mi Peña, que iniciaba la cabalgata por tratarse de la agrupación más joven de todas.

Mis amigos y amigas arrojaban serpentinas de papel y algunas flores silvestres como margaritas, flores de diente de león y gamones. Todo un detalle que, por añadidura, resultaba más barato que el papel que se utilizaba en este tipo de batallas festivas.

Detrás de la carroza preparada por algunos de mis colegas, venía otra con mozos mayores. Decorada con cañas y ramas de chopo. Detrás de ésta venían tres más, que, cosa original, eran estructuras de caña adornadas con ramas de chopo y en las que sus componentes arrojaban serpentinas y bolas llenas de trocitos de papel coloreado.

En lugar de seguir a la comitiva de remolques y participar en la pelea de flores y serpentinas, tomé la dirección del río, decidido a bañarme y a gozar en solitario de los placeres de un chapuzón rodeado de árboles y de animales.

Al pasar por la chopera, era evidente que las ramas bajas habían sido desgajadas, algunos cañaverales habían sido tronchados y los pájaros parecían gritar su mal humor por el expolio de algunos de sus dormideros. Viendo aquellos pequeños desaguisados no me importó no haber participado en la confección de la carroza de la peña.

El agua estaba deliciosa. El barro de las orillas pedía a gritos ser utilizado para jugar con él, haciendo murallas y castillos. Tenía toda la Labadina para mí solito y sentirse dueño de aquel pedazo de río era una sensación reconfortante.

Me vestí con desgana y volví pensando en la rica comida que me esperaba. Siendo una fiesta mayor, de seguro que habría cordero estofado y tendríamos helado y mantecados de postre.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando regresé a la casa. Mis padres me esperaban, todo sonrisas y afecto. Soporté estoicamente los besos y abrazos de mamá. Puse cara de satisfacción ante las preguntas de papá. Naturalmente, no reconocí que los había olvidado por completo y que, de hecho, me fastidiaba un poco su presencia. Con los padres se acababa la libertad y su llegada predecía no solamente el fin de fiestas que era cosa sabida, sino el fin de mi estancia en Urrea de Gaén. El final de mis correrías por caminos y huertas. El río y las huertas me iban a perder de vista.

Encima, papá comenzó con las preguntas estúpidas de costumbre, hechas delante de toda la familia:

— ¿Te has echado novia para las fiestas?

— ¿Te has portado bien?

— ¿Has estado cerca de las vaquillas?

— ¿Has fumado algún cigarrillo en la peña?

Después de unas cuatrocientas preguntas que respondí con monosílabos, consiguieron amargarme la comida. Ni siquiera los mantecados lograron levantarme el ánimo.

Por la tarde, acompañé a toda la familia en los balcones de la fachada reprimiendo mis ganas de salir tras de mis primos en pos de las vaquillas, aburridas de tanto pelmazo y más sosegadas que en el primer día de suelta.

El baile de la tarde tampoco contó con mi participación. ¿Quién podía bailar bajo las miradas divertidas de padres y tíos? Mi torpeza al mover los

pies no permitía la observación crítica de nadie. Seguí permaneciendo en el balcón.

Después de una cena rápida, acudí con los papás a la novena de San Roque. Terminada ésta, papá y mamá se cuidaron muy bien de mantenerme lejos de los fuegos de artificio. Tuve que acompañarles todo el tiempo mientras saludaban y conversaban con todos los familiares de la población.

— ¿Estás contento de ver a tus papás otra vez, Manolito?

— Si, respondía con voz desmayada.

No hace falta decir que Fina “La Bombona” ya no contó con la calidez de mis sonrisas ni con mis pisotones en los bailes “agarraos”. Me limité a ver bailar a la muchedumbre, sentado en el balcón mientras papá y mamá me animaban.

— ¿Tú no bailas, José Manuel?

— Pues si nos han dicho que ayer bailaste toda la noche.

— ¡No te habrá sentado mal alguna cosa, hijo mío!

Sólo cuando mis padres se retiraron a dormir, me apeteció bajar a la plaza y zambullirme entre la gente. Pero ya era tarde para bailar, cosa para lo que seguía mal preparado. Fina, Carmen, Gloria y todas las chicas ya tenían comprometidas todas las piezas musicales y mis amigos no estaban por la labor de hacer compañía a un solitario y frustrado como yo.

Aquella noche comprendí que los padres eran una carga pesada de soportar en momentos de diversión y que nunca se podría ser mayor bajo su vigilancia.

También me di cuenta de que bailar era una actividad para la que no estaba preparado, pero, en términos filosóficos, aquello revestía una importancia menor.

No esperé a que la orquesta se retirara para cobijarme bajo las sábanas.

El día siguiente me recibió con pocas ganas de fiesta. La llegada de mis padres había sido como un jarro de agua fría. Aunque, como buen hijo que comenzaba la adolescencia, los padres ya comenzaban a ser una tabarra irremediable, no era tanto mi desapego que los tuviera casi como enemigos. Naturalmente que quería a los que me habían dado la vida, pero no dudaba que habían venido para llevarme de vuelta a la ciudad.

Adiós naturaleza. Adiós escorpiones. Adiós árboles, ranas, culebras. Adiós iberos amigos de Sertorio...

Al acordarme de la excavación que se realizaba en el poblado ibero, pensé que debía anunciar mi despedida a don Guillermo y sus compañeros y me encaminé hacia el campamento de los arqueólogos. Tal y como había pensado, todo el equipo de estudiosos estaba junto a sus tiendas. También ellos preparaban el regreso a sus hogares. De hecho, la excavación propiamente dicha ya había terminado y sólo se realizaban tareas de clasificación y elaboración de dibujos e informes. Enrique, Javier, Jaime, Olga y los demás miembros de la expedición se habían quedado como invitados a las fiestas, pero ya habían comenzado a empaquetar sus enseres.

Me presenté con cara un poco solemne, anunciando que no volveríamos a vernos, ante lo que esbozaron sonrisas de compromiso y prometieron una visita para la campaña del año siguiente. Me dijeron que don Guillermo ya se había ido el día anterior y me dieron recuerdos de su parte.

Que don Guillermo se hubiera marchado sin despedirse de mí, me dejó con un sentimiento incómodo de insignificancia. Me hubiera gustado que me hubiera seguido contando historias, que me hubiera seguido prestando su tiempo y su atención.

Me despedí de todos y, en lugar de volver al caserío y al alborozo de la festividad, me dediqué a pasear por el río. Con las sandalias agarradas a la tirilla del pantalón, anduve descalzo con mis pies hundidos en la corriente de agua. Lentamente, levantando nubes de barro al pisar el légamo del lecho, me distraje asustando a los peces y renacuajos que se apartaban de mis pasos.

Mientras en el pueblo comenzaba la fanfarria y todos salían de la misa dedicada al Santo Patrono, yo me despedía del barro, del agua y de los animales que habían hecho inolvidable aquel verano.

Como era de esperar, durante la comida recibí una reprimenda por no vestir conforme debía hacerlo, por ir despeinado y por no asistir a la Celebración de San Roque. Pero como notaron mi tristeza, no insistieron demasiado en el rapapolvo. Luego, la conversación derivó hacia asuntos intrascendentes, para acabar hablando de la comida de la vaquilla, que se celebraría al día siguiente, fin de las fiestas del año 1967.

Por la conversación me enteré de que a esa comida, que se daría en un salón del "Círculo" de guardias de Franco, estaban invitados sólo los hombres del pueblo. Las pocas mujeres que asistían a la francachela lo hacían en calidad de sirvientas y de cocineras, cosa habitual y castiza por aquellos tiempos. Por eso me sorprendió que mi tío Victorián me dijera:

— Va ha ser tu puesta de largo Mano... José Manuel.

Como si fuera un recordatorio de los Evangelios, los doce años se consideraban la frontera pasada la cual un niño comenzaba a ser adulto.

En la mejor de las tradiciones bíblicas, si Jesús mostró su independencia de criterio hablando con los sacerdotes del templo, cumplidos los doce años, mis amigos y yo, con esa edad, ya podíamos traspasar los umbrales y llegar al *sancta sanctorum* de los machos.

Tradición bíblica de judíos y de cristianos, pero también tradición morisca se ponían de acuerdo en el refrán “La mujer con la pata quebrada y en casa”.

Pero mi pertenencia al sexo masculino me haría disfrutar de una buena comida y no estaba yo en edad de reflexionar sobre injusticias sexuales.

La tarde pasó con la repetición de los mismos actos de días anteriores: música, baile, vaquillas y, como novedad, una carrera de bicicletas en la que los ciclistas debían ensartar con un palillo los aros que desenrollaban cintas colocadas sobre la línea de salida y de meta.

Ya de noche, se formaron las tertulias acostumbradas a la entrada de las casas. Aproveché para ir en busca de un chico de mi edad, que supiera algo más que yo sobre la comida iniciática que tanto ponderaban mis familiares.

Antonio estaba sentado, formando parte de un coro de tertulianos en una casa vecina. No me anduve con circunloquios y le pregunté si sabía algo sobre el ágape que nos esperaba.

Antonio me contó que nunca había estado en el mismo, pero que también él iba a asistir al día siguiente. Me comentó que había observado que la mayoría de los comensales salían del banquete con una tajada fenomenal, borrachos perdidos, cantando y bailando con el alcalde a la cabeza de todo el follón.

La idea de iniciarse en la edad adulta a través de una borrachera no me seducía, pues entre el vino y una naranjada siempre había preferido el refresco. Pero algo de excitante había en aquello. Para completar su informe, Antonio me recomendó llevar ropa usada y fácil de lavar, pues la ausencia de etiquetas propiciaba las manchas de grasa y de vino en un festín que, si no era pantagruélico, si favorecía la desinhibición.

Me acosté soñando con grandes borracheras y orgías de alcohol en comunión con la que, me habían enseñado, era la raza más viril de la Tierra.

Cohetes y charangas me sacaron de la cama, olvidada ya la tristeza del día anterior. Ese día, las corridas delante de las vaquillas se efectuaban por la mañana, pero con mis padres vigilantes, sólo pude ser espectador pasivo y reír ante algún revolcón. Las vacas ya habían aprendido que aquello era un juego y corrieron poco, soportando gritos y provocaciones con malhumorada apatía.

Al terminar el espectáculo vacuno, una de las vacas negras fue apartada y, aferrada sin contemplaciones por los mozos más fuertes de la aldea, fue con-

ducida camino de la carnicería. Esa iba a ser la comida que precediera a la gran explosión de fin de fiestas.

Y llegó la hora. Haciendo caso de los consejos de Antonio, me puse una vieja camisa blanca, con el pantalón más gastado de los que disponía. Mi tío Victorián aprobó mi indumentaria y, a su vez, iba vestido con ropa de faena, en contraste con mi padre que, como buen visitante, seguía usando chaqueta y corbata.

El “Círculo” era el lugar donde, supuestamente, tenían lugar las actividades del “Frente de Juventudes”, de falangistas y guardias de Franco. En realidad servía como bar para toda la población y, a veces, se celebraban bailes y otros festejos. Pero la actividad más usual, aparte de beber, eran las partidas de cartas y el juego del “guiñote” era la expresión suprema de la cultura popular.

El “Círculo” ocupaba un viejo edificio de ladrillo que debió ser caserón de alguna familia acomodada allá por el siglo XVIII. Perdidas viejas glorias, ahora era el bar más amplio de Urrea y lugar idóneo para el acontecimiento que se iba a desarrollar.

Siempre en compañía de mi padre y de mi tío, subí las escaleras que llevaban al comedor donde esperaban los tablados que servirían de mesa para unas doscientas personas.

Ya muchas de esas personas esperaban, en grupos o sentadas, la llegada de todo el personal y, sobre todo, la del señor alcalde y de los seis concejales que, naturalmente, ocuparían la presidencia en el rincón más cercano a las ventanas.

Ni una sola mujer estaba a la vista. La mayoría de los hombres vestían ropa informal o de faena y sólo unos pocos visitantes de otras localidades iban trajeados como mi padre.

Puesto que aún era pronto y no habían llegado chicos de mi edad, pedí permiso a mis mayores para abandonarles y aproveché para dar un viaje por el retrete: como era normal en mi organismo, siempre que estaba nervioso, excitado o con ansiedad, las tripas se me insubordinaban y su desobediencia no admitía demoras.

El retrete, situado a la entrada del salón, era un simple cubículo con un evacuatorio de cemento al estilo turco. Un pequeño lavabo completaba el utillaje de la estancia, de menos de un metro de anchura.

Presto a comenzar la faena y, a falta de lectura, busqué en la puerta de entrada algo con lo que entretener la espera. En gruesos trazos de rotulador negro, un poema destacaba con claridad, reflexionando así:

Los animales de mi pueblo

En este mundo traidor,
de cagar nadie se salva.
Caga el pobre, caga el rico,
caga el obispo y caga el Papa

Aunque la poesía era ya conocida de sobras, no pude dejar de sonreír, pensando que el representante de Dios en la Tierra también estaba limitado por prosaicas servidumbres del organismo. Pero pronto recayó mi atención sobre un dibujo primorosamente realizado que mostraba un cuerpo femenino desnudo. Una serie de flechas indicaban el nombre de algunas partes de la anatomía. Así, la frente tenía su nombre, al igual que la nariz, la boca, las tetas y el ombligo. Curiosamente, la flecha que indicaba el triángulo del pubis acababa en un párrafo ilegible, escrito en letras de tamaño minúsculo.

Me esforcé en leer, pero a un metro de distancia era imposible. Con los pantalones a media pierna, avancé un paso fuera del sumidero, reventando de curiosidad. Casi con las narices pegadas al dibujo, pude leer por fin: “¡Ojo, marrano, que te estás cagando afuera!”.

Salí del excusado partiéndome de risa, para encontrarme con que el comedor ya estaba lleno de gente. La mayoría ya se había sentado y noté que mis parientes no me habían reservado ningún sitio a su lado. Estaba claro que mi lugar era con otros chicos de mi edad.

Efectivamente, en el rincón más oscuro y apartado de la estancia pude ver cómo se agrupaban mis compañeros de la Peña. A ellos acudí, justo en el momento que el señor alcalde hacía su entrada.

El señor alcalde vestía unos pantalones azules de trabajo y una camisa blanca. No parecía el mismo que el que lucía un uniforme espectacular cuando desfilaba al final de las procesiones, en su calidad de alcalde y jefe comarcal del “Movimiento”. Quizás por su apariencia tan normal y tan cercana a todos, fue recibido con aplausos y aclamaciones.

El señor Tomás, alias “el Borrajas”, ocupó su asiento preferencial y tras breve charla con algunos concejales, se levantó y exclamó:

— ¡Redios!, ¿Cuándo se come?

Como si el exabrupto fuera la señal del comienzo, surgió una hilera de mujeres maduras y sonrientes que, portando grandes fuentes de ensalada, se dedicaron a repartir comida por todos los platos de los invitados, comenzando por los representantes del ayuntamiento y terminando por nosotros, los más jóvenes.

Con un apetito inmenso, todos dimos cuenta rápida del primer plato, de forma que cuando la última sección fue atendida y el último plato ocupado por la lechuga, el tomate, la cebolla y las aceitunas, ya el señor alcalde había acabado con su ración y protestaba pidiendo más vino a su mesa.

Enseguida se repartieron unas cuantas botellas más de vino peleón, que contentaron las exigencias del personal. A los chicos nos trajeron unas cuantas gaseosas para mezclar con el vino. Antonio me recomendó:

— Tienes que beber mucha gaseosa.

— ¿Por qué?

— ¡Toma! ¡para poder regoldar a gusto!

Siempre me habían enseñado que regoldar, o sea eructar, era señal de una pésima educación. Pero ahora resultaba que había que echar gas al estómago para conseguir una buena sonoridad cavernícola.

De nuevo volvieron las diligentes mujeres aportando calderos que olían inconfundiblemente a rancho de vaca con patatas y legumbres. La vaca que habían sacrificado había terminado su existencia en una sinfonía de fragancias de campo destinada a saciar los apetitos de quienes, primero, se habían divertido con ella.

A los niños nos tocó mucha patata y poca carne. Pero, aún así, el guiso resultó excelente.

Para entonces, los primeros eructos fueron acompañando el ambiente, cada vez más caldeado. El vino no satisfaría las exigencias de un paladar educado, pero cumplía perfectamente la labor de desinhibir a todos los comensales. También mis amiguitos soltaron, con gran jolgorio, las primeras y sonoras vaharadas y me animaron a imitarles.

En medio de lo que ya era una atmósfera sofocante, mis esfuerzos por provocar un sonido que mereciera la aprobación de mis compañeros fueron un fracaso considerable. Antonio, preocupado por mi educación se esforzaba en regoldar una y otra vez, mirándome y diciéndome: ¿ves cómo se hace? ¿ves qué fácil? Pero sus esfuerzos de buen maestro se encontraban con la clara inutilidad de un alumno como yo, francamente poco preparado para lucirse en sociedad.

A los postres, se compensó la falta de carne que habíamos probado con una ración de helado que no se sirvió a las personas adultas. En su lugar, vasos de melocotón bien remojado en vino y abundantes “farias” fueron otorgadas a todos y cada uno de los presentes. Me fijé que incluso mi padre, que nunca fumaba, prendió uno de esos puros y aspiró el humo, aunque sin tragarlo.

A esas alturas, lo que había comenzado siendo una ordenada reunión de personas mayores y responsables se había convertido en una algarabía en que los eructos atronaban la sala, pedazos de pan y otros objetos salpicaban el suelo antes limpio y el aire, ya de principio bastante caluroso, se estaba volviendo irrespirable por el humo de docenas de puros y cigarrillos.

Cuando sirvieron el café con unas magdalenas, hasta yo comenzaba a sentirme francamente mareado y extrañamente contento. Muy contento.

En estas, el “Borrajás” se levantó, se puso de pie sobre su silla y esperó a que se hiciera silencio. Inexplicablemente, doscientos invitados comenzaron a chistar, pidiendo orden y silencio. Unos segundos después de que el señor alcalde se hubiera alzado, el pandemonium se había trocado en una quietud expectante y casi religiosa.

Levantando su copa de coñac, el alcalde barrió con su mirada a todos, como si desafiara a la congregación, tomó aire y proyectó sobre la concurrencia el más grande, el más cavernoso, el más potente y musical eructo que yo oyera en toda mi corta existencia.

El bramido de aprobación que siguió a la explosión estomacal fué la rúbrica que culminó el banquete. El alcalde volvió a sentarse con la cara enchida de satisfacción y sonriente ante el apoyo de su querida población. Después, concejales y público en general comenzaron a desgranar sonoros regüeldos que aromatizaron el comedor y alegraron los oídos de los que allí estábamos. Me llamó la atención, aunque ya estaba para pocas atenciones, que las escasas mujeres habían desaparecido como por ensalmo. Aquello era ya una orgía pura, exclusivamente masculina, y eructos, pedazos de pan, papeles y gritos cruzaban el éter. Hasta yo conseguí, por fin, exhalar un sonoro eructo, ayudado por medio litro de gaseosa y celebrado paternalmente por aquéllos que lograron escucharlo en medio de tanto ruido.

La ceremonia, de esencias moriscas, comenzó su final cuando los parroquianos fueron abandonando el local, fraternalmente abrazados, cantando, eructando y riendo en un estado etílico más que considerable. El espectáculo se trasladaba a la calle y prometía asombrar lo poco que me quedaba de capacidad de asombro.

Andando con mis amigos y en paz con nuestras conciencias y con la humanidad, también los niños abandonamos el tugurio llenando las escaleras con notas desafinadas y en exceso agudas:

“Si son borrachos, que sean.

A nadie le importa nada.

Ellos pagan lo que beben.

¡Aúpa!

Al terminar la jornada”.

La calle era un desfile de hombres beodos o a punto de estarlo que en su mayoría se dirigían a sus casas. Yo acudí a la tienda de mis tíos, para ver como papá y tío Victorián reían sin poder disimular y con un aliento realmente desagradable. Tía Isabel y mamá se deshacían en improperios, afeando su comportamiento e insultándoles, aunque creí percibir un brillo de picardía y falta de seriedad en sus ojos.

Fuera, en la calle, docenas de mujeres se tomaban una cariñosa venganza contra sus maridos y familiares, que no tenían más remedio que encogerse y, vergonzosamente, huir de las inectivas que les arrojaban sus esposas, hermanas y hasta hijas.

El elemento masculino, que había marginado a las mujeres para confraternizar junto a los caldos embotellados, se veía ahora en condiciones de evidente inferioridad para resistir el ataque y la cumplida revancha del sexo débil.

Las escenas surrealistas se sucedieron sin tiempo para asimilarlas. Atónito después de contemplar a mi progenitor borracho, por primera vez en mi vida (eso sí, siempre con el traje impecable) observé como mi tato José bailaba danzas folclóricas rusas, jaleado por un corro de admiradores, entusiastas ante su equilibrio.

El tío Rubito fue conducido en deplorable estado hasta el abrevadero de las afueras, donde se empeñó en dar lecciones de natación a todos los solícitos acompañantes. Al grito de “¡mirad como nado!” se zambulló en el pilón, salpicando a todo el mundo y salvándose de morir ahogado gracias a la poca profundidad del reservorio.

Jaime, uno de los arqueólogos, se paseaba con el torso desnudo y agitando una caña a modo de cetro y gritando “¡usque tandem, Catilina, abutere patientia nostra!” Un grupo de mocetones lo contemplaban, coloradotes y boquiabiertos, comentando la perfecta pronunciación francesa del forastero. Viendo esto, Enrique y Javier, que tampoco estaban muy lúcidos, se revolcaban por el suelo y respondían (también con perfecta pronunciación gala) “*Pater noster qui es in caelis...*”

En medio de la barahúnda, sintiéndome repentinamente muy débil y con la cabeza poco apta para digerir más escenas insólitas, me tendí en una cuneta del camino viendo como a pocos centímetros de mis ojos los chinches de campo desfilaban, rojos y negros, perfectamente indiferentes al barullo.

Me quedé dormido a la sombra del talud y pronto me asaltaron pensamientos que aumentaban mi sensación de insignificancia. Pensé que era un

pequeño humano entre miles de millones de hombres, que no eran sino una especie entre las millones de ellas que poblaban uno más de los millones de planetas de una galaxia perdida en un universo infinito. Considerándome poco más que una cagada de mosca, se apareció en mis sueños don Guillermo, enarbolando su decálogo y gritándome: “¡No seas idiota, José Manuel! Eres un ser único. No hay nada como tú en todo el Cosmos. No lo ha habido ni lo habrá. Eres irreplicable, como cualquiera de los seres vivos o muertos de la Tierra. ¿Para qué te he enseñado mis mandamientos? Si no te respetas a ti mismo; ¿cómo vas a respetar lo que te rodea?!”

Desperté cuando ya se hacía de noche. Sin ganas de protocolo y huyendo de mis congéneres, me acosté sin esperar a la cena. La cama de siempre cobijó mi desfallecimiento. De nuevo soñé que era una partícula, pero una partícula irreplicable en el tiempo y en el espacio.

La traca que anunciaba el final de las fiestas no turbó mi sueño ni mis delirios.

FIN